

CORINTIOS

revista de teología y pastoral de la caridad

XIII

PREPARANDO

EL TERCER MILENIO

Jesucristo, **centro** de la
pastoral de la Caridad

N.º 81 • Enero - Marzo • 1997

CORINTIOS XIII

REVISTA DE TEOLOGÍA
Y PASTORAL DE LA CARIDAD

N.º 81. Enero-Marzo 1997

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:
CÁRITAS ESPAÑOLA.
San Bernardo, 99 bis. 28015
Madrid. Apdo. 10095.

Teléfs.: Suscripción: 444 10 37

Dirección: 444 10 02

Redacción: 444 10 30

EDITOR:

CÁRITAS ESPAÑOLA

Pedro Jaramillo

(Director)

Salvador Pellicer

(Consejero delegado)

Fidel García

(Coordinador)

COMITÉ DE DIRECCIÓN:

J. Losada

F. Duque

F. Fuente

A. García-Gasco Vicente

J. M. Ibáñez

P. Martín

A. M. Oriol Tataret

J. M. Osés

V. Renes

R. Rincón

M.ª L. Castillo Chamorro

Imprime:

Gráficas Arias Montano, S.A.

MÓSTOLES (Madrid)

Depósito legal: M. 7.206-1977

I.S.S.N.: 0210-1858

SUSCRIPCIÓN:

España: 4.100 pesetas.

Europa: 6.300 pesetas.

América: 60 dólares.

Precio de este ejemplar:

1.500 pesetas

COLABORAN EN ESTE NÚMERO

MONS. ALBERTO INIESTA, Obispo Auxiliar de Madrid.

PEDRO JARAMILLO RIVAS, Vicario General de Ciudad Real.

JOSÉ CRISTO REY GARCÍA DE PAREDES, CFM, Teólogo.

JUAN BAUTISTA LOBATO FERNÁNDEZ, Vicario General de Plasencia.

JOSETXO GARCÍA HERNÁNDEZ, Delegado Episcopal de Cáritas Canarias.

GABRIEL LEAL SALAZAR, Delegado Episcopal de Pastoral Social y de Cáritas Málaga.

ALFONSO FERNÁNDEZ-CASAMAYOR PALACIO, Delegado de Apostolado Seglar y Rector del Seminario de Málaga.

CORINTIOS

revista de teología y pastoral de la caridad

XIII

PREPARANDO
EL TERCER MILENIO

Jesucristo, **centro** de la
pastoral de la Caridad

N.º 81 • Enero - Marzo • 1997

Todos los artículos publicados en la Revista CORINTIOS XIII han sido escritos expresamente para la misma, y no pueden ser reproducidos total ni parcialmente sin citar su procedencia.

La Revista CORINTIOS XIII no se identifica necesariamente con los juicios de los autores que colaboran en ella.

SUMARIO

	<u>Páginas</u>
PRESENTACIÓN	5
<i>Meditación Trinitaria ante el Jubileo del año 2000.</i> Mons. Alberto Iniesta, Obispo Auxiliar de Madrid	7
<i>El «Año de Jesucristo». Desde el testimonio y la Pastoral de la Caridad.</i> Pedro Jaramillo Rivas, Vicario General de Ciudad Real	23
<i>Jesús, Mediador del Reino y Evangelio del Amor.</i> José Cristo Rey García Paredes, CMF, Teólogo	45
<i>El Jubileo bíblico: implicaciones socio-caritativas.</i> Juan Bautista Lobato Fernández, Vicario General de Plasencia ...	71
<i>La Kénosis, proceso de aprendizaje inexcusable para el ejercicio de la Caridad.</i> Josetxo García Hernández, Delegado Episcopal de Cáritas Canarias	79
<i>Un reto pastoral: Ser buena noticia para los pobres.</i> Gabriel Leal Salazar, Delegado Episcopal de Pastoral Social y de Cáritas Málaga	109
<i>Anunciar a Jesucristo, reto para la Iglesia hoy.</i> Alfonso Fernández-Casamayor Palacio, Delegado de Apostolado Seglar y Rector del Seminario de Málaga	127

PRESENTACIÓN

La Iglesia entera ha sido convocada, por deseo de Juan Pablo II, con el fin de prepararse durante los tres próximos años al Jubileo que iniciará el tercer milenio.

El Comité de Dirección de CORINTIOS XIII, consciente de que este Jubileo conmemora los 2.000 años de la Encarnación y Nacimiento de Jesús «Salvador y Evangelizador», ha juzgado oportuno reflexionar sobre los grandes objetivos del mismo desde el lugar de quienes en la Iglesia dedican su trabajo al testimonio y a la pastoral de la Caridad.

Y lo haremos dedicando el primer número del año, de estos tres próximos, al eje principal en torno al cual deberá girar la preparación del jubileo extraordinario del año 2000.

Este año 1997 está dedicado a la figura de *Jesucristo* y es por ello que en este número lo presentamos como *centro* de la pastoral de la Caridad. El primer número del año 1998 estará dedicado al *Espíritu Santo*, como *alma* de esa pastoral y, el de 1999, tendrá su referencia en el *Padre* como *fundamento* de la pastoral de la Caridad.

Por ello un énfasis muy fuerte recorre este número en su totalidad: la mística cristológica de la Caridad.

En un primer artículo de tipo introductorio, Monseñor Alberto Iniesta nos presenta una Meditación Trinitaria ante el



Jubileo del año 2000, centrada en la economía de la Encarnación, en la opción de Dios por la pobreza y por los pobres y en el Espíritu Santo, personificación del infinito amor de Dios.

Le siguen seis artículos. *Pedro Jaramillo* centra el año de Jesucristo desde el testimonio y la pastoral de la Caridad. *Juan Bautista Lobato* señala las implicaciones caritativas y sociales del Jubileo bíblico. *José Cristo Rey García Paredes* incide sobre Jesús, mediador del Reino y Evangelio del amor. *Josetxo García Hernández* nos introduce las exigencias de la Kénosis de Cristo, en cuanto proceso inexcusable para el ejercicio de la caridad. *Gabriel Leal* se detiene ante un reto pastoral: ser buena noticia para los pobres. Finalmente, *Alfonso Fernández-Casamayor* nos presenta la necesidad de profundizar en la evangelización y en la urgencia de la misma, poniendo como centro el anuncio de Jesucristo.

Al programar este número tuvimos un interés especial en señalar algo muy claro: si la Iglesia, y en ella Cáritas, quiere decir una palabra esperanzada y significativa para los pobres en este primer año de preparación al gran Jubileo que iniciará el tercer milenio, sólo podrá hacerlo desde su propia identidad, aquella que le viene del Señor Jesús y de la misión que éste le ha confiado. De ahí el intento de subrayar algunos aspectos de la vida y mensaje de Jesús que puedan ayudar a quienes en la Iglesia trabajan en la pastoral de la Caridad, a ahondar más en su tarea y afianzarla en su fundamento cristológico.

JOSÉ M.^a IBÁÑEZ
Consejo de Redacción



MEDITACIÓN TRINITARIA

ANTE EL JUBILEO

DEL AÑO 2000

ALBERTO INIESTA

INTRODUCCIÓN, DIOS EN LA HISTORIA

Juan Pablo II nos ha convocado a la Iglesia universal con el fin de prepararnos a cruzar la mítica frontera de un milenio. Ya sabemos que se trata de convencionalismos, pero también es cierto que el hombre necesita dividir, subdividir, contar y numerar el tiempo, tanto por razones prácticas y funcionales como simbólicas y culturales.

Como cristianos tenemos además razones especiales para atender el paso de los tiempos. Porque el Dios que nos ha revelado Jesucristo no es el de la filosofía, domesticado y razonable, al que se puede llegar por la razón, concebido a imagen y semejanza nuestra, en contra del relato bíblico, en el que Dios nos hizo a imagen y semejanza suya, ni tampoco un dios lejano, indiferente, subido en el Olimpo de su inmutable eternidad.

El Dios de los cristianos, por el contrario, es un Dios que ha abandonado su trono y sus derechos, que se ha vaciado, se ha ex-trañado, ex-tasiado, ha salido de sí, se ha encarnado humanizado, en-terrado en la Tierra, dando un salto mortal desde la omnipotencia a la debilidad, desde la eternidad al tiempo, desde la sabiduría infinita a la locura de la Cruz.

Por la dinámica de la Encarnación del Verbo, por la inserción del Dios eterno, en nuestro tiempo, la historia humana



de pecado y de suerte se ha convertido en historia de salvación y de vida, y el tiempo pasajero, en «Kairós» de eternidad.

Si en la sabiduría popular se dice que «el tiempo es oro», en la sabiduría cristiana bien podemos decir que el tiempo es gracia, eternidad, sacramento de salvación y divinización. Y así, porque el Dios eterno se ha encarnado en nuestro tiempo, nosotros podemos insertarnos en la eternidad.

La ley de la Encarnación, además, ha transformado nuestra relación con la divinidad, porque Dios se humaniza para divinizar al hombre, y bien sabemos la importancia del tiempo y de los tiempos en nuestras vidas, en las que hay momentos de rutina diaria, sin novedad ni sobresaltos, en el amable transcurso de los días, donde se fragua lentamente la amistad, el amor en compañía. Pero hay también momentos especiales de fiesta y de alegría, de encuentro y de celebración, cuando parece que se intensifica el gozo de vivir, y late más de prisa el corazón. Así también Dios nos ofrece sus fiestas, sus «Kairós», tiempos privilegiados de encuentro y salvación como este jubiloso jubileo de la Iglesia de Cristo, para el que es necesaria nuestra preparación.

Seguidamente me propongo, dentro del limitado espacio disponible, presentar una visión de conjunto, desde el punto de vista espiritual, de este trienio dedicado especialmente a la Santa Trinidad. Debo confesar que en un principio preferiría seguir el orden de la «Economía», tan vivo siempre en la Iglesia oriental. Mientras que la «Teo-logía, estrictamente dicha, el tratado sobre Dios, debe seguir el orden de la Revelación —el Padre creador, el Hijo redentor y el Espíritu santificador—, la Economía, la «administración», la aplicación de la salvación en la historia sigue un proceso inverso: porque el Espíritu Santo desciende sobre María, se hace presente el Hijo, que llama a Dios su Padre, y a los hombres, hermanos.

Pero también es cierto que en el plano histórico lo primero que percibe el hombre es la figura del Señor, aunque

no sin la presencia y la gracia subyacente del Espíritu, para engendrar en cada cristiano al Hijo de Dios Padre. De aquí que en la práctica sea también perfectamente válido el orden del trienio jubilar: por Jesucristo, en el Espíritu, hacia el Padre.

I. EL ROSTRO DE DIOS

Aunque la Iglesia reconoce con gozo y esperanza que en otras religiones se pueden rastrear los «semina Verbi», las semillas del Verbo de las que ya hablaba San Justino en el siglo II, los cristianos creemos que en Jesús de Nazaret tenemos la epifanía, la manifestación suprema, insuperable y definitiva de Dios al hombre, y al salvador de toda la Humanidad.

Ese Dios intuido, deseado, necesitado y también, a veces, manipulado por el hombre, es un Dios sorprendente que nos sorprende a todos, rompe nuestros esquemas y prejuicios al presentarse de modo impresentable, en un hombre cualquiera que viva humildemente, que hizo milagros y predicó admirablemente, pero que al fin muere condenado, crucificado y fracasado.

Si según algunas teorías los hombres han formado sus propios dioses de acuerdo con sus propias concepciones, a nadie se le hubiera ocurrido nunca imaginar un Dios tan deshonorado y humillado, tan poco divino y tan humano. Y no obstante, como dice San Pablo, en él se encierran todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (Col 2,3). Y Jesús advierte que dichoso el que no se escandalice de él, porque Jesús es para el hombre:

I. LA ENCARNACIÓN DE DIOS. «Quien me ve a mí ha visto al Padre» (Jn 14,9). Para hacernos de su familia, Dios ha querido hacerse de la nuestra. Ya para siempre,



Dios será un hombre, y un hombre será Dios. De aquí proviene una fuerza salvífica para el género humano, como destaca la teología del existencial sobrenatural, fundamentada en la frase de San Pablo de que «donde abundó el delito, sobreabundó la gracia» (Rm 5,20), como implícitamente reconoce el Concilio (LG 16) y la anáfora IV de la liturgia eucarística: «Para que te encuentre el que te busca.»

La Iglesia y los cristianos, en seguimiento de Jesús, debemos encarnarnos, inculturarnos, estar con nuestro pueblo y de su parte, aún a pesar de sus pecados, como Cristo en la Cruz, no sólo pidiendo por los pecadores, sino sintiéndose él mismo responsable, porque «al que no conoció pecado, (Dios) le hizo pecado por nosotros» (2 Co 5, 21).

2. LA HUMANIDAD DE DIOS. Mientras que según nuestra mentalidad habríamos pensado que si era tan divino sería poco humano, Jesús, por el contrario, ha sido el hombre más humano de la historia, lleno de inmensa simpatía y empatía, que arrastraba detrás de sí a gente de toda condición. Y en su seguimiento, los santos de la Iglesia han sido gente amable y atractiva en todos los aspectos.

Si los cristianos queremos ser testigos de Jesús, hemos de humanizarnos en todo lo posible, cultivando con la gracia de Dios los valores humanos, la sociabilidad y la amabilidad, la sencillez y la humildad, la solidaridad y la servicialidad, la amistad y la generosidad, la discreción y la prudencia, el optimismo y la alegría, la imaginación y el realismo, etc.

3. LA OPCIÓN DE DIOS POR LA POBREZA Y POR LOS POBRES. Entre las infinitas posibilidades existentes para la Encarnación, la Santa Trinidad —después de largas y maduras reflexiones, por unanimidad y sin un solo voto en contra, si se nos permite la broma para destacar el empeño de Dios al indicarnos el camino a seguir— decidió hacer la opción preferencial por la pobreza y por los pobres. Jesús nació, vivió y murió como un pobre entre los pobres, con

una opción a la vez moral y existencial, espiritualmente y sociológicamente, en coherencia absoluta con su misión y su predicación.

Porque iba a enseñarnos que las riquezas se nos convierten en un ídolo, al que no se puede rendir culto junto a Dios; que no es propio de un hijo de Dios, padre de todos, el tener bienes superfluos cuando el hermano carece de lo necesario, y que debemos confiar en la providencia de Dios para el futuro.

Así vivió y predicó, y así lo entendieron las primeras comunidades de la Iglesia y los mejores discípulos de Cristo. Y así lo enseñaron los grandes pastores, predicadores, teólogos y místicos durante veinte siglos, repitiendo invariablemente la misma doctrina, según la cual si Dios permite que haya pobre y ricos es para que los ricos sirvan de administradores de los pobre. Y hay que destacar que la palabra «administrador» la entienden en el sentido más estricto.

Hay que distinguir entre la pobreza evangélica, que es un ideal para todo cristiano, aunque cada uno lo viva según su propia vocación y circunstancias, de la pobreza sociológica, la indigencia y la miseria, que es siempre un mal contra el que hay que luchar, porque es contraria a la dignidad de la persona humana como hijo de Dios. El Señor nos inculcó el amor a la pobreza y a los pobres, dos actitudes diferentes, pero que tienen entre sí una gran conexión.

La Iglesia y los cristianos debemos mantener y potenciar nuestra opción preferencial por los pobres y por los oprimidos, defendiendo a los más débiles, compartiendo nuestros bienes con los necesitados, promoviendo gestos proféticos tan propios de tiempos de júbilo desde el Antiguo Testamento, como podría ser destinar un porcentaje fijo, lo más alto posible, entre el 1 y el 10% de nuestros ingresos familiares, o eclesiales, para darlo a los pobres: la venta de joyas y de piedras preciosas que guardan los tesoros de algunas imágenes; promover una campaña para que se perdone la



deuda externa a los países pobres y se devuelvan las tierras expoliadas a los pueblos indígenas, trabajar incansablemente en la construcción de un mundo más justo, más solidario y más fraternal.

4. **EL AMOR DE DIOS.** Ya por la Encarnación, Jesús nos manifiesta el amor de Dios, que hizo tan largo viaje de la eternidad al tiempo, de lo divino a lo humano, para vivir y convivir con nosotros, salvarnos y divinizarlos. Pero, además, toda la vida de Jesús, con sus palabras y obras, es una declaración explícita de lo que Dios nos ama. Nunca hizo un milagro de castigo, sino todos de amor y de misericordia. En la última cena llega al máximo, diciendo a sus discípulos: «Como el Padre me ama a mí, así os amo yo a vosotros» (Jn 15,9). Y para que no quedara sólo en palabras nos amó «hasta el extremo», hasta la locura divina de la cruz.

Luego, como efecto y consecuencia, añadió: «Mi mandamiento es éste: Amaos los unos a los otros como yo os he amado» (Jn 15,12). ¿Cómo poder cumplir este mandato que sobrepasa infinitamente nuestras débiles fuerzas y dificultan nuestros pecados? Para eso se nos da el don, se nos hace el regalo del Espíritu Santo, el espíritu del Amor, del que hablaremos en el capítulo siguiente.

5. **LA ESPERANZA DE DIOS.** Dejando aparte, por abreviar, otros aspectos importantes de Cristo como manifestación de la santidad, la sabiduría, la omnipotencia de Dios, etc., recordaremos para terminar este capítulo primero, a Jesús como suprema esperanza de los hombres. Frente a sus muchos fracasos, errores y debilidades, ilusiones y desilusiones, engaños y desengaños, culminados finalmente por el definitivo y universal fracaso de la muerte, precisamente por su muerte en la Cruz, es el Señor de la última y la única esperanza del mundo y de los hombres.

Entregándose al Padre por nosotros, asumiendo nuestros errores, desastres, fracasos y pecados, Jesús da un giro



radical a la historia, convirtiendo el fracaso en triunfo; la tristeza, en alegría; el dolor, en amor; la injusticia humana, en justicia divina; la muerte temporal, en vida para siempre. Por el misterio pascual, desde nuestro bautizo vivimos por el Espíritu Santo en el Cuerpo misterioso de Cristo, y así, llevando la cruz de cada día, muriendo con Él, vamos resucitando ya con Él, con la esperanza cierta de que mientras la vida humana va muriendo día a día, la vida divina que no muere va creciendo en nosotros, hasta el momento en que definitivamente muramos con Cristo para vivir con Él, en la familia de los hijos del Padre, en el Reino de Dios.

II. EL SOPLO DE DIOS

El Espíritu Santo, al que dedicaremos especialmente el segundo año del trienio pre-jubilar, es la personificación del infinito amor de Dios, tanto del amor en Dios, entre el Padre y el Hijo, como del amor de Dios a los hombres, manifestado históricamente por el Verbo encarnado.

Sólo el amor evangeliza, es la buena noticia, el mejor testimonio de Cristo que puede dar la Iglesia. Muchas y grandes obras hizo Jesús de Nazaret, pero el amor con que las hizo era mucho mayor: era infinito. Muchas obras buenas podemos y debemos los cristianos hacer, pero si no las hacemos por amor, nada valen, como dice San Pablo (1 Co 13,3). No siempre podemos dar, pero siempre podemos darnos, amar y amar crecientemente, porque «el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que se nos ha dado» (Rom 5,5).

El Espíritu Santo se manifiesta en la Biblia principalmente por medio de tres símbolos: el agua, el aire y el fuego, que en realidad se reducen a uno, porque el agua y el aire están en comunicación continua —evaporación, humedad, niebla, nube, lluvia, nueva evaporación, etc.—. Y el fuego no puede arder sin el oxígeno del aire.



1. EL AGUA. Desde el manantial del Paraíso original hasta el río que brota del trono de Dios en el Apocalipsis, la Sagrada Escritura simbólicamente nos revela que de la misma manera que el agua es para la vida humana alimento de primerísima necesidad, higiene contra la enfermedad y limpieza para la suciedad, así es el Espíritu Santo para nuestra vida espiritual.

2. EL AIRE es también otro elemento indispensable para vivir y hablar, como medio de comunicación y comunión espiritual, como atmósfera que nos rodea de belleza, modelando la luz del sol, transmitiendo los sonidos del canto y la guitarra del coro y de la orquesta.

El «soplo» de Dios —«ruah Yahvé»— se manifiesta en la Escritura desde la creación del hombre hasta el gesto de Jesús resucitado en el Cenáculo, soplando sobre los discípulos. El Espíritu Santo inspira la palabra del cristiano para rezar, celebrar la liturgia, dar testimonio de Cristo a los hermanos en la evangelización, la catequización, la predicación, la animación apostólica y pastoral.

3. EL FUEGO. El día de Pentecostés, el Espíritu se manifiesta por el fuego, en unión con el viento. El fuego ha sido en la historia primitiva de la Humanidad luz y calor, defensa contra los animales, medio para transformar los alimentos y fundir los metales. En la Biblia se presenta desde la columna de fuego del Éxodo hasta el Cenáculo, como fuego divino que purifica y transforma nuestras vidas, ilumina nuestra fe y calienta nuestro corazón en amor a Dios y a los hermanos (1).

Históricamente, en la piedad de la Iglesia occidental ha habido algunas épocas de cierta carencia de neumatología, tanto en la liturgia como en la predicación, la catequesis y la espiri-

(1) Esas ideas se desarrollan con mayor amplitud en mi libro *Vivir en la Trinidad*, Editorial Verbo Divino, 1991, págs. 31-53.

tualidad. En un indiscreto «crisonomismo», parecía como si algunos cristianos temieran cultivar la «devoción» al Espíritu Santo para no provocar posibles celos o competencias intratrinitarias, si se nos permite la ironía. Bien podríamos decir, por el contrario, que así como no podemos ir al Padre sin pasar por Jesucristo, tampoco podemos llegar a Cristo sin ser llevados por el Espíritu Santo, que le engendró en el seno de María y sigue engendrándolo en el seno de la Iglesia.

En la Historia de la Salvación acaso podríamos comparar la actuación del Espíritu Santo con la música de un filme. Aunque el espectador en general no atiende conscientemente más que a la acción de los protagonistas que se proyecta en la pantalla, la música va penetrando sutilmente en su interior, de modo que el argumento puede penetrar en su corazón, le mueva y le conmueva. Así también nosotros miramos directamente al Jesús de la historia como en el escenario, mientras por dentro el Espíritu penetra con sus inspiraciones, para que Cristo nazca y se desarrolle en nuestras vidas.

Entre otros muchos títulos que la Escritura y la Tradición ha dado al Espíritu Santo, ¿no podríamos también llamarle «la música de Dios», la música de fondo de esta hermosa historia de amor que es la Historia de la Salvación? ¿Y no podríamos nosotros, los cristianos, en especial en este tiempo jubilar, aprender sus melodías, sus canciones de amor, para cantarlas y enseñarlas a los hombres?

III. LA PATERNIDAD Y LA MATERNIDAD DE DIOS

Dios es para nosotros como el padre y la madre juntamente, a lo divino. Inculturada de hecho en un ambiente patriarcal, en la Escritura predomina la figura del Padre, pero no deja de haber rasgos maternos, como podemos recordar diariamente los que rezamos la Liturgia de las Horas, entre



otros lugares del Antiguo Testamento. Dos veces en el «Benedictus» de Laudes, y otras tantas en el «Magnificat» de Vísperas afirmamos que Dios tiene entrañas de madre, cuando hablamos de su misericordia.

La palabra «misericordia» viene del hebreo «rahammin», que se refiere a la placenta de la mujer embarazada, ese abrazo entrañable con el que la madre envuelve al hijo protegiéndole, dándole vida, calor y, sobre todo, amor. Así nos lleva Dios en su seno de Madre durante nuestra vida terrena, hasta que nos «dé a luz» a la luz de la gloria. Entretanto, ¡con qué amor, con qué ternura y con qué celo nos lleva en sus entrañas!

En cuanto discípulos y seguidores de Jesús, nacidos del Espíritu, hijos en el Hijo, caminamos por este mundo hacia el Padre. No vamos solos: «No vivo yo es Cristo quien vive en mí» (Gal 2,20), prolongando en nosotros sus actitudes ante el Padre; dándole gracias por nuestra existencia, en lo humano y en lo cristiano; buscando el cumplimiento de su voluntad en los diarios acontecimientos de la vida; con la esperanza de que tan sólo Él podrá llenar nuestro insaciable deseo de felicidad, de amor y de bondad, cuando lleguemos al Reino, después de haberle dicho como Cristo, con Él, por Él y en Él: «Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu», mi vida.

Como una herencia y un programa, el Señor nos dejó el «Padrenuestro», que es a la vez camino y oración, compromiso y esperanza, carta de presentación del Hijo, que nos autorizó a expresar pretensiones tan altas, peticiones tan grandes, que ahora vamos brevemente a comentar:

— «PADRE», «abbá», como Jesús decía con la palabra familiar que los niños pequeños llamaban a sus padres en el hogar. Porque somos pequeños ante Dios, pero en el Hijo nos ha adoptado como hijos. Jesús nos advirtió que no entraríamos en el Reino si no nos hacíamos como un niño, que sabe que por sí no puede nada, pero que Dios lo puede

todo y nos ama entrañablemente. ¿Qué nos puede faltar, entonces?

— «**NUESTRO**», de todos, de los cercanos y lejanos, amigos y enemigos, cristianos y paganos. Si queremos que Dios tenga entrañas de Padre/Madre con nosotros, debemos tener entrañas de hermanos/as con los hombres. En un cristiano no puede haber el odio, la violencia, la insolidaridad, ni siquiera la frialdad o la indiferencia.

— «**QUE ESTÁS EN EL CIELO**», en el cielo del Reino, donde está nuestra patria, nuestro gozo y nuestra esperanza. Pero también en el cielo de nuestro corazón, donde la Santa Trinidad ha querido convivir con nosotros, como anticipo y prenda, conversación y compañía, orientación y guía en el camino hacia la vida eterna: «Vendremos a él, y haremos morada en él» (Jn 14, 23).

— «**SANTIFICADO SEA TU NOMBRE.**» Jesús reprochaba a los fariseos, que hacían obras buenas, como rezar, ayunar y dar limosna, porque las hacían «para ser vistos de la gente», inculcando a los discípulos que hicieran el bien para que viendo sus obras buenas «glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos» (Mt 5,16, 6,1). Hemos de cuidar continuamente nuestra rectitud de intención: «No a nosotros, Señor, no a nosotros, sino a tu nombre da la gloria» (Pa 115,1).

— «**VENGA A NOSOTROS TU REINO.**» Mientras que los reinos de este mundo son siempre limitados, transitorios, y están muchas veces fundados en la mentira, la injusticia, el odio y la violencia, el de Dios es eterno, universal, fundado en la verdad, la justicia, el amor y la paz. Pedimos que venga sobre el mundo, sobre la Iglesia y sobre cada uno de nosotros, reconociendo que no podemos conquistarlo sino recibirlo del cielo, como la nueva Jerusalén del Apocalipsis. Nosotros debemos prepararlo siendo veraces, justos, amables y pacíficos.



— «HÁGASE TU VOLUNTAD EN LA TIERRA COMO EN EL CIELO.» La voluntad sabia y santa de Dios, que busca siempre nuestro bien, dentro del misterioso tejido de la providencia divina en medio de los imprevisibles acontecimientos de la vida. El Padre Rubio, «el Apóstol de Madrid», recientemente canonizado, lo expresaba así: «Hacer lo que Dios quiere, y querer lo que Dios hace.» Es decir, cumplir la voluntad positiva de Dios, y aceptar su voluntad permisiva, porque no cae un pajarillo del árbol sin su permiso, y no puede permitir que nos suceda ningún mal si no es para que podamos sacar un mayor bien, como la Cruz del Señor, el mayor mal de la historia, del que Jesús supo sacar el mayor bien para la eternidad.

— «DANOS HOY NUESTRO PÁN DE CADA DÍA.» Con realismo y humildad reconocemos nuestras necesidades. Así también sabremos agradecer sus dones. Pedimos para al día, renunciando a la avaricia y el acaparamiento. Pedimos en plural, para todos los hombres. No podemos pedir a Dios el pan, símbolo de las necesidades humanas, si nosotros no estamos bien dispuestos a compartir nuestro pan, así como a luchar para que haya pan en el mundo para todos: el pan de las panaderías para el cuerpo... y el pan de la Palabra y de la Eucaristía para nuestra vida cristiana.

— «PERDONA NUESTRAS OFENSAS», confesando nuestra fragilidad, porque todos pecamos de comisión —hacer el mal—, de omisión —no hacer el bien—, y de motivación —hacer mal el bien, no por amor a Dios y al prójimo, sino por amor propio, por vanidad y por soberbia—. Pero tenemos confianza en el amor del Padre, que por boca de Jesús se compromete a perdonar setenta veces siete, cuando se lo pidamos.

— «COMO TAMBIÉN NOSOTROS PERDONAMOS A LOS QUE NOS OFENDEN.» Así como la mayor parte de los pecados los cometemos directamente contra el hombre,

pero Dios los recibe como una ofensa contra Él, por ser su Padre, así también el perdón de Dios está condicionado a nuestro perdón a los hermanos, como explica el Señor en la parábola del deudor implacable, que debía a su amo diez mil talentos —cantidad exorbitante que equivalía a diez veces el presupuesto anual de la corte de Herodes—, mientras que él no quería perdonar a su conservo unos pocos denarios.

— «NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN.» Dios no tienta para el mal, pero permite la tentación para entrenarnos en el bien. No es lo mismo el entrenador, que hace sudar al deportista para que dé su pleno rendimiento, que el corruptor, el compinche de fechorías que quiere meter a su amigo en un nuevo delito cuando acaba de salir de la cárcel. Le pedimos a Dios que no nos deje meternos en la boca del lobo, y que en la prueba que Él tenga prevista, nos dé la fuerza para superarla con bien.

— «Y LÍBRANOS DEL MAL», que puede entenderse tanto del malo, del diablo, del mal espíritu, que es «un mala sombra» y que engañó a tantos con su astucia, porque «sabe más el diablo por viejo que por diablo», como de lo malo, de aquellos males que sean verdaderamente malos para nosotros, porque a veces engañan, y lo que parecían bienes se convierten en males, y al contrario. Somos cortos de vista, pero Dios mira a largo plazo, y sabe lo que realmente nos conviene o nos perjudica.

— «AMÉN.» Acostumbramos añadir esta palabra de origen arameo, que puede resumir la actitud de Jesús ante el Padre, acompañado de María, desde su nacimiento hasta la Cruz. Nosotros la repetimos con frecuencia en la oración, como memorial de la entrega de Cristo, como actualización de nuestra propia entrega, y como anticipo del Reino, en el «amén» gozoso al Padre, por Cristo, en el Espíritu, en comunión perfecta con todos los hermanos.



CONCLUSIÓN

¿Y si Cristo volviera, si viniese de nuevo a nuestro mundo, a trabajar en nuestras fábricas, nuestros campos y nuestras oficinas, andar por nuestras calles, comer en nuestras casas, pasear por el parque y jugar con los niños, tomarse un chato en el bar de la esquina con la gente del barrio, echar una partida en el club de ancianos o visitar los hospitales y las cárceles? ¡Qué hermoso sería y cómo todo cambiaría!

¿Y por qué no? Bien puede hacerlo, si nosotros queremos, en cientos de millones de cristianos, en los que el Espíritu quiere prolongar la Encarnación del Verbo, hermosa «clonación» de «cristos» y de «cristas» en el «laboratorio» de la Iglesia, para dar testimonio en el mundo de la presencia de Jesucristo entre los hombres.

En este primer año de la preparación de jubileo debemos despertar más que nunca la confianza en la fuerza sin límites de Cristo en nosotros, y preguntarnos con frecuencia: «¿Qué querría el Señor hacer aquí y ahora, en mi vida y en mi circunstancia?» Y con la ayuda del Espíritu, intentarlo día tras día, a pesar de los posibles errores y fracasos, dando testimonio de que Jesús es el Viviente que vive entre nosotros: «No vivo yo. Es Cristo quien vive en mí.»

Para eso el Padre nos ha dejado como referencia el modelo del Hijo y la presencia del Espíritu en nuestros corazones, el mismo que realizó la Encarnación del Verbo y que inspiró a los evangelistas, para que nosotros podamos seguirle. Como en una academia de pintura muchos alumnos miran hacia el modelo, pero cada uno lo interpreta según su talante y su talento, así también los cristianos, siguiendo al mismo Jesús, lo refractamos en millones de copias, cada una de las cuales refleja algún destello de aquel en el que están encerrados los tesoros infinitos de Dios.

EPÍLOGO PARA FEMINISTAS

No quisiera acabar este trabajo sin aludir, siquiera brevemente, al hombre más importante de la historia. Y me refiero a una mujer, pues la mujer también es hombre, pese al machismo que se ha metido hasta en la lengua, la cual aplica solamente al varón lo propio de la especie en general, el hombre, compuesto de dos «piezas», el varón y la mujer, como distingue claramente la Escritura, usando un nombre conjuntamente para el hombre, y otros dos, uno para el varón —«ish»—, y otro para la mujer —«ishá».

Me refiero, por tanto, a María, la Madre de Jesús, la «anawim», la pobre de Yahvéh, la sierva del Señor, que en los planes de Dios tuvo un papel privilegiado y único en la Historia de la Salvación. Porque mientras que el Hijo era también divino, ella era estrictamente humana. Y, sin embargo, con la gracia de Dios colaboró de modo incomparable con el Hijo por nuestra redención. Frente al «no» del primer hombre —varón y mujer—, que nos trajo la muerte, el «sí», el «Amén» del hombre nuevo —varón y mujer— nos trajo a todos la vida para siempre.

Desde el anuncio de la Encarnación hasta la Cruz, María acompañó a Jesús con su «amén», su aceptación perfecta de los planes de Dios. Y así como su «amén» fue necesario para el nacimiento de la Cabeza, así Dios quiso contar también con Ella para el nacimiento del Cuerpo de Cristo, tanto en la Cruz, donde Jesús tipológicamente le encomienda como hijo al discípulo, como en el Cenáculo, donde se hace presente cuando el Espíritu, del que era ya hacía tiempo su más íntima colaboradora, viene a fundar la Iglesia, prolongación del Hijo de Dios y de María. Ella nos acompañará con su oración en este trienio jubilar, en el que caminaremos con Cristo, por el Espíritu, hacia el Padre. ¡Amén!





EL «AÑO DE JESUCRISTO».

DESDE EL TESTIMONIO

Y LA PASTORAL DE LA CARIDAD

PEDRO JARAMILLO RIVAS

I. JESUCRISTO EN EL CENTRO

Siguiendo las indicaciones de Juan Pablo II en la *Tertio Millennio Adveniente (TMA)*, hemos iniciado en toda la Iglesia la preparación al jubileo que dará comienzo el tercer milenio. Su centro: la conmemoración de los 2.000 años de la Encarnación y Nacimiento de Jesús Salvador. Jesús es el centro de toda la celebración. Y es, además, en la preparación pedagógica del año jubilar ofrecida por el Papa, el centro de este primer año de andadura.

Va a ser —lo está siendo ya— un año de enriquecimiento doctrinal y existencial del *acercamiento creyente* a Jesucristo. Estamos siendo ya testigos de la abundancia de todo tipo de materiales catequéticos y de apoyo que surgen por todas partes, siguiendo las huellas del mismo Comité Central de la preparación al jubileo con la edición de la obra *Jesucristo, Salvador del mundo*, que está teniendo una amplísima difusión en nuestras comunidades.

Lo que yo intento, desde la perspectiva del testimonio y la pastoral de la caridad, no es un acercamiento global a la persona, la obra y el mensaje de Jesús. Desde el lugar de quienes en la Iglesia dedican su trabajo a la pastoral de la caridad, intento subrayar *algunos aspectos* de la vida y men-



saje de Jesús que puedan ayudar a ahondar más la tarea, afianzando su fundamento cristológico y dando más envergadura testimonial a su realización. Se trata, por tanto, de un acercamiento parcial, que se verá complementado con otros muchos y que no es sino una parte de las visiones de conjunto que ya están apareciendo.

II. EN EL CONTEXTO DE LA MISERICORDIA

Aparte del sentido fuertemente liberador de toda la tradición de los jubileos (Cf. *TMA*, 12), y de que «sobre la base de la normativa jurídica contenida en ellos se viene ya delineando una doctrina social, que se desarrolló después más claramente a partir del Nuevo Testamento» (*TMA*, 13), lo más importante para nuestro acercamiento es la *relación de Jesucristo mismo con toda la doctrina y práctica jubilar*. (El sentido socio-caritativo de los jubileos ha sido desarrollado por J. Bautista Lobato en otro artículo de este mismo número.)

Como no podía ser de otro modo, la *TMA* ve la unión de la obra de Jesús con los ideales jubilares en el texto de Lc 4,16-21, donde la «proclamación del año de gracia del Señor», recogida de Is 61,1-2, hace de punto de engarce. «El profeta hablaba del Mesías. “Hoy —añadió Jesús— se ha cumplido esta Escritura que acabáis de oír” (v. 21), haciendo entender que el Mesías anunciado por el profeta era precisamente él, y que en él comenzaba el “tiempo” tan deseado: había llegado el día de la salvación, la “plenitud de los tiempos”. *Todos los jubileos se refieren a este “tiempo” y aluden a la misión mesiánica de Cristo*, venido como “consagrado por la unción” del Espíritu Santo, como “enviado del Padre”. El es quien anuncia la buena noticia a los pobres. Él es quien trae la libertad a los privados de ella, libera a los oprimidos, devuelve la vista a los ciegos (Cfr. Mt 11, 4-5; Lc 7, 22). De

este modo realiza un “año de gracia del Señor”, que anuncia no sólo con las palabras, sino sobre todo con sus obras. El jubileo, “año de gracia del Señor” es una *característica de la actividad de Jesús* y no sólo la definición cronológica de un cierto aniversario» (TMA, 11).

Dos cosas merecen subrayarse: la importancia dada al texto de Lc 4,16-21 para el acercamiento a Jesucristo en el contexto jubilar y la «superación temporal» del sentido mismo de jubileo: aunque sea pedagógicamente muy acomodado celebrar un aniversario, no puede olvidarse que la realización del jubileo se da fundamentalmente en *la actividad de Jesús*.

III. JESÚS, EVANGELIZADOR

De Lc 4, 16-21 se puede decir que es una condensación o síntesis de todo el Evangelio. En la composición lucana este texto tiene el carácter de apertura solemne del ministerio público. Es interesante que Jesús vea anunciada y cumplida su misión desde el texto de Isaías, cp. 61. Se trata de un texto de anuncio gozoso después del destierro de Babilonia que proclama la misión del profeta ante una salvación ya cercana. Para el Segundo Isaías la acción de Dios es ambivalente: es portadora de salvación y castigo: «Para proclamar el año de gracia del Señor; el día del desquite de nuestro Dios.» Acostumbrados a esta ambivalencia, los oyentes de Jesús se admiran de que su «paisano» (estamos en la sinagoga de Nazaret) se fijara sólo en «las palabras de gracia». Inspiración para ellas no le faltaba al cp. 61 de Isaías. La misión del profeta será también «consolar a los afligidos, los afligidos de Sión», «cambiar su ceniza en corona, su traje de luto en perfume de fiesta, su abatimiento en cánticos» (v. 3). Y el fruto de su misión será, en metáfora urbana, la reconstrucción de las viejas ruinas, la renovación de las ciudades



ruinosas y la desaparición de los escombros de muchas generaciones» (Cf. v. 4), a la espera de que —ahora con metáfora agrícola llena de frescor y lozanía— «como el suelo echa sus brotes, como un huerto hace germinar sus semillas, así el Señor hará brotar la salvación y la paz ante todos los pueblos» (v. 11).

Los versículos que recoge Jesús del texto de Isaías señalan dos aspectos fundamentales de toda la historia salvífica de la misión: *la unción* (consagración) y *el envío*. El agente de estos dos momentos fundantes es el Espíritu del Señor. Él es también quien unge y envía a Jesús para anunciar el Evangelio, la Buena Noticia. Pero el texto escogido por Jesús para manifestar la conciencia de su ser y de su obra señala también *los destinatarios privilegiados de la misión*: los pobres, los de corazón desgarrado, los cautivos, los prisioneros... Lo va a repetir el mismo Jesús en la respuesta al Bautista, volviendo a identificar su misión y ensanchando aún más el abanico de los destinatarios: «Ild a contarle a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen y a los pobres se les anuncia la buena noticia» (Lc 7, 22). Una elección de destinatarios consecuente con el mesianismo asumido por Jesús en un contexto de tentación de otros tipos de realizar la misión. Mesianismo inesperado y chocante, capaz de producir también la tentación del rechazo: «y dichoso quien no se escandalice de mí» (Lc 7, 23). Es «dichoso» quien venza la tentación del escándalo, porque abrirá su corazón, en un cambio total de valores, a aquellas «dichas» positivas, que conocemos como bienaventuranzas, y que en Lucas (6, 20-23) tienen como destinatarios a los pobres, los hambrientos, los afligidos y los perseguidos.

Cuando Juan Pablo II, en este año primero de preparación para el jubileo, nos propone el «redescubrimiento de Cristo, Salvador y Evangelizador, con especial referencia al capítulo cuarto del evangelio de Lucas, donde el tema de



Cristo enviado a evangelizar se entrelaza con el del Jubileo» (TMA, 40), está haciendo una sugerencia llena de consecuencias prácticas para un acercamiento convertido al Señor. En el «año de gracia» que es Jesús mismo («hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír») se entrelazan el Espíritu, la consagración, el envío y los pobres como elementos indisolubles del anuncio y de la realización de la Buena Noticia, del Evangelio, que es salvación para todo el que cree.

Esta indicación cristológica, destinada a todos los creyentes, tiene ecos especiales en quienes trabajan eclesialmente en la pastoral de la caridad. Ellos se ven confrontados cada día con quienes Jesucristo proclamó *destinatarios privilegiados* de la Buena Noticia del Reino. La realización liberadora, anunciada por Jesús, es lenta y, a veces, tiene retrocesos escandalosos. Los tiene en el crecimiento de la pobreza y la marginación que, con distintos rostros y en circunstancias cambiantes, ofrece hoy el mismo espectáculo de «corazones desgarrados» por el hambre, el sufrimiento, la soledad, la falta de integración social, el drama de la exclusión... «Dejando a un lado el análisis de cifras y estadísticas, es suficiente mirar la realidad de *una multitud de hombres y mujeres, niños, adultos y ancianos, en una palabra, de personas humanas concretas e irrepetibles, que sufren el peso intolerable de la miseria...* Ante estos dramas de total indigencia y necesidad, en que viven muchos de nuestros hermanos y hermanas, es el mismo Señor quien viene a interpelarnos» (SRS, 13). Y los tiene también en la lentitud con que avanza la conciencia social de los creyentes; en la dificultad de asumir en propia vida personal y en la pastoral comunitaria la «opción preferencial por los pobres», subrayada de manera programática en el capítulo cuarto de Lucas para describir la misión de Jesús. Una opción preferencial por los pobres que describe así Juan Pablo II: «... es una opción o forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana... Se refiere a la vida de cada cristiano, en cuanto *imitador de la vida de*



Cristo, pero se aplica igualmente a nuestras responsabilidades sociales y, consiguientemente, a nuestro modo de vivir y a las decisiones que se deben tomar coherentemente sobre la propiedad y el uso de los bienes... Nuestra vida cotidiana, así como nuestras decisiones en el campo político y económico, deben estar marcadas por las realidades de la pobreza» (SRS, 42).

IV. LA IMITATIO CHRISTI

La opción preferencial por los pobres tiene en la *imitación de la vida de Jesucristo* su referencia fontal y su principio interior de dinamización. La «imitación» no es en el creyente una teatralización de gestos; es la «prolongación» en la historia del mismo estilo de vida de Jesús, gracias a la comunión en la unción del mismo Espíritu. El Espíritu que ungió a Jesús y lo envió a anunciar la Buena Noticia a los pobres es el mismo Espíritu que Jesús ha derramado en los creyentes, para ser así Él, único evangelizador, contemporáneo a la historia de todos los hombres y anunciador permanente y vivo del Evangelio a los pobres. La «imitación de la vida de Jesucristo» no es prioritariamente un imperativo ético, es fundamentalmente una condición de gracia y fidelidad para que la contemporaneidad de Jesús en todos los momentos de la historia, a través de la comunidad de los discípulos, tenga los mismos ecos liberadores que tuvo en el momento de su contacto histórico con los pobres de la sociedad judía de su tiempo. En la mirada a la historia de Jesús, el creyente no sacia prioritariamente curiosidad, aprende fundamentalmente a ser discípulo en condiciones cambiantes. En ellas se siente llamado a mantener una referencia explícita a opciones históricas de ser y actuar que, junto a las palabras que las explicaron, forman parte esencial del ser y actuar de Jesús como revelación misma del

Padre y de su manera preferente de actuar en toda la historia de la salvación.

La presentación de algunos rasgos de la vida de Jesús en su relación con los pobres —desarrollo práctico de su conciencia programática— tiene como finalidad en nuestro caso *estimular la imitación* como prolongación, en nuestro mundo y en nuestra historia, de la presencia salvadora originante: la de Dios en Jesús y la de Dios en nosotros, sacramentalmente unidos a Jesús por la unción del Espíritu. Con fina intuición une Juan Pablo II al centro cristológico del primer año de preparación al Jubileo *el redescubrimiento del bautismo* «como fundamento de la existencia cristiana, según la palabra del Apóstol: “todos los bautizados en Cristo os habéis revestido de Cristo”» (Gal 3, 27) (TMA, 41). Vamos a examinar el «revestimiento de Cristo» en la línea de la pobreza.

V. JESÚS, POBRE

En la historia de Jesús se nos ha manifestado definitivamente el *estilo de Dios*. El es el revelador del Padre desde la «carne visible» de su vida y de su palabra. De la misma manera que no es indiferente su palabra para alcanzar la revelación del Padre, tampoco es indiferente su historia. Si «escuchar» a Jesús es escuchar al Padre, «ver» a Jesús es ver al Padre. No fue la vida concreta de Jesús una mera casualidad que pudiera haber ocurrido de otra manera. La existencia concreta de Jesús se ha convertido para siempre en revelación. La misma religiosa atención que dedicamos a la doctrina de Jesús, recogida en los Evangelios, y la afanosa investigación de la *ipsissima verba lesu* la hemos de dedicar también a la vida que nos narran estos testimonios de fe, con un parecido esfuerzo por llegar los *ipsissima gesta lesu*. Aplicamos así a la revelación de Dios en Jesús los criterios de comuni-



cación y acceso, sancionados por la *Dei Verbum* para toda la economía de la revelación: «los hechos y palabras íntimamente relacionados entre sí». Sin la palabra, la vida de Jesús sería insignificante, por muy extraordinaria que humanamente fuese; sin su vida, sin su historia, sin su muerte y resurrección, su palabra no pasaría del nivel de lo bello (estética o éticamente).

El nombre de Jesús significa *Yahveh salva*. Jesús es una salvación en acto; un acontecimiento salvífico, el acontecimiento salvador por excelencia. «Cristo, Redentor del mundo, es el único Mediador entre Dios y los hombres, porque no hay bajo el cielo otro nombre por el que podamos ser salvados (Cf. Hch 4, 12)... Cristo, Hijo consubstancial al Padre, es aquel que revela el plan de Dios sobre toda la Creación, y en particular sobre el hombre... Imagen de Dios invisible, Cristo es el hombre perfecto que ha devuelto a la descendencia de Adán la semejanza divina, deformada por el pecado» (TMA, 4). En Cristo, Dios ha revelado definitivamente su voluntad de salvar al hombre. Pero también *ha revelado definitivamente su estilo salvador*. Porque hay muchos estilos de salvaciones y de salvadores. El relato sinóptico de las tentaciones es un relato dramático de cómo el tentador presentó ante Jesús «estilos de salvación», fundados en las diferentes expectativas mesiánicas.

La mirada a Cristo Salvador no se agota, por tanto, en la constatación del hecho de que El nos salva; será preciso también mirar *cómo* nos salva. Este *cómo* tiene una importancia decisiva para la acogida y el seguimiento. Con él se nos dice, en definitiva, que, más allá de imitaciones puramente miméticas, no podrá haber en la historia de la Iglesia «cómos» salvíficos cristianos que se aparten del estilo salvador, revelado en Jesús. No podrá haber una pastoral caritativa y social que no revele en la práctica el *estilo pobre* de Jesús y su *acercamiento preferencial* a los pobres. La contemplación de los misterios de su vida y de su muerte nos con-

frontan irremediablemente con la pobreza vivida y compartida. Desde Belén al Gólgota, la pobreza es una constante de la vida de Jesús. Marca su estilo de mesianismo (el del Siervo), asumido con libertad, vencidas las tentaciones de otros posibles estilos.

La pobreza de Jesús es *sacramento de su encarnación*. El *vaciamiento (kénosis)* que ésta supone queda manifestado de manera sencilla en el estilo de vida de Jesús, lejos de toda pretensión de *acaparamiento*, que supone el afán de riqueza. ¿Cabría imaginarse a Jesús rico? ¿No sería la riqueza material una contradicción con el «vaciamiento» de la encarnación? Por eso el Verbo no sólo se hace hombre, sino que se hace hombre-pobre (manera privilegiada de ser hombre). Humanidad y pobreza son dos dimensiones de su *kénosis*. Jesús no vive la pobreza como accidente; la vive como estilo, como dimensión, como revelación; la pobreza es para Jesús expresión de su relación privilegiada con el Padre y con los hermanos.

Los investigadores de la «historia de Jesús» se plantean si históricamente podemos llegar a conocer algo de su situación social. El material para llegar a ese conocimiento histórico son los textos evangélicos. Ante la posible sospecha de un material «mitificante», es bueno recordar el juicio de un autor poco sospechoso en esta materia, E. BLOCH, quien decía: «se reza a un niño nacido en un establo. No cabe una mirada a las alturas hecha desde más cerca. Por eso es verdadero el pesebre: un origen tan humilde para un fundador no se lo inventa uno. Las sagas no pintan cuadros de miseria y, menos aún, los mantienen durante toda la vida. El pesebre, el hijo del carpintero, el visionario que se mueve entre gente baja y el patíbulo final... todo eso está hecho con material histórico, no con el material dorado tan querido por la leyenda» (en *El principio esperanza*). Se trata de una línea seguida para la reconciliación con el substrato histórico de los testimonios evangélicos: la no



mitificación de la condición social de Jesús, precisamente en un contexto de mesianismos, esperados siempre con cierto grado de espectacularidad atribuida a los orígenes mismos de los mesías.

Sobre el estatus social de Jesús, anterior a la vida pública, tenemos una indicación preciosa en Mc 6,3, donde se le designa como *el carpintero*; o en Mt 13,55, donde es llamado *el hijo del carpintero* (normalmente el hijo realizaba el trabajo del padre). Carpintero de una aldea pequeña: Nazaret. El término empleado para designar al carpintero es *tekton*, oficio incluido entre las capas sociales inferiores, pero cuya actividad podía asegurar la vida a nivel de subsistencia. Cometiéndolo un cierto anacronismo, al emplear categorías actuales de la designación de la pobreza, podríamos decir que la pobreza de Jesús y de su familia no es la que denominamos «severa» (Jesús no era un pordiosero), sino la «pobreza moderada».

Aparte del género literario de los evangelios de la infancia y de la intención teológica peculiar de los dos evangelistas que la narran (Mateo y Lucas), no se puede obviar la intención lucana de situar el nacimiento de Jesús no sólo en el contexto de la pobreza, sino de la marginación: «con la cueva no hay escapatoria: no tiene ningún significado espiritual como puede tenerlo el desierto. No expresa más que la miseria y la falta de otro lugar. Falta de lugar que Lucas parece haber subrayado y erigido en tesis. Difícilmente podrá negarse que la frase “no había lugar para ellos” (Lc 2,7) lleva una segunda intención, provocativa y poco mistificadora» (GONZÁLEZ FAUS, *La Humanidad Nueva*, pág. 91). Con razón puede afirmar Ch. DUQUOC: «... los capítulos que dedica Lucas a la infancia de Jesús son una parábola de aquel versículo del *Magnificat*: “derribó a los potentados de sus tronos y exaltó a los humildes” (L 1, 52). Son las palabras que resumen la fe de los pobres de Dios... Jesús es el heredero de los pobres, su figura más perfecta, el siervo descrito por

Isaías en los capítulos 52-53. El mesianismo de Jesús es el de este siervo de Yahveh» (*Cristología*, pág. 43). No otra cosa debió significar para Lucas el hecho de que fueran *los pastores*, pertenecientes también ellos a la categoría de los pobres, los destinatarios primeros del anuncio de tan singular nacimiento.

Escribiendo estas reflexiones para quienes, en la Iglesia, dedican una particular atención al ejercicio de la caridad, no me resisto a ofrecer una pincelada catequética. La delicada piedad popular nos ofrece cada año, por Navidad, una representación icónica del nacimiento de Jesús en los belenes. Intentan ser, y lo consiguen, catequesis plásticas. Me pregunto, sin embargo, si los belenes no han perdido hoy toda la fuerza provocadora que tiene la narración del nacimiento de Jesús en los evangelios de la infancia. Correspondería a la pastoral de la caridad dar realismo a la representación que la plástica del belén hace entrar catequéticamente por los ojos, facilitando la lectura cristiana de los nacimientos que hoy acontecen en situaciones de pobreza y marginación similares a las del nacimiento de Jesús.

En el otro extremo de la vida histórica de Jesús está su muerte. ¿Puede pensarse en una pobreza más radical que morir crucificado? El hecho de morir «fuera de la ciudad» (Hb 13, 12) nos coloca en el ámbito de la exclusión. Pero habría que subrayar, además, el lacónico y estremecedor comentario de Lucas: «fue contado entre los malhechores» (Lc 22, 37). La cruz, en efecto, era condena para esclavos y delincuentes políticos. La cruz es la expresión suprema de la pobreza de Jesús, culmen de toda una experiencia de pobreza material y espiritual.

Y, en medio de esos dos extremos —el origen y el final—, una vida, relativamente corta, cuyo período de actividad pública, describe el mismo Jesús refiriéndose a su «equipaje» personal en la misión: «las zorras tienen madrigueras y los pájaros, nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene donde

reclinar la cabeza» (Mt 8, 20). «Frase que todo el mundo suele considerar auténtica y que parece expresar una existencia desinstalada, más o menos errante y marginal» (GONZÁLEZ FAUS, o. c., pág. 92). La frase está, en efecto, en contexto de seguimiento, cuando alguien promete a Jesús seguirle a dondequiera que Él vaya. Jesús le presenta una perspectiva sin referencia fija, la que podría encontrarse en una casa.

VI. JESÚS CON LOS POBRES

La importancia que desde la antropología cultural se da hoy a las *comidas de Jesús* con los excluidos social y religiosamente ya la había adivinado la exégesis tradicional desde la categoría bíblica de las *acciones simbólicas*, tan presentes en la tradición profética. A nadie le pasaba inadvertido que nos encontramos ante narraciones «intencionadas» que representan un modo de obrar de Jesús respecto a los grupos que en Israel eran considerados como marginales.

Los antropólogos culturales ven con razón en la comida no el simple hecho material de alimentarse, sino una especie de reproducción en miniatura de todo el conjunto de las relaciones sociales, sobre todo donde las clases están inflexiblemente definidas y separadas. J. D. CROSSAN, cuyo acercamiento al Jesús histórico es muy discutible y con el que disiento en puntos muy fundamentales, dedica un capítulo a lo que él llama *comensalía abierta*, en el que incita a los lectores a hacer un ejercicio de imaginación: «figúrese el lector —dice— que un día llaman a su puerta unos mendigos y piense por un momento en la diferencia que existe entre darles un poco de comida para que se vayan, dejarlos pasar y darles de comer en la cocina, pasarles al comedor y sentarlos a la mesa como si fueran unos más de la familia, o invitarlos a que vuelvan la semana si-

guiente a cenar con unos cuantos amigos de la casa... Estamos ante lo que los antropólogos llaman *comensalía*, concepto que responde a las normas que rigen las actitudes en la mesa y ante la comida, como si se tratara de diferentes modelos en miniatura de las normas que rigen las asociaciones y actos de socialización de la persona... Significa que las diferentes formas de compartir la mesa constituyen un esquema de las discriminaciones económicas, las jerarquías sociales y las distinciones políticas» (en *Jesús: biografía revolucionaria*, p. 84). Hace estas reflexiones tomando pie de la célebre parábola de Jesús de los *convidados al banquete* (Mt 22, 1-13; Lc 14, 15-25), al que el anfitrión manda a convidar a «los pobres, tullidos, ciegos y cojos» (Lucas), «a los que encontréis por las salidas de los caminos» (Mateo). «Lo que defiende la parábola de Jesús es una *comensalía abierta*, una forma de comer unos con otros sin que la mesa constituya una miniatura de las discriminaciones sociales» (*Ibidem*, pág. 85).

En *La mesa compartida* (Sal Terrae, 1994) recuerda Rafael AGUIRRE cómo «en un reportaje de TVE sobre los judíos etíopes que habían regresado a Israel se le preguntaba al Sumo Sacerdote —aún conservaban tan venerable figura— cómo habían podido mantener su identidad judía en tan difíciles circunstancias, y nada menos que desde el tiempo de Salomón y de la reina Saba, que es el momento en que ellos sitúan su instalación en Etiopía. La respuesta, impresionante antropológicamente, fue: “Porque nunca hemos comido con nadie que no fuese de nuestro propio grupo”» (págs. 27-28).

Basten estas evocaciones para calibrar la importancia no sólo de la enseñanza de Jesús, en sus parábolas, acerca de la comunidad de mesa, sino de su propia práctica. Este tipo de comidas, realizadas por Jesús, causó un profundo escándalo en la sociedad judía. Crítica y escándalo de los fariseos, porque los discípulos «comen y beben con publicanos y peca-



dores» (Lc 5,30); crítica de los fariseos y escribas a Jesús por acoger a los pecadores y comer con ellos (Lc 15, 1-2); crítica a Jesús por haberse hospedado en casa de un pecador (Lc 19, 7). Está en juego la crítica a la relación establecida por Jesús con los pobres económicos y con los excluidos sociales. «El “amigo de publicanos y de pecadores” aparentemente es un reproche y reprobación. En realidad, el apelativo corresponde al comportamiento auténtico de Jesús. Para él la cercanía del reino era proximidad salvífica de Dios hacia todos los marginados de su tiempo, víctimas del rechazo, de la segregación, de la desigualdad, de la injusticia, del pecado y del mal» (COMITÉ PARA EL JUBILEO DEL AÑO 2000, *Jesucristo, Salvador del Mundo*, pág. 84).

Hay que resaltar que la acusación a Jesús en Lc 15, 1-2, «ése acoge a los pecadores y come con ellos», precede a las tres *parábolas de la misericordia* del capítulo 15. En ellas la misericordia y la alegría del padre por la recuperación de *lo perdido* dan el tono a todo el mensaje de Jesús y representan la legitimación «última» de su comportamiento no sólo con los alejados de Dios, sino también con los excluidos de la sociedad de Israel. La misericordia del Padre, que rompe los esquemas de lejanía/cercanía, abre un nuevo e inesperado acceso al pueblo de su pertenencia. La «comida abierta» propugnada por Jesús le va a ganar la más dura crítica por parte de los fariseos: «comilón y borracho, amigo de publicanos, pecadores y prostitutas»; pero se trata en realidad del cumplimiento, en la práctica de Jesús, de la Buena Noticia para los pobres y excluidos. «Jesús rompe, en nombre de Dios, con las convenciones establecidas y con el orden social. No lo hace simplemente como expresión de anomía o de desintegración social, sino en nombre de otra visión del orden y de los valores alternativos. Propugna la reintegración de los excluidos, en lugar de mantener su discriminación y alejamiento» (R. AGUIRRE, o.c., pág. 73).

De nuevo, y sin intentar cometer anacronismos, no me resisto a no hacer una alusión práctica para los agentes de la pastoral socio-caritativa de la Iglesia. La función social integradora de esta acción pastoral tiene en la práctica de Jesús su inspiración más honda y fundamental. Parabólicamente, en *Sollicitudo Rei Socialis* (n. 33), Juan Pablo II concibe el conjunto de la sociedad y de sus bienes como un *gran banquete* del que una inmensa mayoría de pobres está actualmente excluida. Tarea de la pastoral caritativa y social no es repartir migajas entre los ausentes, sino ensanchar la mesa para que los actualmente excluidos quepan como comensales por derecho propio. Por ahí me parece que va la insistencia en una intervención social que sea *realmente integradora* y no simplemente protectora, y la consideración de los pobres no principalmente como «carentes», sino como «excluidos».

La identificación de Jesús con los pobres tiene en Mt 25 su expresión más acabada y atrevida. La abundante reflexión sobre este capítulo del evangelio de Mateo, realizada en el contexto del posicionamiento creyente frente a la realidad de los pobres (recordar la conocida frase de S. Juan de la Cruz, «al atardecer de la vida nos eximirán de amor»), me ahorra extenderme en su comentario. Ofrezco sólo algunas indicaciones que nos ayuden a situar la relación personal que Jesús establece con los pobres.

En contexto de los capítulos finales de Mateo es escatológico, pero se trata de una escatología puesta al servicio de la ética, por lo que Mateo subraya insistentemente la necesidad de las obras. «Mateo evoca aquí la venida del Hijo del Hombre para señalar la importancia “última” de los actos de amor; es decir, de la ayuda prestada a *los más pequeños* (v. 45)» (P. BONNARD, *Evangelio según San Mateo*, pág. 544). La designación de los desheredados que hace Mateo es realista: hambrientos, desnudos, sedientos, exiliados de su patria; es decir, sin derechos y sin protección, en prisión y con hambre. Con la inspiración en este capítulo se ha subrayado con razón



que el Hijo del Hombre se solidariza con todos aquellos que objetivamente tienen necesidad de ayuda. Solidaridad de Jesús con toda la miseria humana en su inmensidad y en su dimensión más honda. Solidaridad que ha sido descrita en muchas ocasiones en términos de *presencia*. Presencia de identificación especial y voluntaria de Jesús con los pobres, en cuyo servicio y amor él mismo se siente servido y amado. Como si Jesús, no queriendo nada para sí, remitiese el amor y el servicio que sus discípulos «le deben» al amor y servicio que han de prestar a los más pequeños. Se trata de que los discípulos reproduzcan la misma misión del Maestro: no ser servido, sino servir y dar la vida por muchos.

Permítaseme de nuevo alguna alusión a exigencias prácticas en el ejercicio de la caridad de la pastoral de la Iglesia. Nada más ajeno a la universalidad de la solidaridad de Jesús con los pobres y marginados que cualquier tipo de reducción de destinatarios. Por eso, desde siempre, una de las características de la auténtica caridad cristiana ha sido la universalidad de destinatarios, sin atender a ningún tipo de condicionamientos. El «a mí me lo hicisteis» es tan universal como la pobreza misma. Temer que la confesión de Jesús, fuente de la práctica del amor cristiano concreto, sea factor de reducción o de selección ideológica de destinatarios, significa no haber comprendido la universalidad de la identificación de Jesús con los pobres. Me atrevo a decir que a más «confesión» personal e institucional, mayor exigencia de desinteresada universalidad. Por eso la posible crisis de «confesionalidad» podría delatar un desgarramiento de la «confesión cristológica» como fuente de inspiración del ejercicio de la caridad cristiana.

VII. JESÚS PARA LOS POBRES

Partiendo del discurso programático de Lucas (4, 16-21) con el que iniciábamos estas reflexiones, se entiende la afir-



mación de J. JEREMIAS: «con la constatación de que Jesús proclamó la aurora de la consumación del mundo, no hemos descrito aún completamente su proclamación de la *basileia*. Antes al contrario, no hemos mencionado aún el rasgo esencial... la oferta de salvación que Jesús hace a los pobres» (*Teología del Nuevo Testamento*, pág. 133). «En el interior de la tradición sinóptica es posible señalar una serie de logia (“dichos”), emparentados entre sí, porque proclaman todos ellos que el Reino de Dios, contenido central del anuncio de Jesús, está destinado a “los pobres”» (R. FABRIS, *Jesús de Nazaret*, pág. 108). Desde el punto de vista histórico nadie pone en duda que el contenido de la predicación de Jesús fue el anuncio de la cercanía del Reino de Dios, como aparece ya en el inicio del evangelio de Marcos (1, 15), y que por Reino de Dios hay que entender no un lugar, sino un poder, una soberanía: el poder y la soberanía de Dios. Advirtiendo contra una posible interpretación teocrática, me parece acertada esta descripción: «el reino de Dios es lo que sería el mundo si fuera Dios quien estuviera directa e inmediatamente a su cargo.» De ahí la preferencia por «reinado» en comparación a «reino».

Para ahondar en el anuncio del Reino de Dios como Buena Noticia de Jesús para los pobres será preciso tener en cuenta cómo se va delineando en el Antiguo Testamento todo el proyecto liberador de Dios que, partiendo del Exodo y pasando por el anuncio de los profetas, tiene en Cristo Jesús el culmen de su realización por la «singularidad» del mediador y por la calidad integral de la liberación ofrecida. Mirando toda la historia de la salvación, cabría preguntarse: ¿qué sería de los pobres si Dios estuviera directa e inmediatamente al cargo del mundo? La respuesta apunta a la necesidad de *mediadores* que anuncien y realicen el Reino de Dios al estilo de Jesús, quien lo ofrece como Buena Noticia primordialmente a los pobres.

Jesús ofrece el Reino, anunciándolo y realizándolo. En este sentido, se nos invita a ver en los milagros *signos* de la

realización del Reino ya iniciada, especialmente los milagros que tienen como destinatarios los enfermos y los «endemoniados». El ámbito global de la acción salvadora de Jesús con relación a los enfermos es *la compasión*. Jesús «justifica esta obra de curación de los cuerpos, insertándola en su proyecto de predicador del Reino de Dios en favor de los pobres. Los que se sienten heridos en su propia carne, privados de su integridad física y también, a menudo, de su dignidad humana, entran en esa categoría de “pobres” a los que está destinado el Reino de Dios. Lo mismo que el médico va a buscar a los que se encuentran enfermos, lo mismo que el pastor va en busca de la oveja que se ha extraviado, así también Jesús se preocupa de los menesterosos, tanto si son realmente pecadores como si han sido marginados por su condición física. En este sentido, las curaciones realizadas por Jesús corresponden a la “buena noticia” de liberación dada a los pobres; son signos de la irrupción del Reino de Dios» (R. FABRIS, o. c., pág. 146).

Expresión de la compasión de Jesús no es sólo la curación de los enfermos (Mt 14, 14); en el mismo contexto compasivo inserta Mateo la *multiplicación de los panes*, signo tan apreciado por la tradición evangélica. Seis narraciones del acontecimiento en los cuatro evangelistas nos hablan de la importancia que se atribuyó al hecho en la comunidad primitiva, sin duda por sus evocaciones eucarísticas. Lucas (9, 10ss) une acogida, instrucción sobre el Reino de Dios, curación de enfermos y multiplicación de los panes. Y Juan coloca significativamente la multiplicación de los panes en el capítulo 6, en el que el tema del «pan» remite a Jesús como comida, desarrollando el significado del alimento que sacia el hambre (multiplicación), ofrece sentido a la vida (fe) y colma la necesidad de presencia desde una mutua inmanencia (eucaristía). Conocemos bien la maestría con que Juan desarrolla «los signos»: no les quita concreción, pero los abre a una plenitud desbordante de significado. Sin esta apertura al sig-

nificado, el signo permanece ambiguo, como lo fue la multiplicación de los panes para quienes intentaron «proclamarlo rey» (Jn 6, 15); aquellos a los que Jesús recrimina que lo busquen «porque han comido hasta saciarse» (Jn 6, 27). Pero ni aún esta posible interpretación equivocada impide a Juan la presentación del milagro de la multiplicación en su concreción más cercana de alimento material para saciar el hambre.

Tampoco me resisto aquí a no ofrecer una referencia concreta a la pastoral de la caridad de la Iglesia. Los *milagros de Jesús*, signos de la realización ya iniciada del Reino de Dios para los pobres, proyectan luz sobre la necesidad de *acciones concretas* en la pastoral caritativa y social de la Iglesia. Su calidad de signo reclama que estas acciones concretas se enmarquen en el proyecto global de la pasión por el Reino; recuerda que no han de convertirse en vehículo de mesianismos fáciles y triunfalistas; las inscriben como primer paso hacia la realización de un proyecto global de hombre que, incluyendo la satisfacción de sus necesidades materiales, no lo cierra en ellas; lo deja en la «insatisfacción» frente a una realización nunca acabada.

VIII. JESÚS ACERCA DE LOS POBRES

Entre todos los «dichos» de Jesús acerca de los pobres destacan las bienaventuranzas. Aquella proclamación de «dicha» que tiene en Mateo (5, 3-12) un mayor desarrollo y que aparece en la tradición de Lucas (6, 20-23) de manera más concisa, más directa (empleo de «vosotros» y no la generalización de Mateo, «vosotros, los pobres» frente a «los pobres de espíritu»), más provocativa y más dialéctica (bienaventuranzas contra malaventuranzas). En Lucas son solamente cuatro y todos los comentaristas subrayan su tonalidad más realista: «en Lucas se trata de condiciones que en



Mateo tienden a convertirse en cualidades. Son condiciones reales: los pobres, los hambrientos, los atribulados o los que lloran, los perseguidos» (R. FABRIS, *La opción por los pobres en la Biblia*, pág. 27).

Decir que la recensión lucana parece más arcaica (este es el sentir de la mayoría de los comentaristas) no significa restar legitimidad al desarrollo de Mateo ni negar la validez de su profundización del concepto de pobre, en línea, por lo demás, con la concepción bíblica de «los pobres de Yahveh». Se da en Mateo una ampliación del concepto de pobreza y un ahondamiento en sus raíces religiosas que será preciso tener en cuenta siempre en un acercamiento cristiano global al tema de los pobres.

La atención a la versión de las bienaventuranzas recogida por Mateo no puede, sin embargo, utilizarse para minusvalorar el realismo de la versión de Lucas. No estamos ante dos versiones que hubiera que contraponer; estamos llamados a interrelacionarlas. El pobre económico y social de Lucas no está excluido del «pobre de espíritu» de Mateo. En uno y otro la referencia fundamental es al modo de actuar de Dios en la historia de la salvación: Dios interviene en favor de los pobres, los defiende libre y gratuitamente, no porque los pobres sean mejor que los demás, sino porque Dios es así. «Dios libera, levanta, da. Los pobres son los que se encuentran en una situación de miseria: oprimidos, débiles, extranjeros, la viuda, el huérfano, el enfermo... A ellos es a quienes se anuncia la salvación, la felicidad, la vida y la liberación. Todos estos términos son equivalentes: indican el Reino de Dios, don gratuito de Dios... Jesús lo anuncia como alegre noticia: “saltad de gozo, alegraos. Sois felices y afortunados.” No es una invitación, sino una promesa, una declaración solemne, como cuando dice: “el Reino de Dios está aquí; convertíos y creed”» (cf. Mc I, 15) (R. FABRIS, *o.c.*, págs. 33-34).

La bienaventuranza de los pobres significa que con la llegada del Reino, que a ellos pertenece, se acerca el mo-

mento de su liberación. Es interesante observar que la proclamación de esta acción liberadora por parte de Jesús precede también en Mateo al anuncio de las bienaventuranzas: «Jesús recorría Galilea entera, enseñando en las sinagogas, proclamando la buena noticia del Reino y curando toda dolencia y enfermedad del pueblo. Se hablaba de él en toda Siria: le traían enfermos de toda clase de enfermedades y dolores, endemoniados, lunáticos y paralíticos, y los curó» (4, 23-24). Después de esta especie de sumario de fuerte carga salvadora, Jesús proclama en el monte las bienaventuranzas.

«Dios no sólo se compromete asumiendo en sí mismo la situación del pobre de espíritu, sino que se dirige con preferencia a los pobres a quienes está destinado su reino y Jesús proclama bienaventurados (Mt 5, 3; Lc 6, 20). Bienaventurados son los pobres en su doble pobreza material (Lc 6, 20) y de espíritu (Mt 5, 3); ellos lo rodean continuamente: mendigos, enfermos, viudas, publicanos... Constituye una característica del ministerio de Jesús el dirigirse a los desheredados, a los oprimidos y a los infelices (Mt 11, 4ss; Lc 4, 18-21) hasta el extremo de identificarse con ellos, transformándolos en sacramento de su propia presencia. Por tanto, Dios mismo, por medio de su Hijo Jesús, se alinea de la parte de los pobres. Es una opción precisa y escandalosa que los contemporáneos de Jesús comprendieron muy bien, sobre todo los bienpensantes, los fariseos, que se veían excluidos de la obra de Cristo» (E. VALLACHI, *Diccionario Enciclopédico de Teología Moral*; término: «pobreza»).

Cuando, en *La Iglesia y los Pobres* nos recuerdan los obispos que la pastoral de la Iglesia se juega hoy en la actitud que adoptemos frente a la liberación de los pobres, nos están recordando el sentido de su bienaventuranza: dichosos los pobres, porque en Jesús se ha sembrado la semilla de su salvación, llamada a dar frutos en la historia encarnada de la evangelización.



Esa «dicha», reclamo de compromiso fiel, extiende su gozo a «quienes han elegido ser pobres» (los «pobres de espíritu») como manera singular de ser hombres y mujeres en la disponibilidad sin ataduras a Dios y a los hermanos. El trabajo en la pastoral caritativa y social de la Iglesia debe ayudar a aunar las dos dimensiones de la bienaventuranza de los pobres. Dejarse afectar por la pobreza significa *mediar* en la liberación de quienes la padecen desde un *despojo personal* que afecta también a la actitud personal frente a la riqueza como modo de vida. Una buena «verificación» de la calidad del compromiso caritativo pasa por el *empobrecimiento consentido y alegre*. Este fruto genuino del compartir nos acerca al estilo de Jesús que «siendo rico, se hizo pobre para enriquecernos a todos». La «dicha» de los pobres es fundamentalmente cristocéntrica: orientándonos hacia los destinatarios privilegiados de la misión, configura un nuevo estilo de vida; el mismo que está en la base de la encarnación, y que cumple existencialmente la paradoja evangélica: «quien busca su vida la pierde; quien la pierde la gana en plenitud.» La que expresó de manera tan bella el poeta oriental: «la vida se nos dio y la merecemos dándola.»

JESÚS, MEDIADOR DEL REINO Y EVANGELIO DEL AMOR

JOSÉ CRISTO REY GARCÍA PAREDES, CMF

Parece lo más obvio poner a Jesús en el centro de la pastoral de la caridad. ¿Quién, si no él, fue el iniciador de ella? ¿Quién, si no él, es su inspiración permanente? ¿Quién, si no él, es prolongado en cada praxis de caridad transformadora? No vale sólo el «a mí me lo hicisteis», sino también, «yo, en vosotros y con vosotros, lo hice».

Situar en el centro de la pastoral de la caridad a Jesús es dignificarla al máximo. Toda ella, en todas sus acciones, se convierte en irradiación del corazón que más amó y que continúa amando e intercediendo por nosotros. Nace de ahí una experiencia inefable del Misterio inefable. En las reflexiones que siguen quisiera focalizar la atención en ese Centro. No intentaré contemplarlo movido por cualquier interés práctico, en orden a estimular o transformar la pastoral de la caridad en la Iglesia. Simplemente, quiero acercar la figura de Jesús, tal como se me descubre en los evangelios. Y en Jesús descubro, ante todo, un contexto (*El grito por el Futuro: ¡Que venga tu Reino!*) y un estilo de vida (*El amor hecho Evangelio y sus formas*).

I. EL GRITO POR EL FUTURO: ¡QUE VENGA TU REINO!

Si algo caracterizó la vida de Jesús, fue su expectativa: la llegada del Reino de Dios. Se hacía así representante de



los deseos más profundos de la Humanidad. Se colocaba así en alternativa a todos los poderes de esta tierra, de la historia. Este fue el contexto de su vida profética y mesiánica.

1. El futuro inminente: ¡Que venga!

Jesús habló del Reino en futuro. Lo hizo en la más bella oración, que procedió de su boca, el «Padrenuestro», y en algunos *logia* pronunciados en momentos muy importantes de su vida.

En la oración del *Padrenuestro* Jesús enseñó a sus discípulos (1) a pedir a gritos a *Dios-Abbá* la llegada de su Reino (2) o la santificación de su Nombre, que es lo mismo; Dios *santifica* su nombre cuando muestra su poder ante judíos y gentiles en acciones poderosas (Ez 36,23) y lo *santificará* cuando reúna a los dispersos y transforme Palestina en un jardín de Edén (Ez 36,35). Los discípulos han de pedirle que se revele, gobierne y actúe: «¡Abbá, manifiéstate en todo

(1) Es con muchísima probabilidad una oración que procede de Jesús. Para MEIER el argumento más fuerte para atribuir el Padrenuestro directamente a Jesús es que los dos evangelistas ponen la oración en boca de Jesús y los dos hablan del mandato de Jesús de orar así. En ningún otro lugar del NT se dice que una oración proceda del mismo Jesús y haya pedido que se mantenga.

(2) En las dos versiones del «Padrenuestro» (la más larga de Mt y la más breve de Lc) aparece la petición: ¡Venga tu Reino! (Mt 6,10; Lc 11,2). La opinión predominante hoy es que las dos versiones del «Padrenuestro» (larga en Mt 6,9-13 y corta en Lc 11,2-4) reflejan o la expansión (Mt) o la modificación en las palabras (Lc) de las tradiciones litúrgicas cristianas. Lc ha conservado la medida y la estructura básica de la oración, mientras que Mt ha conservado en algunos puntos las palabras originales.

tu poder y gloria! ¡Ven a gobernar como rey!» (3). Quien reina es *Abbá* (4) (palabra utilizada únicamente para el padre propio de cada uno y nunca en sentido litúrgico) y Rey del final de los tiempos. A la súplica por la venida del Reino va unida la petición del pan del mañana, del perdón de las deudas, la liberación de la Tentación final y del Maligno, adversario de Dios y de la Humanidad, bestia apocalíptica (5).

Jesús mantuvo confianza absoluta en la llegada inminente del Reino, que tendría lugar en un momento sólo conocido por Dios (6). Rechazado por Israel y no acogido como el

(3) MEIER: o.c., II, 299.

(4) Es interesante apuntar que en el siglo I, dentro del ambiente mediterráneo, «padre» era símbolo de amor por los hijos y también símbolo de poder soberano sobre sus vidas y destinos (hasta ser el árbitro supremo de la vida y de la muerte, el árbitro supremo de carreras, matrimonios y heredad), del poder supremo en el ámbito doméstico. Era objeto de obediencia, reverencia, incluso miedo, como también de amor. «¡*Abbá* no es papá!», escribe Geza VERMES, basándose en un artículo de J. BARR: «*Abba isn't Daddy!*», en *JTS*, 39, 1988, págs. 28-47; cfr. G. VERMES: *La religión de Jesús el judío*, Anaya & Mario Muchnik, Madrid, 1995, págs. 216-218.

(5) La petición del pan se enmarca en el contexto del banquete escatológico, dibujado por Jesús en las parábolas y actuado en la comensalidad con los publicanos y pecadores; en ella se refleja que Jesús concibe el futuro como algo corporal. La petición del perdón suplica que el perdón de las deudas que tendrá lugar el último día, sea anticipado al día de hoy. Deuda es todo aquello que hace nuestra vida deudora mientras esperamos la plenitud del Reino. Este perdón nos habilita ya a nosotros a perdonar ahora las deudas que otros tienen con nosotros. La tercera súplica, «libranos de la tentación», hace referencia a la batalla escatológica definitiva. El término tentación no hace referencia a las tentaciones de cada día, sino a la tentación final. La expresión traducida por «no dejes caer en la tentación» habría que traducirla por «no hagas que ven-gamos a la tentación». Cf. N. AYO: *The Lord's prayer. A survey theological and literary*, Notre Dame Press, Indiana, 1992, págs. 55-110.

(6) Cf. G. VERMES: *La religión de Jesús el judío*, Anaya & Mario Muchnik, Madrid, 1966, págs. 244-245.



profeta escatológico, Jesús confió. En la Última Cena —con modestia admirable (7)— dijo:

«En verdad os digo: no beberé más del fruto de la vid hasta el día en que lo beba nuevo en el Reino de Dios» (Mc 14,25).

Tenía la certeza de que el reino de su Padre llegaría muy pronto; su próxima copa de vino sería la del vino del Reino. Esta misma convicción expresó al referirse a mucha gente que se sentaría en el Reino de Dios:

«Yo os digo que muchos del Este y del Oeste vendrán y se reclinarán en la mesa con Abraham e Isaac y Jacob en el reino de los cielos. Pero los hijos del reino serán echados fuera, a las tinieblas exteriores. Allí habrá llanto y rechinar de dientes» (Mt 8,11-12; cf. Lc 13,28-29).

En este oráculo profético de contraste, Jesús promete la salvación escatológica en el reino de Dios a muchos y amenaza con la definitiva exclusión del Reino a otros. Los muchos de Oriente y Occidente son los gentiles. En el banquete del reino participarán patriarcas y gentiles; se acabará en él la hostilidad entre judíos y gentiles.

También las bienaventuranzas presentan a Dios como el verdadero y auténtico rey de la comunidad de la Alianza, Israel. Es el rey que defiende a huérfanos y viudas, asegura los derechos de los oprimidos y hace justicia (8). No es casual

(7) No dice que él presidirá la mesa del Reino; únicamente que se sentará a beber vino. No dice que su muerte será la causa de la llegada del Reino. Jesús se presenta como uno de los que gozarán del Reino.

(8) Las bienaventuranzas de Jesús, tal como aparecen en la fuente Q se adecuan perfectamente a los dichos de Jesús sobre el reino de Dios. Una mirada a la forma y contenido de las tres bienaventuranzas

que la primera bienaventuranza tenga que ver con la promesa del reino de Dios. Jesús declara paradójicamente en las bienaventuranzas que los infelices son felices porque el reino futuro ejerce un poder transformador sobre el presente de los creyentes. En cierta manera, los creyentes están ya bajo el influjo del reino escatológico de Dios.

Jesús no proclamaba la *reforma* del mundo, sino el *fin* del mundo. Los profetas del Antiguo Testamento estaban interesados en los males sociales y políticos de sus días; Amós denunciaba el cruel trato de los prisioneros de guerra (Am 1,2-2,3) y el vender a los pobres como esclavos (Am 2,6-7). Y así otros profetas. Jesús, sin embargo, guardó silencio sobre muchos problemas concretos. Él era un profeta apocalíptico. Según él la llegada definitiva del reino escatológico de Dios era inminente (9).

Ante la espera de los últimos tiempos había en Israel diversas actitudes: unos se retiraban a los desiertos para no contaminarse con este mundo malo; otros tomaban las armas para forzar la llegada del Reino; otros predicaban amenazas y castigos divinos. Jesús, en cambio, dejó el desierto, anunció la llegada del Reino de Dios como una Buena Nueva para consolar a los desgraciados, alegrar a los pobres y a los pequeños. Se negó a llorar y a ayunar como si estuviera bajo el impacto de una calamidad inminente. Situó su ministerio bajo el signo de la alegría. Habló de un Dios Perdón (10). El

fundamentales nos hace ver que: a) siempre comienzan con una felicitación; b) los destinatarios de ellas (los que sufren) son presentados con un artículo definido, un adjetivo o un participio; c) la razón de la felicidad es siempre escatológica.

(9) Un eco de las bienaventuranzas de Jesús aparece en I Ped 3,14 y 4,14. También aparece en la carta de Policarpo a los Filipenses.

(10) No cabe duda de que sus palabras sobre el juicio final dejaban planear la amenaza de castigos, pero su intención no era inspirar el temor a los que tienen conciencia y lamentan sus pecados, sino exhortarlos a permanecer vigilantes hasta el final: cf. J. MOINGT: *El hombre que ve-*



Dios del Reino no era presentado como una figura regia sino como un hombre influyente —familiar a Jesús y a sus oyentes—, el *paterfamilias* y propietario rico de la Galilea rural (11).

2. El presente: ¡el Reino está ya!

Jesús dio a entender que el despliegue maravilloso de poder en sus milagros era ya una realización parcial y preliminar del Reino (12). La aparición de Jesús en la escena pública y sus acciones eran consideradas por las potencias malignas como una agresión (Mc 1,23-24; 9,20-25). Jesús oponía acciones benéficas a las acciones maléficas del poder del mal; restauraba la creación original. Y así como Dios Padre todo lo hizo bien en su creación, así se decía del profeta escatológico que «todo lo ha hecho bien» (Mc 7,37) y que «pasó haciendo el bien en el país de los judíos» (Hech 10, 38). En cambio, Satanás era el poder del mal (hacia a los hombres sordos, ciegos, leprosos y mudos).

El poder de Dios que se manifestaba en Jesús y liberaba de todos los males satánicos. Por eso, Jesús fue radical y procla-

nia de Dios. Cristo en la historia de los hombres, II, Desclée De Brouwer, Bilbao, 1995, págs. 31-32

(11) Cf. G. VERMES: *La religión de Jesús el judío*, Anaya & Mario Muchnik, Madrid, 1966, pág. 177.

(12) Para este tema, cf. F. MUSSNER: *Los milagros de Jesús. Una orientación*, ed. Verbo Divino, Estella, 1970; R. SCHNACKENBURG: *Der Johannes-evangelium*, I. Teil, Friburgo, 1965, pág. 352. J. B. METZ: *LThK X*, 1264; J. I.: GONZALEZ FAUS: *El clamor del Reino. Estudio sobre los milagros de Jesús*, Sígueme, Salamanca, 1982; X. LEON-DUFOUR: *Structure et fonction du récit de miracle*, en AA.VV.: *Les miracles de Jésus*, ed. Du Seuil, París, 1977, págs. 289-374; E. SCHILLEBEECKX: *Gesù. La storia di un vivente*, ed. Queriniana, Brescia, 1976.

mó la presencia del Reino en su ministerio: «¡El reino está en medio de vosotros!» (Lc 17,21) y «¡Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis!» (Lc 10,23). «Si expulso demonios por el dedo de Dios es señal de que el reino de Dios llega a vosotros» (Lc 11,20). En sus exorcismos veía manifestaciones y realizaciones parciales de la venida de Dios para reinar (13); así lo expresa la parábola de atar al hombre más fuerte (Mc 3,27); en la misma línea va la respuesta de Jesús a los discípulos de Juan (Mt 11,2-6) o el rechazo del ayuno voluntario para sí y sus discípulos (Mc 2,18-20).

3. La síntesis tensa

Los textos que hemos analizado indican que Jesús esperaba para el futuro la llegada definitiva de Dios para reinar como rey y por otra parte manifestaba que este Reino ya estaba presente. Jesús no anunciaba hechos para un futuro excesivamente lejano, sino inmediato. No era propio de la mentalidad del campesino mediterráneo pensar las cosas a largo plazo, soñar futuros excesivamente lejanos (14). El punto culminante se esperaba, súbito y próximo, en una manifestación no anunciada pero triunfal del poder divino. Tan inminente era ese futuro, que Jesús manifestaba con sus signos que el Reino ya actuaba en el mundo; no se trataba de

(13) Los exorcismos de Jesús eran parte del drama escatológico que estaba actuando ya y que Dios llevaría a conclusión. En logia como Lc 11,20 y 17,21 se hace ver que el drama ha comenzado ya: el poder liberador de Dios con relación a su pueblo ya está actuando.

(14) Hay tres logia que se refieren a un lejano futuro escatológico: Mt 10,23; Mc 9,1; Mc 13,30. Probablemente son creación de la primera generación cristiana, que adapta dichos de Jesús sobre la llegada inminente del Reino a su propia situación histórica.

algo lejano, sino de una realidad que está «a mano», «en medio de vosotros».

Jesús consideraba que él y su generación pertenecían ya a las etapas iniciales del Reino y llamaba a acelerar su manifestación final. Esta esperanza era tan central en su mensaje, que les pedía a sus discípulos que suplicaran la llegada del reino, como elemento central de su oración. El reino introduciría una situación totalmente alternativa a la situación de pena, sufrimiento e injusticia del mundo actual. El reino final traería consigo cambios espectaculares y el más espectacular sería que algunos gentiles, no como esclavos conquistados sino como huéspedes honorables, participarían en el banquete final con los patriarcas israelitas (¿resucitados de entre los muertos?). Cuando el fracaso de su ministerio ya era previsible, Jesús no cesó de trabajar; cuando este fracaso fue ya seguro, no dudó en ningún momento de su misión; cuando sus allegados lo abandonaron y todos lo consideraron abandonado de Dios, él se mostró seguro de su amor y de que Dios le haría alcanzar el objetivo para el que había sido enviado; cuando comprendió que para ello debería pasar por la muerte, la afrontó con libertad, resolución, serenidad; cuando su pueblo lo rechazó, continuó siendo solidario con él y aceptó ser condenado a muerte con el título de «rey de los judíos». Jesús mismo experimentó en sí el cambio salvador; sabía que participaría en el banquete final, simbolizado en el acontecimiento profético de la última Cena (15).

En conclusión: el símbolo del reino de Dios era central en la predicación de Jesús. Con él Jesús expresaba su esperanza en que Dios acabaría con el estado presente del mun-

(15) Este punto y el anterior ponen de relieve que el Reino final, en cierta medida, es trascendente y discontinuo con este mundo. Se tiende hacia un reino de Dios trascendente, como parte central del mensaje de Jesús.

do y comenzaría a reinar sobre la creación y el pueblo. Jesús presentó la llegada del reino, sin asignarle plazos temporales concretos; en esto no siguió el estilo de los apocalípticos. Parece ser, sin embargo, que la primera generación cristiana añadió a los logia de Jesús algunas vagas referencias temporales, al ver que la Parusía, esperada como inminente, se retrasaba (Mt 10,23; Mc 9,1; Mc 13,30). Esta forma de entender el reino de Dios tiene un gran impacto en nuestra comprensión de las parábolas del reino (16).

II. EL AMOR HECHO EVANGELIO Y SUS FORMAS

Pero en Jesús no fue sólo importante su mensaje. Este se encarnó en su persona, en las formas progresivas que fue tomando su vida: de forma en forma, pasando por la total de-formación hasta la transfiguración definitiva. El Reino del Amor se escribió en su vida como Evangelio para todos, especialmente para los más pobres.

I. De forma en forma

No sabemos cuál fue el proceso psicológico y espiritual de Jesús. El conocimiento que de él tenemos procede de la última etapa de su vida, que podemos definir como profética o mesiánica. No sabemos cómo fue surgiendo en él la conciencia escatológico-apocalíptica, cuándo se hizo en él irrefrenable la necesidad de anunciar la llegada del Reino y su identificación con el personaje mediador, «el hijo del

(16) El intento de C. H. DODD de traducir todas las parábolas en términos de escatología realizada ha de ser visto con recelo.



hombre». No hay que olvidar que Jesús vivió en camino, como todo hombre o mujer; aunque en él la pasión por caminar, por encontrar algo definitivo dentro de la relatividad de la existencia fue muy fuerte. Su vida iba de forma en forma, de transformación en transformación. Es una abstracción hablar de la *forma vitae Jesu* como si ésta hubiera estado exenta del camino, del proceso transformador. Quizá sería mucho más veraz afirmar que en Jesús la vida, su vida, fue asumiendo diferentes rostros, diversas formas, distintas configuraciones. Y es que cuando una persona vive en relación y se deja afectar por los demás, por la evolución de la vida, por la eco-evolución, queda disponible para recibir una nueva forma, es dúctil para una permanente re-forma o transformación.

El elemento unificador de toda su existencia, el elemento dador de sentido a todo su proceso, fue la experiencia del Reino de Dios y su ansia por su instauración inminente.

2. La forma secular

Jesús no apareció en nuestra historia como un hombre perteneciente al grupo de los dirigentes religiosos de Israel. Él fue, en ese sentido, un laico, un seglar, un hombre ordinario que vivía como los demás, un campesino o artesano mediterráneo del siglo I.

Poco sabemos de los treinta años de vida seglar de Jesús, como de los años de vida secular de María y José. Quizá no sea necesario y baste contemplar a quienes en cualquier pueblo de cultura mediterránea viven en un contexto ecológico humano semejante. Ha prestado especial atención a este aspecto la exégesis histórica actual (17):

(17) Cfr., por ejemplo, las obras de D. CROSSAN, de MEIER.

«Por eso, podemos imaginarnos todo... y cualquier cosa. El Evangelio dice de Jesús que “descendió con ellos y fue a Nazaret”. Sí, Jesús debía estar en las cosas de su Padre, pero para El, estar en las cosas de su Padre era, después de la experiencia del templo a los doce años, estar en Nazaret, no en el Templo. Y allí Jesús les estaba sumiso. El, el Hijo del Padre, se hizo verdaderamente uno de nosotros, un niño ordinario. Y su madre guardaba todas estas cosas en su corazón. ¿Cuántas veces descubriera Jesús su camino en la mirada de María? Jesús en Nazaret crecía en su vida de hombre, en el descubrimiento de su cultura, aprendía ese lenguaje sencillo que comprende la gente y que les alegrará, crecía en el descubrimiento de lo que su Padre quería de El y para los hombres. Eso es Nazaret» (18).

Jesús vivió su vida dentro de una cierta normalidad, durante un largo tiempo. Celebraba todos los años la fiesta de la Pascua, que en la época del segundo templo estaba vinculada con el santuario, donde se sacrificaba el cordero pascual. Jesús vivió de verdad la condición humana y social de los campesinos o trabajadores de Galilea. Fue un hombre del pueblo, un laico, un seglar, uno más entre la gente. No hizo ningún tipo de voto. Vivió en su comunidad familiar, en la comunidad política y religiosa de Israel, como uno de tantos.

Pero, ya al final de sus años, su existencia se radicalizó, se volvió extraña, diferente. Hasta sus familiares pensaban que estaba preso de una exaltación mística y quisieron llevárselo a casa. A partir de su bautismo en el Jordán, Jesús comenzó un estilo de vida extraño para la mayoría de los que hasta ese momento lo habían observado. Fue cuando la experiencia de la llegada del reino de Dios explotó en él.

(18) Art. «¿Nazaret?», en *Los Hermanos de Jesús*, 5 (1996), págs. 42-43.



3. La forma profética

La etapa profética en la vida de Jesús duró muy poco tiempo; entre uno y tres años. En ese brevísimo espacio de tiempo se fraguó la gran propuesta cristiana. Contemplemos las características de esta etapa: Iniciación profética, misión por contagio vital, a través de signos transformadores, desde urgencia y provisionalidad, con talante de fe y decisión.

- *Iniciación profética*: Ser profeta en Israel era estar completamente dedicado a Dios en todos los aspectos de la vida para identificar, enfrentarse y derrotar a las fuerzas del mal que luchan contra su voluntad. El profeta tenía como destino último el martirio. Por eso, el profeta es un ser marginado o liminal, un hombre separado de los demás y del mundo en que vive. En una sociedad y cultura que amaba la sabiduría, la riqueza y el poder ser profeta era ser un personaje alternativo. Jesús se sintió llamado a ser profeta. El relato de las tentaciones nos narra «el rito de iniciación» de Jesús como profeta (19); cómo cambió de estado, cómo se separó de la vida ordinaria de su sociedad, entró en situación de liminalidad, para ser después agregado al grupo de los profetas.

- *Misión por contagio vital*: A partir de ahí Jesús emprendió un aventurado camino, que le llevó a perder la vida y a crear en torno a sí una comunidad de gente disponible para correr su misma suerte. Las muchedumbres le seguían y él les salía al encuentro. Jesús vivió su misión profética orientado hacia los últimos, los más débiles, los olvidados. Sabía que, curándolos, curaba el cuerpo social. Tenía un admirable proyecto. Ir curando a cada persona a base de inyectar-

(19) «La historia pertenece al tipo de las tentaciones de los hombres santos, que son probados por las fuerzas del mal» (BULTMANN)); cfr. M. McVANN: *Uno de los profetas: interpretación del relato de las tentaciones en Mateo como rito de iniciación*, EB 49, 1991, pág. 192.



le su propia vitalidad —la vida que el acontecimiento del reino de Dios hacía surgir en él, como una fuente de agua que salta (cf. Jn 4)—. La vitalidad que Jesús comunicaba era peligrosa. Hacía a la gente fronteriza dentro de su sociedad. Por eso, decían que «seduce o pierde a la gente» (Jn 7,12). La vitalidad que Jesús transmitía hacía de él un hombre milagroso, y también de quienes iban con él, tanto varones como mujeres. Jesús transformaba poco a poco la situación de Israel.

• *Misión a través de signos transformadores*: Jesús habló del Reino, lo anunció por medio de signos: parábolas y milagros. Tenía una alta conciencia del poder que de Dios había recibido. «Yo os digo», solía decir asumiendo una autoridad inusitada (Mt 5,21-44), mientras que los profetas solían exclamar «así dice el Señor». Jesús reivindicaba autoridad sobre la observancia del sábado (Mc 2,23-28), sobre el templo (Mc 11,15-17) y sobre la ley. Anunciando la presencia del Reino de Dios, Jesús reivindicaba una autoridad personal que lo colocaba en el mismo plano de Dios (20). Por eso, los miembros del sanedrín lo acusaban de blasfemo, de usurpador de las prerrogativas divinas (Mc 14,63). A través de sus parábolas no sólo hablaba Jesús del Reino, sino que lo hacía presente; no eran éstas relatos marginales respecto al ministerio terreno de Jesús, ni meros recursos pedagógicos, sino auténticas provocaciones; invitaban a los oyentes a la conversión; hacían presente el perdón de Dios; eran mediaciones de transformación religiosa (21). Los evangelios sinópticos no sólo nos recuerdan que Jesús hizo milagros, sino que también sus milagros eran signos poderosos

(20) La importancia crucial de la persona de Jesús en el contexto del Reino de Dios aparece en el texto de Lc 22,29-30: «Os preparo un reino, como el Padre lo ha preparado para mí, para que podáis comer y beber en mi mesa en mi reino y os sentareis para juzgar a las doce tribus de Israel.»

(21) Cfr. J. R. DONAHUE: «The parables of Jesus», en *NjBC*, 1364-1369; cfr. GRUPO DE ENTREVERNES: *Signos y parábolas. Semiótica y texto evangélico*, ed. Cristiandad, Madrid, 1979.



del Reino y que estaban íntimamente unidos a su anuncio. Sobre todo los exorcismos manifestaban la fuerza del Espíritu (Mc 3,22-30) (22). Esto significaba que tanto la persona como las acciones y palabras de Jesús formaban un todo conjunto, a través del cual irrumpía el Reino de Dios.

• *Desde la urgencia y la provisionalidad:* En su etapa profética Jesús creyó sin ningún tipo de duda que el Reino de Dios estaba próximo. Estaba convencido de que quedaba muy poco tiempo para que la gente cambiara de conducta y se consagrara sin reservas a buscar y acoger el Reino de Dios. Toda su actuación estuvo definida por esta convicción. Jesús no pretendía establecer un grupo sólidamente constituido. Exigía rupturas con el pasado y concentración exclusiva en el presente. Y es que cuando se tiene una visión escatológica de la realidad, el futuro que puede construirse a partir del presente pierde su embrujo, y lo único que interesa es la llegada inminente, inmediata, urgente de lo esperado; no importa ya el progreso o la mejora de la sociedad; lo único necesario es concentrarse en lo importante, lo decisivo. No hay una segunda oportunidad para la persona convencida de que el Reino de Dios está ya ahí. En una época final de crisis y cataclismos, no cabe un tranquilo optimismo. La paz es engañosa; es sólo una tregua previa a la guerra final. Jesús manifiesta un entusiasmo escatológico así; pero no es un torbellino, un personaje acelerado, ni precipitado. El llama a no agobiarse, a no temer. Fue tan breve el tiempo de su misión que no hubo dudas respecto a que el fin se pudiera aplazar. Por eso pedía a todos que se convirtie-

(22) Cfr. D. SENIOR: «The miracles of Jesus», en *NJBC*, 1369-1373. Los evangelistas revelan, en ocasiones distintas, como si fuese de modo fortuito que, de acuerdo con el precepto mosaico (núm. 15, 38-40), Jesús llevaba una vestidura cuyo borde estaba provisto de «orlas». Se trata de narraciones de curación (Mt 9,20; Lc 8,44; Mc 6,56; Mt 14,36. Tal vez la fantasía popular pensara que las orlas estaban dotadas de poder milagroso.

ran y se separaran sinceramente de todas las empresas no centradas en el Reino esperado. No se entretenía en hacer elucubraciones sobre el futuro, ni especulaba sobre las etapas que quedaban por delante, como solían hacer los apocalípticos (23). Jesús quería que sus discípulos se centraran en el presente, en el «hoy». Los deberes del Reino deben cumplirse de inmediato y había que dejar que los muertos enterrasen a sus muertos. Los ojos del que busca deben mirar hacia adelante: «El que pone la mano en el arado y mira para atrás no es apto para el Reino de Dios» (Lc 9,62). Jesús pide a sus discípulos que renuncien a todo interés egoísta y que estén dispuestos a perder sus vidas para alcanzar su objetivo final.

• *Con talante de fe y decisión:* Jesús pedía también fe, que entraña una entrega completa del yo a Dios sin reparar en riesgos. Inculcaba a los discípulos una confianza ilimitada en el Padre: «todo es posible para el que cree» (Mc 9,23). Era esto en lo que más fallaban, y por eso Jesús los llamaba «hombres de poca fe». Sin embargo, Jesús descubría la fe en los pocos gentiles que se le acercaban: «En verdad os digo que en ninguno de Israel he hallado una fe tan grande» (Mt 8,10; Lc 7,9). «¡Mujer, grande es tu fe!» (Mt 15,28). Jesús invitaba a la confianza, a pedir, buscar, llamar a la puerta. Una fe tan pequeña como un grano de mostaza puede levantar una montaña, o mejor aún, alzarla y arrojarla al mar (Mt 17,20; Mc 11,23; Mt 21,21). Quien tiene fe se arriesga y no oculta el talento-semilla que ha recibido de Dios. Hablando hiperbólicamente (24) Jesús recomendaba sacrificar de inmediato una mano, un pie o un ojo (Mc 9,43-48; Mt 5,29s, 18,8s), o in-

(23) Dan 9 afirmaba que la etapa de sus lectores correspondía a la última semana (es decir, un período de siete años) de las 70 semanas de años del final de la era del mundo; el signo es la introducción de la abominación de la desolación en el templo de Jerusalén.

(24) La tendencia de Jesús a acentuar un mensaje por medio de la exageración era un elemento esencial de su retórica popular. Exagera cuando dice que los últimos serán los primeros, que los humildes serán



cluso autocastrarse —¡con todo lo que esto simbolizaba!—, para estar centrado en la espera del Reino: «Hay eunucos voluntarios por el Reino de los cielos» (Mt 19,12). Lo contrario de la fe es la angustia, la previsión cuidadosa, la precaución, la organización planificada del futuro. Estos ingredientes de vida familiar y social ordenada no caben en un mundo incendiado por el celo escatológico. Quien practica la religión escatológica de Jesús sólo pide «por el pan de cada día». En contra de la sabiduría modema, Jesús proclama que ninguna planificación cuidadosa puede añadir un codo a los días de vida de un hombre. Por tanto: «No os inquietéis, pues, por el mañana, porque el día de mañana tendrá sus propias inquietudes. Bástele a cada día su afán» (Mt 6,34).

4. El estilo profético

Quiero resaltar varias características del estilo de vida de Jesús en su etapa profética: su itinerancia radical, su relación con Dios Padre en la oración y en la imitación, su cercanía a la gente, su atención a los signos de los tiempos y lugares, sus renuncia a la violencia y su proceso vital.

- *Itinerancia radical*: El Jesús histórico de la segunda etapa era un itinerante radical. Nunca le vemos perteneciendo a una institución permanente. Siempre está camino. Deja, abandona, sale (Mc 1,38), espera el Reino de Dios. Su casa es el pueblo, la gente con la que convive. Su proyecto es caminar hacia Jerusalén. Está dispuesto a perderlo todo para ganar. A Jesús no le preocupaba la pobreza, sino los pobres. No le preocupaba la castidad, sino el amor sincero y sin egoísmo. No le preocupaba la obediencia a los poderes del

ensalzados, que los amos se convierten en criados, equipara los indicios de interés sexual o el divorcio con el adulterio, la cólera con el asesinato, que la mano izquierda no sepa lo que hace la derecha, poner la otra mejilla, amar a los enemigos... Para las exageraciones famosas de Jesús, cfr. VERMES: o.c., pág. 235.

pueblo, sino que se cumpliera la buena voluntad del Padre-Madre Creador y nadie la impidiera. Jesús no impuso leyes. Mostró una forma seductora de vivir. No buscó la muerte, sino el Reino. No vino a enseñarnos la mortificación, sino a tener vida y vida abundante. Por eso, comía y bebía y gozaba de las personas y de la Naturaleza y era un poeta y un maestro de los símbolos.

- *Oración al Abbá e imitación:* Siempre nos presentan los evangelios a Jesús orando a solas. No resaltan de forma especial su oración comunitaria. Los evangelistas nos muestran cómo Jesús se dirige a Dios casi siempre en lugares solitarios, o al menos a ciertas distancias de las otras gentes. Esta omisión constante del culto público es atribuible a una insistencia en el carácter privado, discreto e incluso secreto de la oración. Manifiesta Jesús así una típica sensibilidad laical, no ritualista, ante la oración. A sus discípulos y discípulas también les recomienda orar en lo oculto de la propia habitación, la oración en espíritu y verdad. En ninguna parte se presenta a Jesús participando en actos de culto. El papel que desempeñó, tanto en el templo como en la sinagoga, fue el de un maestro; en ninguna parte vemos que se mencione que hubiese recitado allí, o en realidad en una sinagoga, los salmos y bendiciones habituales. Por otra parte, Jesús presentaba a Dios Padre como el gran ejemplo a seguir. Bendecía como «hijos de Dios» a los pacíficos (Mt 5,9); manifestaba que las buenas obras de sus discípulos eran reflejo de la generosidad del Padre celestial hacia sus hijos (Mt 7,11; Lc 11,13); pedía que fueran «perfectos como el Padre celestial es perfecto» (Mt 5,48) y «misericordiosos como el Padre es misericordioso» (Lc 6,36); decía que para entrar en el Reino hay que esforzarse por seguir a Dios como modelo. Buscar el Reino de Dios no es buscar a Dios por Dios mismo, sino por medio de la devoción a los hermanos. El discípulo de Jesús ha de seguir el modelo de un padre misericordioso; en el juicio final, el único criterio del rey divino será si un individuo le imitó o no en sus actos de amor.



- *Cercanía a la gente*: La vida profética de Jesús no estaba marcada por la lejanía, por la *fuga mundi*. Hasta podríamos decir que estaba más cerca, que cuando vivía la condición seglar, la condición obrera y familiar; estaba más libre para asistir a banquetes, para desplazarse a otros lugares, para dedicar el tiempo a la gente, para encontrarse en el silencio con su Padre-Dios. La vida profética de Jesús se diferencia notablemente de formas de vida institucionalizadas en el mundo de las religiones (vida religiosa o monástica, ministerios sacrales o sacerdotales). Es sorprendente apreciar que en esa nueva etapa de su vida, Jesús no tenía casa, ni habita en un lugar permanente; era un desocupado, sin trabajo; pero vivía estrechamente vinculado al pueblo.

- *Atención a los signos de los tiempos*: Jesús estuvo los últimos años de su vida muy atento a los signos de la voluntad del *Abbá* que emergían en los lugares, en los tiempos, en las personas. Anunciaba la llegada del Reino de Dios, esperaba la llegada del Reino en toda su plenitud, oraba insistentemente por la llegada del Reino. Era el centinela que anunciaba su llegada y enseñaba a observar las señales de su llegada y su presencia. Esperaba impaciente la llegada del Reino y la revelación de Dios en todo su poder amoroso y transformador. Trataba de mantener a todos despiertos, atentos, dispuestos a la acogida. En sus parábolas advertía que podía llegar como un ladrón a medianoche, como el novio para la boda, como una invitación capaz de trastocar todos los planes personales. Jesús veía que el Reino ya llegaba en signos aparentemente poco importantes, imperceptibles, pero llenos de carga de gracia. Jesús se convirtió así en el vigía apocalíptico. Bien sabía, observando la realidad histórica, la situación de condenación existente en el mundo, en su mundo. Recordaba las desgracias sucedidas en la celebración de la Pascua en años anteriores, como cuando se cayó la torre de Siloé sobre 18 personas y las mató (Lc 13:4) o cuando la sangre de los rebeldes galileos se mezcló con la sangre de los sacrificios durante la celebración de la Pascua por orden de Pilatos (Lc 13,1). Jesús quería hacer consciente a la gente

de su tiempo, a su generación, de la importancia decisiva del momento en que vivían. Importancia, que después se extiende en todo el tiempo histórico. Cada generación está viviendo ante acontecimientos de «vida o muerte». La vigilancia apocalíptica o escatológica no supone una negación del mundo y de su historia, ni una devaluación de la creación o de la secularidad. Algunos critican el llamado cristianismo apocalíptico o trágico como si de un cristianismo hostil a la vida se tratara. La apocalíptica de Jesús es, si no me equivoco, la forma liminal de su esperanza en que todo se puede salvar, cuando nos dejamos llevar por los resortes de gracia que están sembrados en la historia, pero que todo se puede ir a pique cuando nos hacemos cómplices del Maligno y hacemos centro de la existencia el ídolo, la abominación de la desolación.

• *Renuncia a la violencia*: Llama la atención en la figura de Jesús su absoluta renuncia a la violencia, y más en concreto a la violencia de lo sagrado, y podríamos añadir a la violencia de lo metafísico (25). La verdad es que Jesús no se encarnó para convertirse ante el Padre en víctima adecuada, capaz de calmar su ira. Vino al mundo para desvelar y, por tanto, también para acabar con el nexo entre la violen-

(25) René GIRARD —en su famoso libro sobre la violencia de lo sagrado— defendía la tesis de que aquello que desde un punto de vista meramente natural y humano se llama sagrado está profundamente emparentado con la violencia. Razona su tesis del siguiente modo: lo que mantiene unidas a las sociedades es un poderoso impulso de imitación; la necesidad de imitar a otros explota en la voluntad de apropiarse de las cosas del otro y así da lugar a una guerra de todos contra todos. Se restablece la concordia buscando un macho cabrío expiatorio. Sobre él se descarga toda la violencia. El macho cabrío funciona como mediación de reconciliación. Se hace de él una víctima sacrificial; se le rinde culto, y queda investido de atributos sagrados. Así se ha querido interpretar —erróneamente, según René GIRARD— la figura de Jesús, como víctima de expiación: cfr. René GIRARD: *Delle cose nascoste sin dalla fondazione del mondo*, Adelphi, 1983; Id. *La violenza e il sacro*, Adelphi, 1980; G. VATTIMO: *Credere di credere*, Garzanti, 1996, pág. 26.



cia y lo sagrado. Jesús fue matado porque esa revelación resultaba intolerable a los oídos de una humanidad arraigada en la tradición violenta de las religiones sacrificiales. Con la encarnación se acabó con la violencia de lo sagrado, la religión como violencia o relación violenta. Hay violencia en la religión, según GIRARD, porque la divinidad recibe atributos de omnipotencia, absolutez, eternidad y trascendencia. El dios de las religiones violentas es el dios de la metafísica, o el que se ha dado en llamar el dios de los filósofos. La herencia que Jesús nos dejó nos habla más bien de un Dios en estado de *kénosis*, nos pide obedecer, sobre todo, el mandamiento cristiano de la caridad y del rechazo consiguiente de la violencia. En Jesús todo lo divino queda revestido de debilidad, de la debilidad del amor, de la afirmación del otro, de la *kénosis* por entrega sin reservas. Nadie tiene amor más grande que quien entrega la vida por sus amigos. Tampoco son violentas las ideas de Jesús. El suyo es el Evangelio del Amor. Jesús cree en la bondad de la creación, en la verdad expandida en todos. De esta manera es tolerante, comprensivo, abierto, católico. Sin embargo, su obediencia al Reino de Dios fue considerada como rebeldía a la ley de Dios por parte de las autoridades religiosas, y como rebelión por los poderes imperiales. Predicando el Evangelio del Amor fue odiado por todos aquellos poderes que no tenían nada que ver con el Reino. Por eso, lo condenaron a muerte.

- *Proceso vital*: La misma vida profética de Jesús tuvo diferentes etapas. Los exégetas aluden sobre todo a dos: la primavera galilea, la crisis galilea. No es el mismo el Jesús del sermón de la bienaventuranzas, proclamado, según Mateo, ante muchedumbres venidas de los cuatro puntos cardinales, que el último sermón escatológico, proclamado en el monte de los olivos ante cuatro discípulos. No es el mismo el Jesús que multiplica los panes y hace abundar el vino al Jesús recluido con sus discípulos en el cenáculo para celebrar la cena del adiós. Sobre todo, es sorprendente el Jesús en su último estado: Getsemaní, pretorio y Calvario. Jesús amenazado por la muerte, acosado por los enemigos de la vida, en estado sufriente... el Jesús de la soledad, el Je-

sús crucificado. Ya no es el Jesús transfigurado, ni siquiera el Jesús que ha tomado la forma, las formas del ser humano. Es ya el Jesús de-formado, des-figurado, sin forma, sin figura, destrozado... Y vive la deformación de la vida. Al final, perdió la forma humana. Muchos lo fueron intuyendo y no quisieron seguir su forma de vida. En Genesaret muchos discípulos lo abandonaron. En Getsemaní lo abandonaron los pocos discípulos masculinos que lo habían seguido desde Galilea. Aún quedó uno, Simón Pedro; pero en la casa del sumo sacerdote lo abandonó. Las discípulas lo siguieron hasta la cruz, pero allá lo contemplaban desde lejos. En la cruz, Jesús sintió hasta la soledad de Dios. Su vida se desfiguró, perdió poco a poco la forma humana, como uno ante quien se oculta el rostro. Asumió la forma de vida y de muerte y de los abandonados, de los oprimidos, de todos los crucificados. La vida de Jesús asume distintas formas, hasta perder su forma: «Se hizo obediente hasta la muerte y una muerte de cruz» (Filp. 2,7-8). La cruz es el momento en que Jesús pierde hasta la forma humana; queda desfigurado, deformado. Es el momento en que se queda solo, hasta se siente abandonado de Dios. La muerte se convierte para él en la deformación total.

5. La suprema de-formación: su muerte

La pasión y muerte de Jesús entraban dentro de este contexto del Reino. Jesús interpretó su muerte en términos del Reino que iba a venir (Mc 14,25). En algún momento de su vida comenzó a prever y aceptar su posible muerte violenta. Entendía su ministerio en continuidad con el de los profetas y el de su precursor Juan. Como profeta Jesús esperaba morir con la muerte de un mártir y parece ser que esperaba que esto sucediera en Jerusalén (Lc 11,47.49-51) Jesús sabía ya por experiencia —¡la muerte de Juan!— que en la Palestina de su tiempo era muy peligroso un ministerio profético como el suyo.

No conocemos cuál fue el orden cronológico de la mayor parte de las cosas que acontecieron en su ministerio. Con todo hay elementos que explican su condena a muerte y las acusaciones contra él: violación del sábado, expulsión de demonios —interpretada como poder satánico—, rechazo de las normas sobre la pureza, desprecio ante la ley divina, actuar como falso profeta, tener pretensiones blasfemas. La entrada en Jerusalén y la toma del templo, si es que acontecieron al final de su ministerio, como dicen los sinópticos, y no al principio, como dice Juan, eran un desafío enormemente peligroso, lanzado a las autoridades religiosas de la ciudad.

Jesús sabía que podía morir; no obstante, continuó su ministerio por obediencia a la misión que Dios le había confiado. La muerte no le llegó a Jesús por sorpresa. No fue algo involuntario. Parece que Jesús subió a Jerusalén para hacer entrar en razón al pueblo y celebrar la Pascua, como todo buen hebreo palestino de su tiempo. Su lealtad a la misión no le permitió —al ser rechazado— escapar. Supo afrontar a sus opositores.

Jesús tenía confianza en que Dios no lo podía abandonar, como nunca abandonó a los justos sufrientes, a sus servidores. El salmo 22 así lo expresaba. Las tres predicciones de la Pasión asocian al hijo del hombre a la pasión y a la muerte, reivindicando una acreditación del hijo del hombre por medio de la Resurrección. Es muy probable que Jesús hablara de que Dios lo acreditaría mediante la Resurrección, tras su muerte, tal como había sido afirmado de los justos sufrientes (Sab 2-5). «Podemos concluir que Jesús anunció previamente al menos a sus discípulos más íntimos su muerte inminente y que afirmó que su Padre lo acreditaría enseguida a través de la Resurrección» (26).

(26) O'COLLINS: *Cristología. Uno studio biblico, storico e sistematico su Gesu Cristo*, Queriniana, Brescia, 1997, pág. 76.

Morir en cruz era una forma de muerte que rompía todos los esquemas. No era en manera alguna ningún modo de martirio expiatorio por los demás. Significaba más bien la muerte de un maldito por Dios por haber violado la alianza (Deut 21,23; Gal 3,13) (27). Por eso, hablar del valor expiatorio de la cruz en la cultura de Jesús es un sinsentido. Cuando en las cartas paulinas —aduciendo la primera tradición cristiana— se habla en este sentido, se va contraccorriente. Hablar de un mesías crucificado era una auténtica blasfemia (28). En todo caso, La orientación universalista del ministerio de Jesús permitía entender su muerte como entrega «por todos», no sólo por Israel.

6. ¡Que ha resucitado el Amor!

Según la apocalíptica judía, la llegada del Reino de Dios implicaría la resurrección colectiva de los muertos. Los muertos resucitarían todos juntos el «último día». No tenía sentido hablar de la resurrección individual de una persona, a no ser que se entendiera como signo precursor de la resurrección colectiva. Pues bien, ésta fue la clave interpretativa adoptada por los discípulos de Jesús para proclamar su resurrección: que en la resurrección individual de Jesús se inició el acontecimiento colectivo y último de la resurrección de los muertos, porque Jesús es «el principio, el primogénito de entre los muertos...» (Col 1,18-20). Con la muerte y resurrección de Jesús se inició el gran acontecimiento del Reino, que afectará a todos en la Parusía.

(27) Cf. R. W. BROWN: *The death of the Messiah*, 2 vols., Doubleday, Nueva York, 1994.

(28) Cf. M. HENGEL: «The Atonement», en *The cross and the Son of God*, SCM, Londres, 1986, 189-284.



La tumba no sólo apareció vacía, sino abierta. Su apertura hacía constatar no sólo que estaba vacía, sino que alguien —¡Dios!— había intervenido deliberada y autoritariamente para abrirla. El cierre de la tumba sobre Jesús significaba la victoria de sus enemigos, poniendo punto final a su pretensión de Enviado e Hijo de Dios. En cambio, su reapertura indicaba que Dios volvía a abrir el libro del que se creía haber pasado ya la última página (29). La apertura de las tumbas, junto con los temblores de tierra y otros fenómenos cósmicos inquietantes, era uno de los signos apocalípticos que debían anunciar el fin de los tiempos. ¡Se produjeron en el momento de la muerte de Jesús! (30) En este contexto, la tumba abierta de Jesús anunciaba la venida del Día de Dios, del Reino, la irrupción de la Resurrección universal.

Todo lo que había sucedido en la vida histórica de Jesús de Nazaret recobró en este contexto de resurrección un nuevo sentido (31). Los apóstoles proclamaron —¡no que Jesús volvería a vivir en este mundo como antes!—, sino que el Padre lo había destinado a volver al mundo para introducir en él la Resurrección. Tuvo que salir, para volver de nuevo. Hubo de interrumpir su ministerio para asumir una nueva tarea, que no le restituye al pasado del mundo, sino que le constituye para ser su futuro. La Resurrección de Jesús fue anunciada como su nueva identidad. Pero también como la nueva revelación de Dios. Dios se revela sin mostrarse, disimulándose detrás de aquel a quien otorga manifestarse, Jesús Resucitado. Se revela como Dios creador presentando al mundo al Viviente, que es prototipo del hombre creado «en el principio» (Col 1,15),

(29) Cf. J. MOINGT: o.c. II, 62-63.

(30) Cf. Mt 23,7; 27,52; Lc 21,11; 23,44.

(31) Bonifacio FERNÁNDEZ estudia el significado de la Resurrección del Crucificado en diversas claves: teológica, cristológica, escatológica, salvífica: cf. B. FERNÁNDEZ: *El Cristo del Seguimiento*, Publicaciones Claretianas, Madrid, 1995, págs. 251-287.

que era «figura del que debía venir» (Rm 5,14). Dios crea volviendo a dar la vida a alguien que ya había existido. Se revela así como «Dios de vivos», como el Dios que vive lo más cerca posible de los hombres en lucha por la vida, como Dios de una historia confiada a su libertad:

«Es una revelación de poder, pero hecha en la contingencia de un acontecimiento singular y sin brillo, y sustraído a la vista de “todo el pueblo”. No se accede a ella bajo la presión de una evidencia majestuosa, sino a través de la gratuidad de una valerosa libertad» (32).

La resurrección de los muertos confirmó que Jesús no se había equivocado al esperar con tanta seguridad el poderoso futuro del Reino de Dios (Mc 14,25). La presencia del Reino, manifestada por medio de la predicación y los milagros del ministerio de Jesús, parecía quedar derrotada ante la condenación y crucifixión de Jesús. Con la resurrección se reafirma el poder del Reino, de forma extraordinaria. La venida del Espíritu lo ratifica aún más.

Dios no habla en los relatos que anuncian la resurrección de Jesús. Más bien se habla de él a la manera de un personaje de relato, en tercera persona. Él es el actor invisible de todo lo que sucede. Se sabe lo que Él hizo citando a otro, al profeta Joel. Quien habla no es Dios, hace hablar a muchos. Se produce una oleada de palabras (33). El rumor

(32) Cfr. J. MOINGT: *o.c.*, II, pág. 84.

(33) La Resurrección no es el advenimiento de una persona que habla y a la que se le responde, sino la venida de un acontecimiento que hace hablar porque sorprende (violentamente) y da que hablar (graciosamente), haciendo el regalo de la palabra, y que se parece en eso a una persona, pero sin parecerse a ninguna de aquellas a las que se habla. La Resurrección es un acontecimiento-persona, imprevisible en lo que tiene de habitual, inmenso en su brevedad, como un trueno; se pone en tercera persona porque remite a algo oculto.

de la Resurrección se difundió como el ruido de un acontecimiento de alcance histórico y mundial.

CONCLUSIÓN

La pastoral de la Caridad nace de la contemplación de Aquel que con su llamada nos ha seducido. El es también en esto —¡sobre todo en esto!— el único Maestro. Contemplando a Jesús descubrimos la profundidad, la anchura, la amplitud del amor... hasta dar la vida. Y contemplar a Aquél que nos ha seducido con su Palabra, su estilo de vida, su Espíritu, el acontecimiento del Reino —del que es Mediador— es someterse a una contemplación apasionada, transformante.

Una vez más, la Gracia es la fuente de todo dinamismo auténtico, es la inspiración de las mejores obras y actuaciones.

EL JUBILEO BÍBLICO: IMPLICACIONES SOCIO-CARITATIVAS

JUAN BAUTISTA LOBATO FERNÁNDEZ

Juan Pablo II, con su carta apostólica *Tertio Millennio Adveniente*, invita a todos los cristianos a preparar con especial intensidad la celebración del Jubileo para conmemorar los 2.000 años del nacimiento de Jesucristo.

Es justo que para los cristianos tenga un especial relieve esta fecha, que nos recuerda la encarnación del Hijo de Dios, por la cual Dios se ha introducido en la historia del hombre, nos ha manifestado su plan sobre toda la Creación y en particular sobre el hombre mismo.

Al hacerse uno de los nuestros, Cristo «se ha unido, en cierto modo, con todo hombre». De este modo nos ha dado a conocer nuestra realidad de hijos de Dios y hermanos de los hombres, con quienes hemos de vivir una especial solidaridad.

Celebrar tal acontecimiento con un jubileo nos hace pensar en el sentido que tenía el año jubilar en el contexto de la vida de Israel en el Antiguo Testamento.

DIOS EDUCA A SU PUEBLO EN LA TIERRA

La entrada del pueblo elegido en Canaán constituyó la culminación de la gran hazaña liberadora del Éxodo. Al ser



aquella tierra objeto de las promesas de Dios a los patriarcas y al pueblo de Israel se denominará «tierra prometida».

En ella va a ir recibiendo el pueblo de Dios las grandes lecciones de una sabia pedagogía divina.

Ante todo, habrá de tener muy presente que el único dueño y señor de la tierra es Yahvé. Será, por tanto, un imperdonable atrevimiento que el hombre intente adueñarse de la misma. La tierra es un don de Dios a su pueblo, paradigma de todo don. Pero no se trata de un don incondicional. Para mantener su posesión habrán de guardar los mandamientos.

Precisamente olvidar los deberes para con Dios y con el hermano serán la causa de perder el derecho de morar en la tierra. La triste experiencia del exilio creará en Israel una profunda conciencia de pecado, cuyo castigo merecido había sido la pérdida de la tierra prometida.

DEBERES CON EL PRÓJIMO

Si la tierra es para todos, a nadie se le puede excluir de sus frutos. Era clara y patente la función social de toda propiedad. Israel sabía que el hombre es puro administrador, el dueño verdadero de la tierra es Dios.

Por tanto, en justicia, los frutos de la tierra deben llegar a todos los desheredados:

— *A los levitas*, que no tenían tierra, porque tenían que dedicarse al servicio del templo. Los demás tenían obligación de alimentarlos, mediante los diezmos (la décima parte de los bienes) y las primicias (los primeros frutos de los campos y las primeras crías de los animales).

— *A los pobres*, que entonces eran los emigrantes, huérfanos y viudas. En el año sabático y en el año jubilar había normas concretas para cumplir con estos deberes de solidaridad con los más débiles.

EL CULTO DENUNCIADO POR LOS PROFETAS

Con frecuencia, los profetas denunciaron el culto de Israel porque no agradaba a Yahvé. Para demostrar que no era del agrado de Dios el cúmulo de dones y sacrificios que el pueblo ofrecía diariamente en el templo, la voz profética hacía un análisis del funcionamiento de aquella sociedad.

Isaías, ligado a la corte, en medio de tiempos de turbulencia, destruido el reino del norte e invadida Judá, recrimina valientemente a sus contemporáneos:

«Vuestras solemnidades y fiestas las detesto; se me han vuelto una carga que no soporto más. Lavaos, purificaos, apartad de mi vista vuestras malas acciones.

Cesad de obrar mal, aprended a obrar bien; buscad el derecho, enderezad al oprimido; defended al huérfano, proteged a la viuda.»

(Is 1, 14, 16-17)

Otro gran profeta de Israel, Jeremías, consejero en la corte y estrechamente ligado a la suerte diversa de su pueblo, lanza valientes oráculos, en nombre de Yahvé, contra el rey y sus cortesanos:

«Así dice el Señor:

Practicad la justicia y el derecho, librad al oprimido del opresor, no explotéis al emigrante, al huérfano y a la viuda, no derramáis sangre inocente en este lugar.

Si cumplís estos mandatos, podréis entrar por estas puertas los reyes que ocupáis el trono de David, montados en carros de caballos, acompañados de vuestros ministros y del pueblo. Y si no cumplís estos mandatos, juro por mí mismo —oráculo del Señor— que este palacio se convertirá en ruinas.»

(Jer 22, 3-5)

Un sencillo profeta de aldea llega a la corte y se siente impresionado por la corrupción cuasi generalizada que ha podi-

do observar en aquella sociedad. Alentado por otro gran profeta que conoce en la corte, Isaías, denunciará sin tapujos:

«¡Ay de los que planean maldades y traman iniquidades en sus camas!

Al amanecer las ejecutan, porque tienen poder.

Codician campos y los roban, casas y las ocupan, oprimen al varón con su casa, al hombre con su heredad. ¿Voy a absolver las balanzas con trampas y una bolsa de pesas falsas?

Los ricos están llenos de violencias, la población miente, tienen en la boca una lengua embustera.»

(Miq 2,1-2; 6,11-12)

La misión profética le ha hecho descubrir a Jeremías que el destinatario de sus oráculos no es un pueblo fácil de convencer. Su vida real está muy lejos del ideal creyente. Es por lo que denuncia con fuerza tal actitud de cerrazón:

«...pero no me escucharon ni prestaron oído, se pusieron tercios y fueron peores que sus padres.

Ya puedes repetirles este sermón, que no te escucharán; ya puedes gritarles, que no te responderán.»

(Jer 7, 26-27)

En el brevísimo tiempo en que realiza su misión, Amós denuncia las enormes injusticias que ha visto a su alrededor y Dios le envía a poner en evidencia delante de su pueblo:

«Detesto y rehúso vuestras fiestas, no me aplacan vuestras reuniones litúrgicas; por muchos holocaustos y ofrendas que me traigáis no los aceptaré ni miraré vuestras víctimas cebadas.

Retirad de mi presencia el barullo de los cantos, no quiero oír la música de la cítara; que fluya como agua el derecho y la justicia como arroyo perenne.»

(Am 5, 21-24)

EL AÑO JUBILAR

Dice el Papa en la *Tertio Millennio Adveniente*: «Leemos en el Levítico: “Declararéis santo el año cincuenta, y proclamareis en la tierra liberación para todos sus habitantes. Será para vosotros un jubileo; cada uno recobrará su propiedad y cada cual regresará a su familia” (25, 10). Una de las consecuencias más significativas del año jubilar era la “*emancipación*” de todos los habitantes necesitados de liberación. En esta ocasión, cada israelita recobraba la posesión de la tierra de sus padres, si eventualmente la había vendido o perdido al caer en esclavitud. No podía privarse definitivamente de la tierra, puesto que pertenecía a Dios, ni podían los israelitas permanecer para siempre en una situación de esclavitud, dado que Dios los había “rescatado” para sí como propiedad exclusiva liberándolos de la esclavitud de Egipto» (cf. núm. 12).

Las claves del año jubilar eran:

— *La barbechada*, por la que la tierra estaba un año entero sin labrar. Los frutos que produjese espontáneamente eran para los pobres.

— *Devolución de propiedades*, cuando por alguna necesidad un israelita había tenido que vender casas o fincas. En tal caso, en el año jubilar recuperaban la propiedad sobre las mismas.

— *Emancipación de esclavos*, que vivían en esclavitud bien como botín de guerra, bien como deudores insolventes. En cualquier caso, el año jubilar devolvía la plena libertad.

— *Remisión de deudas*, que, como hemos dicho, constituían una de las causas principales de caer en esclavitud.

Se trata de una legislación que protege a los débiles, deber principal de la justicia en Israel, encarnada especialmente en la persona del rey: «Porque él librará al pobre suplicante, al



desdichado y al que nadie ampara; se apiadará del débil y del pobre, el alma de los pobres salvará» [Sal 72 (73), 12-13].

Los presupuestos teológicos son: la convicción de que sólo Dios es dueño y señor de todos los bienes creados, que ningún hombre se podrá apropiarse en particular, ya que son para todos; y ningún israelita puede permanecer en esclavitud, ya que la libertad definitiva se la otorgó Yahvé al rescatarlos de la esclavitud de Egipto.

Quienes poseen bienes en Israel han de tenerlos no como propietarios sino como administradores, que, en nombre de Dios, han de procurar que los bienes sirvan a todos los hombres. Aquí estaría fundamentada una de las raíces de la Doctrina Social de la Iglesia (cf. TMA, 13).

Son muchos los estudiosos de la Biblia que se han preguntado por el cumplimiento de estas normas jubilares por parte de Israel.

Tal es el cúmulo de dificultades que se oponían al cumplimiento de tal legislación que el mismo Juan Pablo II, en la *Tertio Millennio Adveniente*, reconoce que posiblemente fueron «más una esperanza que una concreta realización».

De hecho, apenas hay testimonios fehacientes que avalen la puesta en práctica de dichos preceptos en toda la historia de Israel. Pudo quedar en buenos deseos y perfecta planificación. Algo así como una «profecía de futuro», que dice el Papa, abriendo esperanzas hacia los tiempos mesiánicos, que habían de venir.

Por eso, cuando Jesús desenrolla y lee al profeta Isaías en la sinagoga de Nazaret, aplicándose a sí mismo un pasaje claramente mesiánico, al afirmar: «*Hoy, en vuestra presencia, se ha cumplido este pasaje*» (cf. Lc 4,21), sus paisanos no daban crédito a sus ojos. Era mucho más lo que ellos esperaban de los tiempos mesiánicos que lo que estaban viendo y oyendo.

Y, sin embargo, Jesús viene a instaurar un orden nuevo en el que los últimos serán los primeros, en que los lazos

más fuertes son de fraternidad, donde los pequeños, los pobres, los sufridos serán dichosos, «*porque ellos heredarán la tierra*».

SOLIDARIDAD JUBILAR HOY

En sintonía con el espíritu de las normas jubilares del Antiguo Testamento, la Doctrina Social de la Iglesia, ya desde León XIII, no deja de recordar los peligros de una economía de libre mercado, dejada a sus propias exigencias.

El Concilio Vaticano II afirma claramente: «Dios ha destinado la tierra y cuanto ella contiene para uso de todos los hombres y pueblos...» (cf. *GS*, 69). Todos los demás derechos, incluso el de propiedad privada, están subordinados a este primero, dice Pablo VI (cf. *PP*, 22).

Está, por tanto, en perfecta sintonía con el espíritu del Jubileo que surjan voces denunciando la flagrante injusticia de las escandalosas desigualdades económicas y sociales, que causan el hambre y la muerte de millones de seres humanos en el Tercer Mundo.

En este contexto se plantea Juan Pablo II el problema de la *deuda externa*, que está asfixiando la economía y casi impidiendo la subsistencia de tantos países del Tercer Mundo. Será el momento de plantearse seriamente una drástica reducción e incluso la total condonación de dicha deuda a los países subdesarrollados, incapaces de salir de tal situación de otro modo (cf. *TMA*, 51).

También hay que exigir con rotundidad a los países del mundo desarrollado, y a sus instituciones, la asignación del 0,7% del PIB para el mundo subdesarrollado. Lo cual será siempre una cantidad mínima, tendente a superarla e incluso multiplicarla.

Invitados especialmente en estas celebraciones jubilares a vivir la verdadera conversión del corazón, malamen-



te podremos tener un talante festivo y celebrativo sin antes plantearnos con gran generosidad un compartir fraterno con los que menos tienen. «Si uno posee bienes de este mundo y, viendo que su hermano pasa necesidad, le cierra sus entrañas, ¿cómo va a estar en él el amor de Dios? Hijos, no amemos con palabras y de boquilla, sino con obras y de verdad» (Jn 3, 17-18).



LA KÉNOSIS, PROCESO DE APRENDIZAJE INEXCUSABLE PARA EL EJERCICIO DE LA CARIDAD

JOSETXO GARCÍA HERNÁNDEZ

Tengan, pues, los sentimientos que corresponden
a quienes están unidos a Cristo Jesús.
El cual, siendo de condición divina,
no consideró codiciable
el ser igual a Dios.
Al contrario, se despojó de su grandeza,
tomó la condición de esclavo
y se hizo semejante a los hombres.
Y en su condición de hombre,
se humilló a sí mismo
haciéndose obediente hasta la muerte
y una muerte de cruz.
Por eso Dios lo exaltó
y le dio el nombre que está
por encima de todo nombre,
para que ante el nombre de Jesús
se doble toda rodilla
en los cielos,
en la tierra y en los abismos,
y toda lengua proclame
que Jesucristo es Señor,
para gloria de Dios Padre.

(Flp. 2, 5-11)



Posiblemente, para nuestra desgracia, en esta hora eclesial nuestro Señor Jesucristo nos podría preguntar:

- Cómo estamos consintiendo que haya tantos millones de familias y personas en nuestro país (uno de cada cinco) y en el mundo (dos terceras partes) que sufren tales carencias y pobrezas que les excluyen de poder llevar una vida humana digna...;

- cómo nos habremos acostumbrado a que tengan que nacer heredando ya y sólo la miseria, a que lleven una existencia de un sufrimiento tan inimaginable, de unas carencias primarias permanentes y progresivas, y que siempre tengan que morir antes de tiempo...;

- cómo nos habremos dejado seducir por las mensajes de esta sociedad neoliberal tan escandalosamente hipócrita y mentirosa que proclama haber llegado al bien-estar con el reconocimiento de los derechos humanos, cuando éstos sólo los disfrutamos algunos y, por tanto, se han convertido en privilegios injustamente apropiados...;

- cómo nos habremos dejado endurecer de tal forma las entrañas y empañar la mirada para no ser capaces de ver, descubrir y contemplar los rostros tensos, tristes y trágicos de tantas personas como para que ya no nos afecten ni nos conmocionen por dentro;

- cómo no habremos sido más inteligentes para caer en la cuenta de las consecuencias que tiene vivir anhelando y buscando «los primeros puestos y el reconocimiento social», pretender estar a bien con todos, con los que producen o sostienen las situaciones injustas como con quienes las padecen, montar «obras para los pobres» pero sin contar con ellos (realidades, capacidades, potencialidades, protagonismos, palabras, deseos...).

- Cómo no habremos escuchado con la suficiente atención y habremos actualizado, sacando todas la consecuencias de la carta de Santiago 2,15-17, comprendiendo que el

mucho palabrerío, los grandes discursos, las bonitas palabras, las buenas intenciones o deseos, los actos o gestos puntuales para la galería no es servir a los empobrecidos, no es acompañarles en su lucha por dignificar su existencia, sino servirse de ellos para justificarse y acallar la mala conciencia.

- cómo no habremos descubierto y aceptado con todas las consecuencias que la condición de bautizados *a todos nos hace discípulos* del que se empequeñeció, se empobreció, eligió el último lugar, se dejó desfigurar y acabó viviendo y muriendo exclusivamente para hacer la voluntad del otro, de Dios Padre=amar y servir en gratuidad y sin condiciones a los menos amables y más amados por ÉL, los empobrecidos, los marginados, los niños, las mujeres, los pecadores, los leprosos, ciegos, cojos...

Cómo realizó Dios-Padre en Jesús por medio del Espíritu todo este proceso es lo que vamos a intentar presentar para que podamos después cada uno/a y juntos sacar las consecuencias para la vivencia y el ejercicio del compromiso sociocaritativo.

I. PRESUPUESTOS TEOLÓGICOS

I.1. El hijo de Dios es un hombre

«Creemos que el hombre es el verdadero templo de Dios donde cada hermano adora al Padre en la lucha liberadora a que nos lleva el amor cristiano revolucionario.»

(Credo ADSIS)

Dios no ha descendido a un hombre para establecer en él su morada dentro de una concepción dualista, sino que el Hijo de Dios ha devenido (es) un hombre. Dios se ha hecho,



se ha convertido, se ha concretado en un hombre: **ES UN HOMBRE**.

Toda la novedad del cristianismo es que **HAY, EXISTE un SER HUMANO AUTÉNTICO** y que este hombre concreto y pleno (Jesús de Nazaret) es Dios mismo; este obrero, este carpintero, Jesús de Nazaret, es Dios mismo; es decir, Dios es un hombre:

Dios mira por los ojos de un hombre.

Dios toca con las manos de un hombre.

Dios vive en la vida de un hombre.

Dios se cansa en el cansancio de un hombre.

Dios se relaciona conmigo en un hombre.

Dios toma en serio mi vida en la vida de un hombre.

Dios es carne en la carne de un hombre.

Dios está **AGOTADO, COMPRENDIDO** en un hombre...

Si Dios tiene una Palabra y esta Palabra se ha hecho (es) un hombre, Dios no tiene ni más palabras, ni más mensajes ni más vidas: todo lo que es Dios está agotado y comprendido en un hombre.

Así pues, la carne y la naturaleza humana es **CARNE y NATURALEZA** de Dios. La marginación, la opresión, la esclavitud, la alineación, la miseria, la muerte y toda la propia historia humana son ahora predicativos todos de Dios, ya que Jesús se arriesga en nuestra misma lucha y corre nuestra misma suerte, porque la historia humana es la historia del mismo Dios.

1.2. Dios es Kénosis

Teólogos como Schoonenberg prefieren no partir de la preexistencia del Hijo precisamente por temor a caer en lo

mínimo. Si nada sabemos de Dios sin el Cristo, nada sabemos tampoco del Verbo Encarnado sin Jesús.

Si Jesús es el rostro humano de Dios («quien me ve a mí ha visto al Padre», Jn 14,9) al examinar más de cerca Fl 2,7, las palabras «se vació a sí mismo» han de ser entendidas por fuerza en el sentido absoluto de «se hizo a sí mismo nada, se anonadó» y no en el sentido relativo de «renunció a un privilegio». Y esto, en primer lugar, por lo que rechazó Jesús, la «igualdad con Dios», que él no consideró nunca una cosa arrebatable o conciliable, no se refiere a la «igualdad real con Dios», sino a nuestra representación e imaginación idólatrica de ella, la misma que llevó a Adán y que lleva al hombre de todas las épocas a considerar presa codiciable sustituirse a Dios, entrar en colisión de poder, en «lucha de clase» creador-creatura y destronarle.

Cristo no rechaza su naturaleza divina. Cristo permanece igual a Dios, incluso al hacerse hombre. En este sentido, podemos decir de Jesús que es el verdadero hombre-imagen (con todo lo que implica esta palabra en el lenguaje semita) de Dios, aquella «imagen de Dios» (Gén 1,26-27) que no fue capaz de realizar el antiguo Adán; es decir, la condición paradisiaca fue una realidad de la vida terrena de Jesucristo. Más aún, sólo Cristo poseyó esta «integridad y totalidad» propia del hombre que domina plenamente la naturaleza humana desde dentro y que le hace auténticamente libre en relación con sus tendencias, de modo que éstas no se convierten en concupiscencias, en desviaciones de su ser-imagen-de-Dios, sino que todas estas tendencias las emplea en su vida terrena al servicio de los demás y desde una situación de despojo personal, de alteridad:

- Su tendencia a poseer nunca devino concupiscencia de los ojos o codicia del TENER;
- su tendencia a ser él mismo y a afirmarse nunca devino soberbia de la vida o voluntad de PODER;

- su tendencia a la felicidad nunca devino concupiscencia de la carne o codicia del GOZAR.

El hombre es concebido, creado y proyectado a imagen de Dios, pero sólo Jesús es perfectamente fiel a esta imagen.

Es decir, así es Dios, y por eso *Dios es kénosis* y por eso es familia comunitaria y ser-de-relación, ser-de-revelación, ser-para-los demás. El Padre se vacía de sí mismo para engendrar al Hijo. Y es esa voluntad de anonamiento surgida del amor (Dios es amor) la que impulsa al Verbo a hacerse carne: «Tan-to amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único» (Jn 3,16).

La condición divina que Jesucristo no quiso asumir es más bien la que sus contemporáneos pensaban que debía ser: el poderoso, el triunfante, el glorioso Hijo de David llevado por Dios de victoria en victoria. Esta «falsa condición divina» fue la que Jesús rechazó; no la igualdad real con el Padre (pues la misma esencia de Dios es *kenótica*, de vaciamiento, de anonamiento, de donación total desinteresada...) ni la unidad de vida con él (por la cual el Padre estaba con Jesús y Jesús con el Padre). De este modo, lo primero en Jesús (y por tanto en Dios) es esta verdadera y única encarnación o *kénosis* cuya intencionalidad es mostrarnos la única manera de ser de Dios. La manera eterna de ser de Dios se manifiesta en el tiempo; es en Jesús donde se manifiesta lo que ya es Dios. Es decir, la preexistencia del Verbo sólo tiene sentido desde su Encarnación; el «antes que Abraham naciese soy yo» (Jn. 8,58) sólo viene después y como consecuencia del «nacido de mujer, nacido bajo la ley, de la descendencia de David, nacido pobre»;

del «no había para ellos lugar en la posada»;

del «no tenía donde reclinar la cabeza»;

del «hecho pecado y maldición por nosotros» y

del «muerto por todos».

(Gál 4,4; 2 Cor 5,15; Rom 8,3; Gál 3,13; Lc. 2,7; Mt. 8,17 Mt. 8,20; etc.).

1.3. Consecuencias

Jesús se anonada, se vacía, porque Dios se anonada, se vacía... porque el yo de Jesús es de naturaleza anonadante, *kenótica*, servicial, reveladora...

La *kénosis* de Cristo no oscurece, pues, su divinidad. Al contrario, su función de siervo humilde y paciente, que se ofrece por los otros y paga en sacrificio solidarizándose con ellos (Is. 53, 1-12), revela su divinidad y, en definitiva, revela al Padre, porque Dios es donación total.

El amor de Dios a nosotros se manifestó —dice Juan— en que Dios envió al mundo a su único Hijo (=su imagen) para que nosotros vivamos en y por Él. Y en eso, añade, consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino que Él nos amó primero enviándonos a su Hijo, haciéndose en todo lo humano (esta afirmación ya la encontramos en la preparación al Concilio de Calcedonia del año 451, en el famoso *Tomus Ad Flavianum*, de León Magno), es decir, haciéndose **PLENAMENTE HUMANO**. O sea, que asumió nuestra carne y nuestra naturaleza humana del tal manera que, por ser **PLENAMENTE HOMBRE** (=se vació de toda «condición divina falsa», de todo poder y de toda auto-suficiencia), se hizo *humano con todos* hasta asumir y sufrir en su propia carne las consecuencias del pecado personal, social y estructural y hasta **DAR LA VIDA** (=el colmo del amor) por la persona amada: el hombre (Jn 15,13).

De esta manera, lo verdaderamente humano queda enaltecido y elevado a la misma realidad de Dios.

2. EL ACONTECIMIENTO DE IDENTIFICACIÓN DE DIOS CON EL HOMBRE: LA ENCARNACIÓN

La Encarnación de Dios en el hombre responde al deseo de Dios, al proyecto de Dios de comunicarse con el hom-



bre, de ser con él, de revelarse a él. Dios quiere entregarse al hombre para vivir juntos en comunión. Por ello, desarrolla la historia de salvación que comienza en la Creación, creando a su imagen y semejanza al hombre. Dios lo crea libre, porque no quiere una criatura subyugada a Él, un muñeco o una mascota a su antojo; sino que quiere alguien responsable, alguien capaz de responder y de amar como Él, en libertad y en fidelidad.

Previamente a profundizar a la COMUNICACIÓN DE DIOS con el hombre (revelación de Dios), vamos a ver cómo es la COMUNICACIÓN HUMANA, puesto que ésta no es sino la imagen de aquélla. Dios nos ha creado a su semejanza, por eso hasta nuestra forma de comunicarnos, de revelarnos a los otros, responde al mismo esquema que la de Dios.

2.1. La comunicación humana: palabra-gesto-encuentro=acontecimiento

1. El hombre se revela, se comunica originariamente cuando habla, cuando dice una PALABRA, cuando «da palabra» de sí mismo. La PALABRA HUMANA supone un deseo de comunicación entre dos personas. Se dirige a alguien, con el deseo de que haya respuestas, para hacerse diálogo. Por eso, la palabra humana supone la existencia de un YO y un TÚ que quieren relacionarse, entenderse, comunicarse. Así, la palabra es expresión de un YO que tiende a la comunicación y al encuentro con un TÚ. Si no sucede esto, no hay palabra humana; habrá imposición, monólogo dictador, coacción.

2. A veces, la palabra no puede expresarlo todo y por ello se apoya en el GESTO, que la complementa, la hace creíble, eficaz, llama a la confianza y posibilita ser respondida. Cuando un hombre y una mujer se aman, se manifestarán a



menudo, a través de la palabra, ese amor mutuo. Pero cuanto más elevado es un sentimiento por el otro, cuanto mayor es el deseo de comunicación, la palabra se hace más pobre y limitada para expresarlo todo. Por eso necesita el gesto: el beso, la caricia...

3. La finalidad de la palabra y del gesto será crecer en una mayor comunicación, caminar hacia un *ENCUENTRO pleno de comunión y amor*. Si no existiera esta finalidad que trasciende toda la palabra, por sublime que sea, y todo gesto, por íntimo encuentro que suponga, no habría comunicación humana. El otro sería un objeto que satisface; gesto y palabra estarían vacíos.

4. Sin embargo, cuando la palabra y el gesto tienen esa finalidad de comunicación, no solamente la expresarán sino que la realizarán y la harán crecer hacia una mayor comunión. El amor de una pareja, expresado en la palabra y el gesto, crecerá progresivamente. El gesto acompañará a la palabra haciéndola eficaz, realizando más amor, que se experimentará como *ACONTECIMIENTO*.

La **PALABRA** es, pues, el medio por el que dos interioridades se manifiestan una a la otra esperando reciprocidad. Es signo de amistad y amor, brote y expresión de libertad que se abre a otro y se entrega. La palabra busca, por la donación propia, la donación del otro; para ser comunión de amor. La palabra apoyada y complementada por el **GESTO** no tiene fin en sí misma, sino que su finalidad es el **ENCUENTRO: YO-TÚ**. Palabra y gesto como expresión de esa finalidad de encuentro se hacen eficaces, realizan lo que expresan y aumentan el deseo de mayor plenitud, logran que las dos interioridades, cada una desde su identidad y libertad, vayan a un **ACONTECIMIENTO**. Algo ha acontecido entre un **YO** y un **TÚ**, que no se acaba en lo sucedido; sino que se crea un proceso dinámico de relación y encuentro, se desencadena una historia y se relea la historia anterior,



porque algo ha ocurrido que ha cambiado y transformado el pasado, el presente y el futuro de las dos personas y de su relación.

2.2. La comunicación de Dios: El Hijo-Encarnación-Comunión

- a) *Desarrollo del paralelismo: «Así de humano sólo puede serlo el mismo Dios.»*

Conociendo los mecanismos de la comunicación humana, y desde nuestra experiencia de ella, podemos contemplar con mayor profundidad la comunicación de Dios con el hombre, su manera de hacerlo; su amor, respeto y libertad al realizarla.

Dios es comunicación en sí mismo porque es COMUNIDAD: la comunidad del Padre con el Hijo y con el Espíritu. Comunidad de amor, porque Dios es AMOR (I Jn 4,8). Pero Dios no es comunidad cerrada, gueto, sino que se abre y se comunica al hombre. ¡Tanto AMOR tiene que comunicarse!

Dios se comunica a través de su PALABRA. Palabra creadora de TÚ con los que encontrase. Dios crea al hombre como un TÚ con el que comunicarse, porque libremente necesita ofrecer su amor a ALGUIEN. El hombre será ese alguien, TÚ de Dios, creado a su imagen y semejanza, libre y responsable. Podríamos leer el prólogo del Evangelio de Juan así:

«Desde el principio ya existía la autocomunicación de Dios , y la comunicación de Dios estaba dirigida al Padre, y la comunicación de Dios era Dios. Esta Palabra estaba desde el principio dirigida al Padre.

Por ella fueron hechas todas las cosas y sin ella no se hizo nada de lo que existe.

En ella está la vida (el amor) y esa vida es la luz (la existencia) de los hombres...

...Esta luz estaba en el mundo y, aunque el mundo fue hecho por ella, el mundo no la conoció.

Vino a los suyos, y los suyos no la recibieron. Pero a cuantos la aceptan, les ha dado llegar a ser hijos de Dios...

...Y la autocomunicación de Dios se hizo hombre y plantó su tienda entre nosotros, y nosotros vimos su gloria, la que le corresponde como Hijo único del Padre, lleno de gracia y de verdad.»

(Jn 1,1-4. 10-12. 14 parafraseado)

1. El prólogo del Evangelio según Juan nos expresa poéticamente esta experiencia de la comunicación de Dios a los hombres, al mundo. La comunicación la realiza por su Palabra que es el Hijo, por quien todo fue hecho.

Pero al crear al hombre libre, el hombre es también capaz de no acoger su vida, su luz, su PALABRA. Por eso, Dios no parará de acompañar su Palabra con gestos liberadores, con hombres que la han reconocido mejor para anunciarnos su deseo de comunión y encuentro: «*ser sus hijos.*»

2. Sin embargo, todo este movimiento y comunicación de Dios al hombre no acaba de conseguir que los hombres le reconozcan, servirá únicamente para preparar al hombre para acoger su Palabra definitiva: «su hacerse carne.» Dios, en su pasión por comunicarse, da su Palabra que se hace hombre, uno de nosotros. Dios elige así la *vía de la ENCARNACIÓN*. Jesús será el Hijo, la Palabra de Dios, encarnada, manifestación plena de Dios. Dios pronuncia su Palabra, muestra «su rostro en Cristo» Jesús.

La encarnación de Dios en Jesús será el *GESTO DE ENTREGA* de su PALABRA, el Hijo, anunciado desde antiguo. Es la vía elegida por Dios, la vía de la *IDENTIFICACIÓN* de la entrega, para poder comunicarse, para poder amar y ser reconocido.

Dios «habitó entre nosotros», se hizo uno de nosotros, puso su tienda en nuestro mundo. Fue un gesto de autolimi-



tación a las coordenadas humanas. Si su gesto hubiera sido en total plenitud, sin respetar nuestra condición humana, en sus limitaciones y coordenadas de espacio y tiempo, habría sido una VIOLACIÓN. Nos habría forzado a responder con nuestra entrega. Habríamos realizado un encuentro pleno con Él, sin desearlo. Habríamos sido objeto forzado de su deseo de ser respondido.

Por eso, la Entrega de Dios, aun siendo plena y total, es limitada para ser oferta respetuosa de amor.

Siendo entrega que espera reciprocidad, respuesta de nuestra parte, es gratuita porque no nos obliga, no nos fuerza, es paciente y sabe esperar. Es aventurada porque su Encarnación es ponerse en manos de los hombres, vulnerable, es aventurarse en la misma historia de los hombres. La cruz de Jesús será consecuencia de esta opción de Dios.

3. En la Encarnación, Dios busca y desea el encuentro con el hombre, libremente, por amor; y desde su identificación y entrega realiza su *movimiento de COMUNIÓN con el hombre*, de *ENCUENTRO* con nosotros. En Jesús, Dios se encuentra con el hombre y el hombre se encuentra con Dios. Jesús es ese lugar de encuentro. El hombre, en su deseo original y universal de llegar a Dios, tiene en Jesús su acceso, su oportunidad de encuentro, porque Dios nos ha encontrado en Él. Este encuentro limitado es PROMESA de COMUNIÓN y ENCUENTRO pleno para cuantos le recibían en Jesús: «en Él les concedió el llegar a ser hijos de Dios» (Jn 1,12).

4. Este movimiento de Dios, de entrega y comunión, se hace, recibido por nosotros, ACONTECIMIENTO. El hombre puede experimentar —en la identificación de Dios en la Encarnación— su amor gratuito, respetuoso y desbordante de nuestras posibilidades. El hombre puede releer su historia como historia de amor que Dios ha abierto. El hombre puede esperar que esa historia se desarrolle hacia un FUTURO de plenitud de encuentro y comunión.

Hemos podido ver el paralelismo entre la comunicación de Dios y la comunicación humana. No nos ha de extrañar si Dios quiere revelarse y comunicarse al hombre y, por ello, nos ha creado a su imagen y semejanza. Como dice Leonardo BOFF: «Así de humano sólo puede serlo el mismo Dios.»

b) *La Encarnación de Dios en Jesús es Kénosis*

Dios no sólo se ha revelado y manifestado en la Encarnación propiamente, donde la Palabra, el Hijo, se ha hecho carne, uno de nosotros. Sino también en cómo se ha desarrollado esa Encarnación, en la forma de vida de Jesús de Nazaret, en su muerte y resurrección. La Encarnación de Dios en Jesús es KÉNOSIS. Vamos a ver todo lo que encierra este concepto.

En el himno de la carta a los Filipenses, 2, 6 ss., podemos descubrir por su estructura que el núcleo del mensaje está en el centro: que Jesús es como uno de los hombres, es de **CONDICIÓN HUMANA**. Es decir, Jesús, el Cristo, es un **HOMBRE** en todos los sentidos. Pero Jesús «*se ha hecho hombre*» en un movimiento de KÉNOSIS, de vaciamiento, de desapropiación..., no de cualquier forma.

Lo que quiere resaltar el himno no es sólo el acontecimiento «de introducirse el ser divino en lo limitado de un cuerpo-vida humana», sino el segundo movimiento kenótico, la *forma de encarnarse*, la forma de acoger y vivir esa vida humana, haciéndose obediente, siervo, esclavo, maldición pobre (2 Cor 5, 15-21; 8, 9; Rom. 8, 3; Gál. 3, 13; 4,4; Hb 2,10-14), hasta el extremo, muriendo entregado, por amor, en la cruz.

Por tanto, son inseparables los diversos momentos del proceso de Jesús en la Encarnación: el nacimiento, la vida,



muerte y resurrección, todos ellos están intrínsecamente vinculados, todos ellos son la ENCARNACIÓN:

Jesús era hombre de tal manera,
que vivió de tal manera, enfrentado al mal y al pecado,
que necesariamente hubo de morir de tal manera (muerte injusta y maldita: la cruz),
por ello Dios no podía dejarlo en la muerte, de tal manera que lo recupera en la resurrección para la VIDA plena y definitiva.

Todo ello constituye el acontecimiento de la Encarnación, por tanto y como *PRIMERA CONCLUSIÓN* del tema de la *Kénosis* hasta aquí: el vaciamiento, la pérdida de la vida como entrega, se realiza en la misma vida de Jesús, más allá de hacerse hombre. Implica una verdadera autonegación de Dios: hacerse esclavo (Flp 2, 6 ss), hacerse pecado (2 Cor 5,21), *hacerse maldito* (Gál 3, 13). Además, esta autonegación de Dios en Jesús supone la aparente «ausencia» de Dios en el Jesús terreno, puesto que, enfrentado al mundo que no le acepta, Dios no va a usar su poder para defenderlo. Así nos es permitido leer y contemplar esta aparente ausencia de Dios en Jesús como revelación de la IDENTIFICACIÓN solidaria de Dios en el hombre.

SEGUNDA CONCLUSIÓN: La *Kénosis* de Jesús debe entenderse como la aceptación de todas las particulares condiciones en las que de hecho se ha verificado la Encarnación. Es decir: la Encarnación (que no es el mero hacerse hombre, sino un hombre concreto —Jesús—, entrando en conflicto con un mundo y una situación concretos) supone la aceptación de las condiciones de ser hombre, y de ser hombre en la situación concreta, no de una forma neutral, sino situada e histórica. Y la situación de Jesús está caracterizada, por una parte, por la esperanza que él mismo predica de la venida del Reino y las expectativas que sobre él tenían los judíos con

quienes vive. Y, por otra parte, por la existencia del pecado, la injusticia, el mal. Jesús, ubicado en esta situación de contradicción y conflicto, vive su proyecto del Reino avanzando por el camino de las Bienaventuranzas. Ellas son su manera de vivir la Kénosis como un proyecto de entrega que hace feliz a quien lo vive, aun cuando acaba con la muerte en cruz, como los profetas «habían muerto a manos de nuestros padres».

Por tanto, la segunda conclusión sobre la Kénosis es ésta: la Kénosis no es una mera renuncia y, mucho menos, mera apariencia, sino que es SITUARSE en una HISTORIA concreta, con sus limitaciones y mecanismos humanos y asumiendo el conflicto en el camino de las BIENAVENTURANZAS.

De la *CONCLUSIÓN ANTERIOR SE SIGUE OTRA*. La Kénosis entendida positivamente es la Bienaventuranza de Jesús, que le hace ser El Hombre, como modelo y futuro para todos. Por ello: «Dios le dio el NOMBRE sobre todo nombre»: el texto de Filipenses, del que hemos partido, señala el carácter fecundo que tiene la Kénosis para Jesús mismo: se anonadó, por lo que Dios le exaltó, sin embargo, la KÉNOSIS será FECUNDIDAD para los hombres también. Si el anonadamiento parecía equivaler a la falta de efectividad del Jesús terreno, se va a cumplir la paradoja de que esa no efectividad o debilidad es lo que realiza una fecundidad eficaz para nosotros. He aquí algunos ejemplos:

1. «Rico... hecho pobre... por ustedes, *para que se enriquezcan con su pobreza...*» (2 Cor 8,9)
2. «No conocía pecado... hecho pecado... por nosotros, *para que en él nos convirtamos en justicia de Dios...*» (2 Cor 5,21).
3. «Mesías (elegido, Ungido)... hecho maldición... por nosotros, *para librarnos de la maldición de la ley...*» (Gál 3, 13).
4. «Mesías... muerto... por todos, *para que los vivos no vivan para sí...*» (Hb 2, 10ss.).



5. «Autor de la Salud... participó de la debilidad... como nosotros, *para destruir al que era fuerte por la muerte...*» (Hb 2,10ss.).

6. «Su Hijo... hecho de mujer..., para que recibamos la adopción de hijos suyos...» (Gál 4,4).

Aquello con lo que Jesús nos enriquece no es su riqueza, sino su pobreza.

Podemos resumir este apartado sobre la KÉNOSIS así:

- KÉNOSIS hace referencia a la Encarnación de Jesús en la Historia de los hombres, pero una Encarnación situada en el conflicto que le lleva a la muerte.

- KÉNOSIS como renuncia que vivida positivamente es bienaventuranza.

- KÉNOSIS como debilidad FECUNDA.

3. LA ENCARNACIÓN: PROCESO DE EMPOBRECIMIENTO PARA AMAR, SERVIR Y LIBERAR

Teniendo en cuenta todo lo anterior, llega ahora el momento de traducirlo a opciones, procesos, propuestas y pasos concretos para que nosotros podamos dejarnos introducir por Espíritu del Señor Jesús en la misma dinámica. Este fue todo el proceso de su Encarnación:

3.1. Salir

El Proyecto original de Dios para la Humanidad, la familia humana, era que ésta fuera capaz de mirarle a la cara y dialogar con Él, sin pecado ni mentira, viviendo en un amor libre y fiel.



FIGURA 1

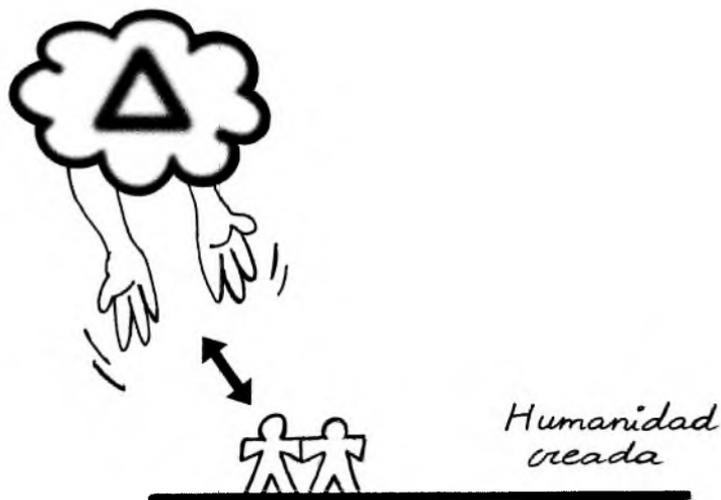
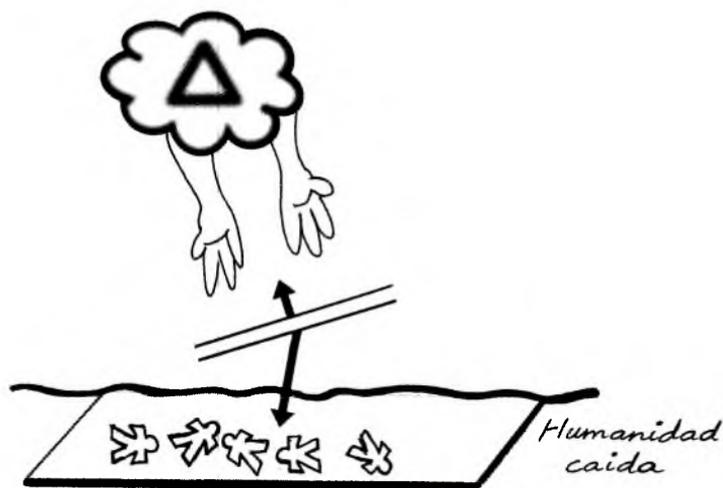


FIGURA 2



Esto se va al traste con el pecado original «querer ser como Dios» y el mal se adueña del corazón de hombres y mujeres, produciendo la caída de la Humanidad; esto hace que ésta se descubra rebajando su «nivel» de humanidad, de relación, su capacidad de amor y caminar juntos, llegando las rupturas, divisiones, explotaciones, injusticias...

Esta Humanidad esclavizada y rebajada no puede entrar en relación de iguales, relación de amor con Dios, no puede dar palabra, ser fiel a la alianza con Dios.

Los profetas son la excepción, los que se levantan y pueden entrar en sintonía con los deseos de Dios; son los intermediarios, a través de los cuales Dios puede estar continuamente haciendo propuestas para mejorar el vínculo con su pueblo.

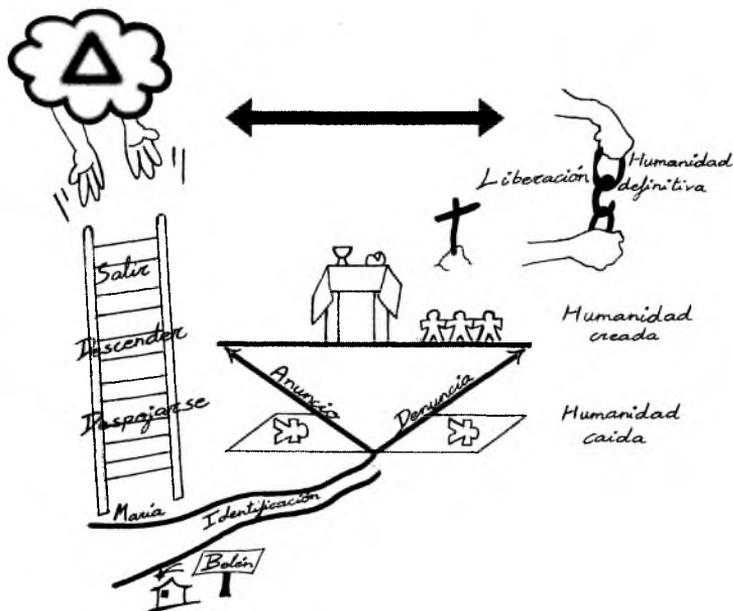
Pero llega un momento en el que a Dios ya no le bastó:

- Escuchar lo que otros le cuentan sobre los sufrimientos y dolores de la Humanidad.
- Hablarle a su pueblo a través de intermediarios.
- Contemplar a distancia su realidad.

Por eso decide tocar Él mismo la realidad de los hombres y mujeres, vivirla, y así poder comprenderla, sanarla y recuperarla.

Por eso toma la decisión de salir Él al encuentro de la Humanidad, decide salir de sí mismo, vaciarse, hacer sitio en su corazón, para que a través de Jesús pueda ser llenado por la Humanidad, ya que a éstos no le sirven «los amores a distancia», necesitan «sentir la unión de sentimientos, voluntades y afectos».

FIGURA 3



3.2. Descender

El Hijo baja desde el seno del Padre hasta las partes más bajas de la Humanidad:

- A Palestina, país invadido, encadenado, orillado de la historia, no en el Imperio romano.
- A Galilea, región más lejana y al margen de la vida de la capital, la más contaminada y pecadora.
- A Belén, pero al margen del espacio habitado por vida humana, llega hasta el margen más extremo, hasta donde ya no hay sino vida animal.
- A Nazaret, un pueblo-aldea insignificante, desconocido, que no aparece, como si no existiera.

- A María de Nazaret, a las entrañas de una niña pobre y en condiciones extrañas.

- A María y José, que antes de acogerlo como sus padres, tienen que salir de su pueblo por capricho del tirano de turno:

- A un pueblo lejano, sin conocidos, donde son tratados peor que a extraños, como extranjeros (¡qué bien entienden esto los inmigrantes que llegan a nuestras costas!).

- A las afueras de ese pueblo, más allá de los márgenes, llegando más abajo de donde viven los más pobres, llegando hasta el pesebre de paja donde comen los animales (Él, que llegará a ser el máspreciado alimento para los hombres).

Todo este ejercicio de descenso, es un **ADVENIMIENTO**, Él viene desde más arriba de los grandes hasta más abajo de los más pequeños de la tierra.

Este abajamiento es una exigencia de **SER AMOR**, no se puede amar a los hombres a distancia, por arriba, por encima. Sólo cuando se puede dar el encuentro de corazón a corazón, de miradas, al bajar hasta el último de los lugares donde haya personas, sus manos se extienden a todos, y todos tienen entrada abierta hasta sus entrañas. Ahí, por debajo de donde se encuentran los más pobres de los márgenes de la historia, los excluidos de la tierra, se produce el **ACONTECIMIENTO DE LA ENCARNACIÓN**; por tanto, ellos serán los primeros en ser encontrados, los primeros receptores (ya que están más a mano) de la misericordia de Dios-Padre: entre ellos comienza a ponerse en marcha el Reino, entre ellos Dios-Padre comienza a reinar, amando.

3.3. Despojarse

La bajada, el descenso, el **ÉXODO**, de Dios-Padre en Jesús no es sólo un cambio de casa, de barrio; El Hijo no viene



a los empobrecidos por un rato, manteniendo todas sus prerrogativas y una cierta distancia para no contaminarse; todo lo contrario, este descenso no podría quedarse en un abajarse en apariencia, Él ya no puede seguir siendo el mismo, en Jesús se da un despojo:

2 Cor 8,9:

«Ya conocen la Gracia de nuestro Señor Jesucristo, el cual siendo rico, por ustedes se hizo pobre, para enriquecerlos con su pobreza.»

¡No se puede poner la choza entre los empobrecidos y quedarse al margen de sus pobrezas, seguir siendo rico!

Despojo en el «tener»

Su camino de descenso llega hasta el extremo de nacer en la más absoluta pobreza e indigencia, en las condiciones más inhumanas, con lo cual queda claro que, si no se puede amar a distancia, desde arriba, tampoco se puede amar sin compartir:

- Lo que uno es;
- lo que se tiene;
- lo que se necesita.

De esta forma Jesús de Nazaret nos acogió tomando lo nuestro y dándonos lo suyo (auténtica y radical comunicación de bienes y necesidades).

Despojo en el «poder»

Jesús se encuentra una Humanidad, entonces y ahora, en la que:

- Lo que queremos es «tener» (=acumular) para «poder».
- Lo que queremos es «poder» (=dominio) para tener más.
- Ya que el que tiene, puede (esto los poderosos lo lo gran; los débiles y empobrecidos se quedan con las ganas).



El elige para su vida SER persona humana y encuentra ser razón para vivir en AMAR (no tener nada propio, desviarse para los demás) y SERVIR (ser siempre el último, no elegir a quien servir).

Despojo en el «querer»

Jesús elige no querer nada ni a nadie para sí; escoge vivir desde la voluntad de OTRO para hacer felices a otros. Se siente tan entrañablemente amado que esta experiencia da orientación y sentido a toda su vida; esta es su gracia:

- Es un AMOR que se ofrece sin condiciones, sin forzar voluntades.
- Es un AMOR entre/para los no amables.
- Es un AMOR que renunció voluntariamente a todo poder, para darse sólo en ofrenda que se regala, para no crear relaciones de dependencia o dominación.

3.4. Levantar

Todo este proceso de abajamiento tiene un sentido, un objetivo: levantar, elevar «el nivel de vida humanizada» de la Humanidad hasta colocarla donde su Padre la había puesto en la Creación: *hacer posible la palabra verdadera, el gesto solidario, el diálogo-encuentro en el AMOR, el acontecimiento de la fraternidad.*

Jesús de Nazaret rompió el destino trágico de la Humanidad, ser extraños unos a otros, lejanos, distantes, desconfiados, insolidarios... (el hombre un lobo para el hombre), clavando una cuña que fue resquebrajando la sociedad, dividida entre explotadores y explotados, entre enriquecidos y empobrecidos.

Jesús puso en marcha, a través de su pequeña comunidad, la experiencia de la fraternidad, de la vida compartida,

de la filiación de un Padre que es misericordia infinita, compasión entrañable y permanente, con una debilidad y preferencias especialísima por los últimos, los perdidos, los excluidos... A todos ellos, los invitó a incorporarse al banquete, a la alegría y la fiesta de las bienaventuranzas: ser compasivos con cualquier persona como el Padre es ser compasivo con la Humanidad.

En Jesucristo, Dios se hace cercano, pequeño, tocable, afectable, vulnerable, sin defensas..., Dios se hace hermano, se *humaniza*. Y el hombre queda *divinizado*, puede vencer ataduras, límites humanos (soledad, dolor, sin sentidos, muerte...), puede perdonar incluso hasta a los enemigos, pueda ser amor sin límites, gratuito y solidario.

Este movimiento de elevación, de levantar a la Humanidad caída, lo realiza Jesús dedicando:

Treinta años a la IDENTIFICACIÓN con la Humanidad, con la vida de su pueblo:

A crecer, madurar, hacerse adulto en edad, sabiduría, experiencia de Dios; la terrible condición de la Humanidad caída en la vida de las personas de su pueblo, su trágico destino, la desesperanza, la absoluta impotencia, la sensación de estar abandonados por Dios, unos, y en otros, la confianza absoluta en que Dios no abandona nunca a su pueblo y ya llegará...

Tres años al ANUNCIO Y LA DENUNCIA:

- Acogiendo a los solos, tristes, abandonados, perdidos, condenados.
- Escuchando los dolores, quejas, ansias, necesidades, esperanzas, ilusiones, quebrantos, certezas, confianzas...
- Aceptando, sin condiciones, sin juicios ni condenas, sin excluir a nadie, preceptos o prejuicios...; aceptando y haciendo propuestas de crecimiento, de promoción a cada persona según sus potencialidades.



- Perdonando, liberando de tantas culpas y tantos fardos, tantos miedos y temores, sanando conciencias y ofreciendo, presentando, hablando de Dios-Padre, señor de la vida, de la misericordia y el perdón...

- Ayudando a buscar la verdad en la propia vida, a llamar a las cosas por su nombre, animando a salir de lo que empuñe, decidir libremente y tomar otros caminos, recuperando el respeto y la autoestima...

- Sirviendo siempre y a todos, ocupando el último lugar, sanando heridas del cuerpo o de las entrañas, lavando los pies para dignificar, hacer protagonista y libres a los que aceptan el Reino, proponiendo la Palabra, invitando a la mesa a compartir el pan, a comulgar con su Pasión.

En síntesis, tres años dedicados a ANUNCIAR buena ventura para los empobrecidos, ya que Dios-Padre, los ama con locura y DENUNCIANDO la maldad de los enriquecidos que puede llevarles a perderse y perder la vida inútilmente.

Tres días a la LIBERACIÓN:

Rompiendo todas las ataduras y esclavitudes de la Humanidad, planta «el grano de trigo, que dejándose romper, dará mucho fruto de VIDA NUEVA»; la Humanidad recupera la experiencia de la presencia amorosa de Dios Padre, su Alianza, y la certeza de que ya una parte de ella vive plenificada junto a Él, puede entrar en relación-diálogo amoroso, puede ser fortalecida con la misma «dinamita del Espíritu-Amor del Hijo», puede vivir como familia fraterna de Dios-Padre.

4. ALGUNAS CONCLUSIONES

I. Si a una persona, en buena medida, la podemos conocer por sus preferencias y sus preferidos, a nuestro Dios también, a través de lo que vemos en Jesús de Nazaret:

• Dios-Padre prefiere:

Lo débil a lo fuerte.

Lo pequeño a lo grande.

La verdad a la mentira.

Lo inútil a lo eficaz.

La periferia al centro.

La calle al templo.

Los cruces de los caminos a las calles principales.

El compartir al acaparar.

El regalar al retener.

La impotencia al poder.

La entrega a la huida.

la presencia a la ausencia.

• Dios-Padre prefiere:

Al niño, a la mujer, al anciano antes que al hombre auto-suficiente.

A la prostituida antes que a los jueces machistas que la condenan.

Al pecador antes que el orgulloso cumplidor.

Al extranjero antes que al que excluye.

Al hambriento antes que al satisfecho.

Al leproso, enfermo, ciego..., antes que al sabio, entendido.

Al compasivo y misericordioso antes que al legalista.

Si esto es así, tendremos que preguntarnos nosotros cuáles son nuestras preferencias y nuestros preferidos, sea a nivel personal, como creyentes, como institución o congregación, como movimiento o grupo de vida, como grupo de Cáritas o asociación socio-caritativa, como Cáritas Diocesana e incluso como Confederación dentro de la Iglesia Española.

También podemos preguntarnos desde dónde contemplamos la realidad de los empobrecidos, cómo entramos



en ella, qué buscamos o con quién nos encontramos... Dice Joaquín GARCIA ROCA: *Creciendo en solidaridad con los empobrecidos*, pág. 22 ss.

Por la amistad se entra en el mundo de los pobres, y de este modo se adquiere el punto de vista adecuado. A los lugares de sombra eterna sólo se accede si se sabe mirar: Si ustedes escogen en la vida un determinado lugar, verán unas cosas; si escogen otro, verán otras: si se colocan frente a la puerta del Banco Mundial, verán muchas cosas interesantes; pero quizá se les escape la densidad de la realidad. ¿Desde dónde hay que mirar? Tendremos que mirar desde dentro de ese mundo, entrando con temor y temblor, con humildad y amistad, reconociendo que ese mundo de los empobrecidos está habitado por personas, potenciales, por creatividad, por ganas de salir y de soñar. (*Compasión*, D. P. McNeill, D. A. Morrison, H. J. M. Nouwen. S. T.)

Al entrar en ese mundo de vida y de muerte se descubre que estaba ya habitado: que es allí donde acampa Dios, donde se le encuentra; como defensor del pobre. Por eso, la lucha por los empobrecidos, le devuelve el honor a Dios.

Entonces se comprende incluso que hasta la misma esperanza se nos ha dado para los desesperanzados. Sólo es creíble aquella Iglesia, aquella Cáritas, informada y configurada por el principio fundamental de la misericordia: escucha los clamores de un pueblo sufriente, reacciona ante ellos y rehace la misericordia de Dios con los demás.

Su esperanza es la de los pobres que no tienen esperanza, su praxis es en favor de los últimos, su tarea es erradicar el sufrimiento injusto y animar a las víctimas a liberarse de ellos. Su fe ante todo será una fe en el Dios de las víctimas y sus prácticas serán un desvivir por ofrecer y transitar caminos eficaces de justicia.

Sólo esta Iglesia está imantada de gozo, y hace que el hermano y la hermana puedan ser celebrados como don y la fragilidad personal puede sostenerse.

El Resucitado ha entrado hasta las entrañas más heridas de nuestro mundo, y aunque la oscuridad parece seguir tan

densa como antes, ahora está habitada por la claridad de la presencia de un VIVIENTE.

2. Si nuestros obispos, con la luz y la valentía del Espíritu Santo, nos regalaron el excepcional documento «La Iglesia y los Pobres», donde nos presentan un análisis global, completo y profundo de la pobreza, sus causas, causantes y consecuencias, una lectura creyente de las mismas, unas opciones eclesiales, apuestas y pasos en la luchas por la justicia, en el servicio a los pobres y en el talante que debemos ir desarrollando en la experiencia espiritual desde la cercanía a las personas empobrecidas..., tendremos que dejarnos interpelar y acoger con gozo y agradecimiento estas palabras tan en sintonía con las preferencias de Dios Padre. Por ejemplo:

Número 9:

La Sagrada Escritura nos recuerda que Dios escucha con gran misericordia «el grito de los pobres»). La Iglesia de Dios, habitada y movida por su Espíritu, debe avivar en ella su amor misericordioso hacia los pobres, escuchando su llamada y prestando su voz a los que no tienen voz.

Hay que destacar que las palabras de condena de Cristo en el Evangelio no van directamente dirigidas a los causantes del mal que padecen los pobres. Lo que condena es el pecado de omisión, el desinterés ante los necesitados de ayuda, como en la alegoría profética del Juicio Final, o en la parábola del rico Epulón y el pobre Lázaro. Ignorando al pobre que sufre hambre, que está desnudo, oprimido, explotado o despreciado, es al mismo Cristo al que desatendemos y abandonamos.

De aquí que el encuentro con el pobre no pueda ser para la Iglesia y el cristiano meramente una anécdota intrascendente, ya que en su reacción y en su actitud se define su ser y también su futuro, como advierten tajantemente las palabras de Jesús. Por lo mismo, en esa coyuntura quedamos todos, individuos e instituciones, implicados y comprometidos de un modo decisivo. La Iglesia sabe que ese encuentro con los pobres tiene para ella un valor de justifica-



ción o de condena, según nos hayamos comprometido o inhibido ante los pobres. Los pobres son sacramento de Cristo.

Número 10:

Más aún: ese juicio y esa justificación no solamente debemos pasarlos algún día ante Dios, sino también ahora mismo ante los hombres. Sólo una Iglesia que se acerca a los pobres y a los oprimidos, se pone a su lado y de su lado, lucha y trabaja por su liberación, por su dignidad y por su bienestar, puede dar un testimonio coherente y convincente del mensaje evangélico. Bien puede afirmarse que el ser y el actuar de la Iglesia se juegan en el mundo de la pobreza y del dolor, de la marginación y de la opresión, de la debilidad y del sufrimiento.

La Iglesia está para solidarizarse con las esperanzas y gozos, con las angustias y tristezas de los hombres. La Iglesia es, como Jesús, para «evangelizar a los pobres y levantar a los oprimidos, para buscar y salvar lo que estaba perdido». Y para decirlo de una vez y en una palabra que resume y concreta todo: el mundo al que debe servir la Iglesia es para nosotros preferentemente el mundo de los pobres.

Por tanto, la actuación, el mensaje y el ser de una Iglesia auténtica consiste en ser, aparecer y actuar como una Iglesia-misericordia; una Iglesia que siempre y en todo es, dice y ejercita el amor compasivo y misericordioso hacia el miserable y el perdido, para liberarle de su miseria y de su perdición. Solamente en esa Iglesia-misericordia puede revelarse el amor gratuito de Dios, que se ofrece y se entrega a quienes no tienen nada más que su pobreza.

3. Si todavía nos queda alguna duda, si no sabemos lo que tenemos que cambiar, hacer o transformar, entremos sin prejuicios ni resistencia en el ejercicio de la Compasión Samaritana, descubramos la pedagogía que el Señor Jesús nos propone:

- Dejar los propios planes, caminos o proyectos para

- encontrarnos cara a cara con los asaltados de la historia inhumana..., para
- abajarnos, descender y así poder tocar, descubrir, sanar las heridas y proteger sus dolencias..., pero
- no podemos dejarlo a la intemperie, solo y abandonado a su «mala suerte», tendremos que cargar con toda la realidad de su vida, de su persona y caminar juntos hacia espacios de acogida, acompañamiento, ternura, paciencia, constancia..., aunque
- no podamos ir por libre, lo que a nosotros nos ha sanado de la indiferencia y el sin sentido de la vida, la **COMPASIÓN SOLIDARIA**, debemos proponérselo a otros, ampliar las redes, el voluntariado, el asociacionismo civil..., pero no basta sólo con estrategias de acción social;
- el objetivo final es promover, desarrollar, hacer crecer el Reino, la propuesta a vivir en fraternidad, la transformación de la sociedad para hacerla más humana y más digna...

Todo ello sin olvidar: *«Ahora, vete y haz tú lo mismo»*, es decir, «no a medias, no de lejos, no pretendas saber más que yo, no busques otras estrategias menos implicativas, hacer todo el proceso empezando por abajarte y serás feliz».

Que el Señor Jesús Resucitado nos encuentre, dispuestos para amar y servir sin condiciones a los empobrecidos.





UN RETO PASTORAL: SER BUENA NOTICIA PARA LOS POBRES

GABRIEL LEAL SALAZAR

La breve reflexión que presentamos parte de una convicción profunda: *urge seguir afianzando nuestra propia identidad cristiana*, tanto en el ámbito personal como en el comunitario, y en el de las distintas instituciones en que se concreta y configura la comunidad. Si la Iglesia tiene algo que aportar en nuestro mundo de hoy, si nuestras instituciones, también Cáritas, quieren decir una palabra esperanzada y significativa, sólo podrán hacerlo desde su propia identidad, aquella que le viene del Señor Jesús y de la misión que éste la ha confiado. Con claridad lo indica el Evangelio de Mateo, haciéndose eco de las enseñanzas de Jesús: «Vosotros sois la sal de la tierra; pero si la sal se desvirtúa, ¿con qué se salará? Para nada vale ya, sino para tirarla fuera y que la pisen los hombres» (1).

Sin arrogancia, con sencillez y humildad, hemos de ofrecer a todos los hombres la posibilidad de conocer a Jesús como a su Salvador. Para ello es imprescindible una doble experiencia: la *pasión* por el Reino, es decir, por Jesús y su Evangelio, y la *pasión* por la gente.

1) El anuncio de Jesús sólo es posible en la medida en que nosotros le hayamos descubierto y le experimentemos

(1) Mt 5, 13-15.



como nuestro Salvador, como nuestro Hermano y Señor: «Lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y han (...) os lo anunciamos» (2). Sólo una experiencia salvadora que nos llene podrá convertirnos en testigos convincentes y apasionados, personas que tienen una experiencia honda que les desborda y les impulsa a comunicarla.

2) El otro polo que posibilita y dinamiza la misión en la «pasión» por nuestro pueblo: para ser evangelizadores, misioneros, nos tiene que importar, que doler la gente. No basta con haber experimentado al Señor e intuido su salvación, es necesario que no nos dé igual la situación de la gente, que no nos sea indiferente el que hayan tenido la dicha de conocer a Jesús o no. Con claridad nos lo recuerda el Evangelio de Marcos. Los discípulos han vuelto de realizar la misión que les confió Jesús (3). Su fatiga requiere un tiempo de sosiego y descanso y Jesús se dispone a proporcionárselo «porque eran tantos los que iban y venían que no tenían tiempo ni para comer» (4). Pero al desembarcar Jesús no puede permanecer indiferente a la situación de la gente que ha salido a su encuentro y se le ha anticipado en la orilla del lago: «Sintió compasión de ellos, pues eran como ovejas sin pastor, y se puso a enseñarles» (5). Es la compasión por la gente, tantas veces cansada y abatida, la que lleva a Jesús a constatar la escasez de «obreros» y a pedir al Señor que envíe «obreros» a su mies (6).

Cuando se trata de afianzar nuestra identidad, nuestro ser «sal y luz», no se trata sólo de ahondar en nuestra relación personal con Dios, de afianzar los vínculos intracomu-

(2) 1 Jn 1, 1-4.

(3) Mc 6,7-13-30.

(4) Mc 6,31.

(5) Mc 6,34.

(6) Mt 9, 36-38.

nitarios, de comunicar nuestras convicciones de fe en un lenguaje que sea, al mismo tiempo, nuevo, inteligible y fiel a la tradición apostólica; se trata también, y quizá esto sea lo más urgente, de redescubrir la opción preferencial por los pobres, que hizo Jesús, como parte constitutiva de nuestra identidad cristiana, y de incorporarla a nuestra vida cotidiana, individual y comunitariamente considerada. Y desde este redescubrimiento responder cada día de una manera más adecuada a los retos actuales que nos plantea la pobreza y la marginación.

I. JESÚS, EVANGELIZADOR DE LOS POBRES

Jesús se presenta como «El Evangelizador» que *proclama la Buena Noticia*, la llegada inminente del reinado de Dios, su proximidad definitivamente cercana: «El espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungió para anunciar la buena noticia a los pobres, me ha enviado a proclamar la liberación a los cautivos y dar vista a los ciegos, a liberar a los oprimidos y a proclamar un año de gracia del Señor» (7). Es el mismo Jesús quien, acabada la lectura y con los ojos de todos «clavados» en él, afirma que «hoy se ha cumplido ante vosotros esta profecía» (8). Este anuncio del Reino polariza toda la vida y actividad de Jesús.

Pero Jesús no sólo ha anunciado con palabras la proximidad del reinado de Dios y su voluntad (9), sino que ha realizado gestos *salvadores concretos*, a través de los cuales percibimos la salvación no sólo como algo inminente, sino como una realidad inicialmente presente (10), que abarca al hom-

(7) Lc 4, 18-19; cf. EN 8-9.

(8) Lc 4,18-22.

(9) Cf. EN 12.

(10) Mt 12, 22-28.



bre entero, y a todos los hombres, en su realidad histórica concreta, aunque culmine con la vida eterna (11). Los gestos y las palabras de Jesús constituyen su anuncio del Reino: «Él [Jesucristo], con su presencia y manifestación, con sus palabras y obras, signos y milagros, sobre todo con su muerte y gloriosa resurrección, con el envío del Espíritu de la verdad, lleva a plenitud toda la revelación» (12).

Jesús ha hecho de los *pobres* los *destinatarios principales* de su anuncio del Reino de Dios y de toda su actividad salvadora, hasta tal punto, que la evangelización de éstos se constituye en el signo que autentifica la misión de Jesús. Así lo declara el mismo Jesús que, «tras curar a muchos de sus enfermedades y dolencias», responde a la pregunta que les han hecho los emisarios de Juan el Bautista acerca de si era él quien tenía que venir o debían esperar a otro: «Id y contad a Juan lo que habéis visto y oído: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son limpiados, los sordos oyen, los muertos resucitan, y a los pobres se les anuncia la buena noticia» (13).

Jesús para evangelizarnos se *ha hecho nuestro «prójimo»*, se ha hecho «carne», hombre débil como nosotros (14). Jesús ha asumido solidariamente la historia de su pueblo y de la Humanidad (15); despojándose de su grandeza «tomó la condición de esclavo y se hizo semejante a los hombres, como afirma el himno de Filipenses» (16).

(11) Cf. EN 12.

(12) DV 4.

(13) Lc 7, 18-22; cf. Mt 11, 2-5; EN 6, 12.

(14) S. BERNARDO, sermón 1.º, en la Epifanía: PL 133, 141-143: «Vino en carne mortal (...). ¿De qué manera podía manifestar mejor su bondad que asumiendo mi carne? La mía, no la de Adán, es decir, no la que Adán tuvo antes del pecado.»

(15) Mt 1, 1-17; Lc 3,23-38.

(16) Flp 2, 5-11. Como decía Santa Teresa de Jesús, en la poesía núm. 10 de sus *Obras completas* (Madrid, 1977), 507: Jesús es «un zagal, nuestro pariente (...). Mas es pariente de Blas, y de Menga, y de Llorente».

II. LA COMUNIDAD DE DISCÍPULOS PROLONGA LA MISIÓN DE JESÚS

Jesús hizo partícipes a los discípulos de su misión, transmitiéndoles tras la resurrección su condición de enviados: «Como el Padre me envió a mí, así os envió yo a vosotros... Recibid el Espíritu Santo» (17).

De ahí que la vocación propia de la Iglesia y su identidad más profunda consista en evangelizar: «La Iglesia lo sabe. Ella tiene viva conciencia de que las palabras del Salvador: “Es preciso que anuncie también el Reino de Dios a otras ciudades” (18) se aplican con toda verdad a ella misma. (...) “Nosotros queremos confirmar, una vez más, que la tarea de la evangelización de todos los hombres constituye la misión esencial de la Iglesia” (19) (...) Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda. Ella existe para evangelizar» (20).

I. Como testigos convincentes del Evangelio

Como afirmaba Pablo VI, «el hombre contemporáneo escucha más a gusto a los que dan testimonio que a los que enseñan, o si escuchan a los que enseñan es porque dan testimonio» (21).

La acogida de la presencia del Reino, proclamada por Jesús, comienza por la conversión; es decir, por aceptar que

(17) Jn 20,21; cf Mt 28,18-20.

(18) Lc 4,43.

(19) Cf. «Declaración de los Padres Sinodales», núm. 4, *L'Osservatore Romano* (26 de octubre de 1974), 8.

(20) EN, 14.

(21) PABLO VI: «Discurso a los miembros del Consilium de Laicis, 2 de octubre de 1974», AAS, 66, 1974, 568.



en Jesús, en su persona y en su obra, se ha hecho definitivamente cercano y próximo el reinado de Dios, que es y quiere manifestarse como *Padre de todos en una nueva relación fraterna entre los hombres*. Convertirse, pues, al reinado de Dios, es aceptar nuestra condición de hijos en el Hijo, es situarnos filialmente ante Dios, a quien podemos y debemos llamar Padre (22) y, al mismo tiempo, reconocer al otro, a los otros hombres, como prójimos y hermanos (23).

La conversión requiere una actitud de escucha atenta y fiel al Reino de Dios que se hace presente en los acontecimientos de la vida, en el testimonio de los cristianos y en la palabra que se nos anuncia: «La Iglesia existe para anunciar a esos hombres y mujeres concretos con los que se roza cada día que el reinado de Dios está llegando, para *anticipar*, a través de los velos del símbolo sacramental, lo que será el encuentro con el Padre y los hermanos cuando llegue la plenitud del Reino, *para hacer verdaderos*, mediante el servicio sincero, amoroso y comprometido, tanto ese anuncio como aquella celebración anticipada» (24).

Esta conversión convierte al creyente en *testigo del Dios vivo*. Un hombre en cuya vida se da una coherencia entre la fe profesada y el estilo de vida, entre la salvación contemplada en la oración y celebrada en los sacramentos y el compromiso eclesial y social que desempeña, entre la fe y una moral social y personal coherente con la misma.

2. Que proclaman la Buena Noticia

«Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y noso-

(22) Mt 5, 16.45; 6,9; Gál 4, 4-5.

(23) Mt 23,8-9.

(24) P. ESCARTÍN CELAYA: «Opción preferencial por los pobres y acción pastoral en las Iglesias locales», *Corintios XIII*, 70, 1994, 112.

tros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo, Jesucristo» (25). La evangelización, como ya hizo Jesús, sólo puede realizarse con gestos y palabras intrínsecamente ligados (26): «La Buena Nueva debe ser proclamada, en primer lugar mediante el testimonio» (...) este testimonio constituye ya de por sí una proclamación silenciosa, pero también muy clara y eficaz» (27). «El primer medio de evangelización consiste en un testimonio de vida auténticamente cristiana, entregada a Dios en una comunión que nada debe interrumpir y a la vez consagrada igualmente al prójimo con un celo sin límites» (28).

2.1. Con gestos significativos

«Jesús curó a muchos de sus enfermedades y dolencias» (29). Igual que Jesús, los gestos de la comunidad cristiana y de cada uno de sus miembros deben ser evangelizadores. Unos gestos que van desde la experiencia personal de Dios y de la amistad con él, alimentada en la oración personal, en la contemplación admirada del Misterio, que incluye las celebraciones de la fe, especialmente las sacramentales (30), donde verdaderamente y de una manera eficaz Dios salva al hombre.

Pero también el amor y el servicio desinteresado a los hombres, que lleva a acoger a los excluidos de nuestra so-

(25) 1 Jn 1, 3.

(26) DV, 2: «Por obras y palabras intrínsecamente ligadas; las obras que Dios realiza en la historia de la salvación manifiestan y confirman la doctrina y las realidades que las palabras significan; a su vez, las palabras proclaman las obras y explican su misterio», Cf. EN, 40-48.

(27) EN, 17.

(28) EN, 41.

(29) Lc 7,21.

(30) EN, 47.



ciudad para promocionarlos e incorporarlos a ella, al tiempo que propicia un orden social nuevo desde la lucha por la justicia. Esto forma parte del quehacer evangelizador. Juan Pablo II, hablando del magisterio social de la Iglesia, afirma que la enseñanza y difusión de la misma «forma parte de la misión evangelizadora de la Iglesia. Y como se trata de una doctrina que debe orientar la *conducta de las personas*, tiene como consecuencia el “compromiso por la justicia” según la función, vocación y circunstancias de cada uno. Al ejercicio de este *ministerio de evangelización* en el campo social, que es un aspecto de la función profética de la Iglesia, pertenece también la *denuncia* de los males y de las injusticias» (31).

«La vida íntima —la vida de oración, la escucha de la Palabra y de las enseñanzas de los Apóstoles, la caridad fraterna vivida, el pan compartido (32)— no tiene pleno sentido más que cuando se convierte en testimonio, provoca la admiración y la conversión, se hace predicación y anuncio de la Buena Nueva» (33).

2.2. *Con el anuncio explícito del Evangelio*

«¿Cómo van a creer en él, si no les ha sido anunciado? (...) En definitiva, la fe surge de la proclamación, y la proclamación se verifica mediante la palabra de Cristo» (34). Como afirmaba Pablo VI, «el más hermoso testimonio se revelará a la larga impotente si no es esclarecido, justificado (...) explicitado por un anuncio claro e inequívoco del Señor Jesús. La Buena Nueva proclamada por el testimonio de vida deberá ser, pues, tarde o temprano, proclamada por la pala-

(31) SRS, 41; cf. IP, 45-54.

(32) Cf. Hch 2,42-46; 4,32-35; 5,12-16.

(33) EN, 15.

(34) Rom 10,14-17.

bra de vida. No hay evangelización verdadera mientras no se anuncie el nombre, la doctrina, la vida, las promesas, el Reino, el misterio de Jesús de Nazaret hijo de Dios (35).

La Palabra que anuncia el Reino, haciendo inteligible los signos y anunciando el Misterio presente en ellos, se actualiza:

- En la predicación y el ciclo litúrgico anual (36).
- En la catequesis de inspiración catecumenal (37).
- En la iluminación de las realidades personales y sociales, desde los principios evangélicos en la doctrina social de la Iglesia (38).

Una Palabra que tiene que ser proclamada y extendida utilizando no sólo los cauces internos de la comunidad cristiana sino, también, los nuevos púlpitos: los modernos medios de comunicación social (39).

De todo lo que llevamos dicho es claro que la evangelización implica organizar la misión de enseñar la liturgia como celebración de la salvación ya iniciada y el servicio a los pobres. Mediante estas tres acciones se edifica la Iglesia, comunidad de fe, liturgia y amor (40). Y ello como tres aspectos de una única realidad: la presencia misteriosa del Señor.

La Iglesia sólo da un testimonio auténtico en la medida en que realiza y hace participar a todos los miembros de la comunidad —de una u otra manera— en estas tres acciones fundamentales. Cada una de estas acciones por separado «no son capaces de dar un testimonio eclesial y cristiano,

(35) EN, 22.

(36) EN, 42-43.

(37) EN, 44.

(38) SRS, 41-44.

(39) EN, 45.

(40) Cf. AG, 19.



evangelizador, completo. [...] Si la Iglesia sólo hace catequesis, o sólo predica, o sólo enseña [...], el cristianismo acaba apareciendo como simple “filosofía”, o como una simple “doctrina”, o como una ética más, pero no como un mensaje, como una revelación de Dios. Si la Iglesia sólo se dedica a rezar y celebrar [...] el cristianismo acaba apareciendo como una “mística de evasión” [...]. Si la Iglesia sólo se dedica a solidarizarse con los pobres y a compartir bienes con los pobres, incluso a luchar por la justicia [...], el cristianismo acaba apareciendo como una ideología más en competencia con otras ideologías, como una “política”, como un grupo activista o filantrópico, como uno de tantos sindicatos. Es en el equilibrio de las tres acciones, realizadas y participadas por todos los cristianos, como la Iglesia encuentra su ser misionero, su ser evangelizador auténtico, su verdadera identidad» (41).

3. A todos, desde la opción preferencial por los pobres

La Iglesia, que es «sacramento del Señor», tiene que anunciar la salvación a todos los hombres, preferentemente a los empobrecidos (42), verificando la autenticidad de su identidad y misión, en su relación con éstos:

Sólo una Iglesia que se *acerc*a a los pobres y a los oprimidos, se pone *a su lado y de su lado*, lucha y trabaja por su liberación, por su dignidad y por su bienestar, puede dar un testimonio coherente y convincente del mensaje evangélico (43).

(41) R. ECHARREN YSTURIZ: «Cáritas a la luz de “La Iglesia y los pobres”», *Corintios XIII*, 72 (1994), 190s.

(42) *LG*, 8.

(43) *IP*, 10. En el mismo sentido se había pronunciado con anterioridad Juan Pablo II, al escribir en la Encíclica *Dives in misericordia* que la Iglesia vive una vida auténtica cuando profesa y proclama la misericordia (*DM*, 13; cf. *IP*, 11).

«Si en la comunidad cristiana [...] no se da la opción por los pobres, no sólo ha fallado el servicio, también ha sucedido lo mismo con la evangelización, que se habrá convertido en palabrería vacía, y con la liturgia, que se habrá convertido en “culto al culto” o en “culto al rito” como expresión de un egoísmo “pseudo religioso” o meramente “estético”. Se habrá venido abajo toda la acción evangélica de la comunidad cristiana. Así pues, el ministerio de la caridad verifica la autenticidad cristiana de la acción evangelizadora de la comunidad cristiana y de su misma liturgia» (44).

La opción preferencial por los pobres es una forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia (45). Ella nace de la fe en Dios Creador, que ama a todas sus criaturas, especialmente al hombre, del que cuida providentemente y al que entregó la tierra con todas sus riquezas, para que las disfrute y cultive como colaborador suyo (46). Frente a la actuación injustamente acaparadora del hombre, Dios no se desentiende. Ha manifestado, reiteradamente, su voluntad en orden a la solidaridad, dando normas y orientaciones muy claras que exigen fomentar actitudes de justicia, de solidaridad y de amor entre los hombres. Por medio de los profetas, tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento,

(44) R. ECHARREN YSTURIZ: «Cáritas a la luz de “La Iglesia y los pobres”», *Corintios XIII*, 72 (1994), 194; cfr.: P. ESCARTÍN CELAYA: «Opción preferencial por los pobres y acción pastoral en las Iglesias locales», *Corintios XIII*, 70 (1994), 115: «De tal modo el servicio condiciona a la evangelización y a la liturgia que, si falla aquél, no ha fallado sólo una (de las tres dimensiones pastorales básicas), sino las tres, puesto que la evangelización sin servicio se reduce a mera palabrería y la liturgia sin servicio se reduce a ritualismo»; L. GONZÁLEZ-CARVAJAL: *Con los pobres contra la pobreza*, Madrid, Paulinas, 1991, 187.

(45) SRS, 42.

(46) Cf. GS, 69; SRS, 39 y 42; CA, cap. IV; IP, 18-20.



sale diligentemente al paso de quienes conculcan su Alianza oprimiendo a los pobres, en defensa y ayuda de éstos.

Dios se ha empobrecido en Jesús (47). La misma *encarnación* del Verbo es, de manera radical y esencial, el empobrecimiento de Dios. Jesús, haciéndose hombre se ha hecho existencialmente pobre y ha manifestado un amor preferencial por los pobres y oprimidos (48), a los que ha constituido en su «quasi sacramento» (49).

La tradición evangélica es unánime al destacar que *el Señor era conducido por el Espíritu a liberar y evangelizar a los pobres* (50). De la misma manera el Espíritu conduce a la Iglesia a optar preferencialmente por los pobres. Como afirma Juan Pablo II, «recordando que Jesús vino a “evangelizar a los pobres” (Mt 11,5; Lc 7, 22), ¿cómo no subrayar más decididamente la *opción preferencial de la Iglesia por los pobres y marginados?*» (51). Y es que, en la medida en que la comunidad y cada uno de sus miembros acogen al Espíritu Santo, dejándose conducir por él, se sienten impulsados a continuar la obra de Jesús (52). La Iglesia es conducida por el mismo Espíritu que movió a Jesús, para que libere y evangelice a los pobres (53). Aún más, éste es el signo de que se deja conducir con docilidad por él.

La misión permanente y primordial de la Iglesia es ser Iglesia de los pobres (54), como Jesús, que fue radical y esencialmente pobre por su encarnación, y entregado principalmente a los pobres por su misión. Ante todo la *Iglesia ha de ser pobre*. Y esto de una manera concreta: en su cons-

(47) 2 Co 8,9.

(48) Cf. IP, 21s.

(49) Mt 25,31-46.

(50) Cf. Mt 4,1; Mc 1,12-13; Lc 4,1-13.

(51) TMA, 51.

(52) Cf. IP, 23-24.

(53) Cf. LG, 8.

(54) Cf. IP, 25-28.

titución social, sus costumbres y su organización, sus medios de vida y su ubicación ha de estar marcada preferentemente por el mundo de los pobres. Pero no basta con que la Iglesia sea pobre, tiene también que ser *para los pobres*, puesta fundamentalmente a su servicio: “su preocupación, su dedicación y su planificación [ha de estar...] orientada principalmente por su misión de servicio hacia los pobres» (55).

La situación de los empobrecidos se convierte *para la Iglesia en una exigencia que la impulsa, sin excusa posible, a comprometerse a trabajar en el mundo en favor de los pobres* (56). De la misma manera que las Sagradas Escrituras nos recuerda que Dios *escucha con gran misericordia el «grito de los pobres»* (57) y sale en su ayuda, la Iglesia tiene que estar atenta al clamor de los pobres para *ponerse en camino y salir a su encuentro*.

Así nos lo indica, con toda claridad, la parábola del Buen Samaritano: hay que *aproximarse* al necesitado para practicar con él la misericordia (58). La cuestión no es ¿quién es mi prójimo?, como pregunta el maestro de la ley a Jesús, queriendo justificarse, sino descubrir de quién he de hacerme prójimo; de ver quién está caído al borde del camino, clamando para que yo me aproxime y le socorra. Esto sólo será posible en la medida que mantengamos la capacidad de ver (59) y cultivemos la sensibilidad, de manera que la capacidad de estremecerse se mantenga viva y despierta, imposibilitando que el corazón se endurezca.

Los medios de la evangelización, la proclamación de la Palabra que hace inteligible y anuncia el Misterio presente en

(55) *IP*, 25.

(56) *Sínodo Extraordinario de los Obispos*, 1985, «Relación final», II B. a 2.

(57) Ex 3,7-9; cf. Sal 9,13; Is 61,1.

(58) Lc 10,29-37.

(59) Mt 13,13.



los signos sacramentales, en la experiencia de la amistad con Dios y en la práctica de la caridad, que desde los pobres ama a todo el mundo, tienen que estar presentes de una manera adecuada en todos y cada uno de los ámbitos desde los que se debe impulsar y realizar el presente Proyecto y Plan de Pastoral.

III. UNA URGENCIA PASTORAL: AFRONTAR LOS RETOS DE LA POBREZA Y DE LA EXCLUSIÓN

La situación forzada de tantos hombres, sometidos en diversos grados a una lacerante carencia de los bienes necesarios que les permitan llevar una vida digna y que les va excluyendo de nuestra sociedad es, para nosotros los creyentes, un «clamor» ante el que no podemos permanecer indiferentes. Sabemos que esa situación es degradante para la dignidad humana y, por ello, intolerable. No podemos quedarnos tranquilos y al margen, sin asumir un compromiso claro para contribuir a su erradicación.

Asistimos a un terrible espectáculo: La distancia entre el Tercer Mundo y los países del llamado Primer Mundo crece sin cesar (60). Por otro lado, tenemos entre nosotros el lla-

(60) Algunos datos tomados del Informe de la ONU de 1993, sobre la situación social del mundo, ponen de relieve la creciente brecha que se da entre los países del Norte y los, así llamados, del Sur. Las cifras absolutas dan escalofrío: 750 millones de pobres en el Tercer Mundo, de los cuales 550 millones en la miseria más extrema; 119 de cada mil niños mueren antes de los cinco años de edad. Una impresión que se acrecienta mucho más cuando percibimos el abismo que separa ambos mundos si comparamos sus rentas *per cápita*: mientras que la de Suiza alcanza los 32.680 dólares, Somalia sólo tiene 120 dólares, por no referirnos a las diferencias en el consumo, en la situación sanitaria, etc. (Cf. *IP*, 3-6).

mado Cuarto Mundo; esto es, la presencia de bolsas de pobreza dentro del mundo desarrollado, que son submundos de miseria y marginación. Limitándonos a nuestro país, es fácil darse cuenta de lo sangrante que es la realidad, especialmente en lo que a las posibilidades de trabajo y a la distribución de la renta se refiere. Mientras el país en su conjunto es cada vez más rico (la renta *per cápita* alcanzó los 11.020 dólares en 1990), aumenta al mismo tiempo el número de pobres. La pobreza «media» llega en España actualmente al 16% de los hogares y al 20% de la población, lo que supone de nuevo que viven en una situación de pobreza severa o relativa unos ocho millones de españoles.

Si miramos los datos publicados en el *V Informe FOESSA* (cuadro 9, 92), la distribución de la renta en nuestro país pone de relieve una grave situación de desequilibrio: Mientras que el 21,22% de la población, que representan el 17,37% de las familias, solamente perciben el 7,37% de la renta, lo que les sitúa por debajo de las 38.000 pesetas por persona, los que ganan más de 150.000 pesetas, distribuyéndose el 21% de la renta, son sólo el 7% de la población (10% de las familias). Cerca del 64% de la población (64,19%) se distribuye aproximadamente el 39% (38,95%) de la renta, lo que les sitúa por debajo de las 75.000 pesetas. El 13% de los pensionistas perciben ingresos que se sitúan por debajo de las 30.000 pesetas.

También en nuestro país, como en los demás países desarrollados, se está dando la llamada sociedad de los dos tercios, formada por los ricos y los trabajadores bien remunerados, de alta formación y elevadas posibilidades de promoción social, y los nuevos pobres, el tercio restante, condenados a una miserable supervivencia: parados sin subsidios, jubilados con rentas insuficientes, temporeros, modestos agricultores, braceros, además de los grupos de hombres y mujeres marginados, del creciente número de personas desarraigadas y sin hogar.



Problemas especialmente preocupantes son el de la creciente presencia de inmigrantes que, con grave riesgo de su vida, llegan hasta nosotros huyendo de la miseria y buscando unas condiciones de vida digna, y el del aumento de la drogadicción, con todas las secuelas, personales, familiares y sociales, que entraña.

Este panorama desolador no es mero fruto de la fatalidad. Se sustenta en ciertos mecanismos de la economía y del comercio internacionales, en estructuras injustas que funcionan de modo casi automático, haciendo más rígidas las situaciones de riqueza de unos y las de pobreza de otros (61). El problema de la pobreza es, por tanto, ético: un problema de injusticia, enquistado en nuestra sociedad y que abarca tanto el mundo de las relaciones internacionales como nuestra propia realidad diocesana (62). Los principales obstáculos para erradicar la pobreza ya nos son técnicos, sino políticos y éticos (63).

La situación enunciada requiere de la comunidad cristiana afrontar de una forma cada vez más decidida la lucha por la justicia. Una lucha que tiene como horizonte el que los pobres recuperen la palabra y se pueda reconstruir una sociedad no excluyente sino accesible. Un reto que pasa por la educación en la justicia y por una decidida coordinación en lo que hacemos, tanto para paliar las situaciones de quienes son víctimas de la pobreza como en la lucha por la transformación social. Esta lucha en favor de la justicia, tendrá que

(61) Cf. SRS, 16.

(62) Como afirma JUAN PABLO II, SRS, 16, la causa fundamental de tales desequilibrios se debe a la irresponsabilidad de las naciones más desarrolladas, a la existencia de unos mecanismos económicos, financieros y sociales que maniobrados por los países más desarrollados de modo directo o indirecto, favorecen a causa de su mismo funcionamiento los intereses de los que los maniobran, y que terminan por sofocar o condicionar las economías de los países menos desarrollados.

(63) Cf. SRS, 35, 37, 38, 41, 46.

revestirse a veces de denuncia profética, de palabra y gesto que salga al frente de las situaciones que conculquen gravemente los derechos de los hombres, en cercanía solidaria con quienes son las víctimas.

Afrontar el reto de la pobreza implica asumir la opción preferencial por los pobres, «forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia», como afirma Juan Pablo II (64). Pero esta opción no ha sido suficientemente asumida por la comunidad cristiana en su conjunto. De ahí que no haya suficiente participación de los cristianos en las diversas acciones caritativas y sociales. Éstas, más que como opciones eclesiales, aparecen como compromiso de algunos grupos o personas particulares, con una sensibilidad y devoción particular por esos asuntos. Por otro lado, falta cohesión entre las diferentes instituciones eclesiales consagradas a la acción caritativa y social, que tienden a actuar cada una por su cuenta y sin referencia a la Iglesia local, privándonos de esa manera del signo comunitario de la caridad y de la eficacia que requiere la lamentable situación de los más desfavorecidos. El reto es claro: Es necesario descubrir que la opción preferencial por los pobres es parte constitutiva de la experiencia cristiana y de su misión evangelizadora. Si la acción socio-caritativa forma *parte constitutiva* de la evangelización y si ésta no es misión de un grupo particular o aislado, sino de toda la comunidad, es clara y urgente la necesidad de una coordinación de todas las obras e iniciativas socio-caritativas que los distintos grupos y comunidades cristianas sostienen en la Iglesia diocesana. No es mera cuestión de eficacia, sino exigencia ineludible de la evangelización. Al mismo tiempo, esta dimensión debe estar integrada en toda la pastoral, impregnándola.

(64) SRS, 42.



En su lucha contra la pobreza que margina, el cristiano, cada cristiano y toda la comunidad, se siente llamado a configurarse con otra forma de pobreza, la del Señor Crucificado. Ella es fruto del seguimiento del Señor y comporta un estilo de vida: vivir con sencillez y sobriedad, compartir generosamente con los necesitados, no acumular riquezas que acaparan el corazón, trabajar para el propio sustento, confiando en la providencia de Dios Padre (65). Una pobreza que también tiene que alcanzarnos como comunidad: La Iglesia debe ser pobre de una manera concreta: «*en su constitución social, sus costumbres y su organización, sus medios de vida y su ubicación*», ha de estar «*marcada preferentemente por el mundo de los pobres*». Pero tiene que ser también para los pobres, puesta fundamentalmente a su servicio: «*su preocupación, su dedicación y su planificación [ha de estar] (...) orientada principalmente por su misión de servicio hacia los pobres*» (66).

(65) Cf. *IP*, 1 y 124.

(66) Cf. *IP*, 25-28.



ANUNCIAR

A JESUCRISTO, RETO

PARA LA IGLESIA HOY

ALFONSO FERNÁNDEZ-CASAMAYOR PALACIO

UN JUBILEO PARA LA EVANGELIZACIÓN

Próximo ya el fin del siglo y del milenio, la carta apostólica *Tertio Millennio Adveniente* (1), en la que Juan Pablo II nos ha convocado a preparar con profundidad y a celebrar con gozo el Gran Jubileo del año 2000, es también una llamada a *profundizar en la conciencia de la evangelización y en la urgencia de la misma*. El Papa nos propone la meta última del Jubileo y el hilo conductor de los años que preceden a su celebración con estas palabras:

«Todo deberá mirar el objetivo prioritario del Jubileo que es el *fortalecimiento de la fe y el testimonio de los cristianos*. Es necesario suscitar en cada fiel *un verdadero anhelo de santidad*, un fuerte deseo de conversión y de renovación personal en un clima de oración cada vez más intensa y de solidaridad acogida del prójimo, especialmente del más necesitado» (2).

(1) Para profundizar en esta carta apostólica puede verse: AMATO, A., et al.: *Tertio Millennio Adveniente. Comentario teológico-pastoral* (Salamanca, Sígueme, 1995). En adelante, TMA.

(2) TMA, 42; cf. *Evangelii Nuntiandi*, 21. En adelante EN.



La preparación del Jubileo es como un nuevo adviento que anticipa el júbilo con el que celebraremos el bimilenario del acontecimiento más importante de la historia humana: la *Encarnación del Hijo de Dios* que, asumiendo nuestra frágil condición, ha anunciado y traído la Salvación definitiva para la Humanidad. Él ha venido a nuestro mundo para que, acogéndolo con fe, tengamos vida y la tengamos en abundancia (Jn 10,10).

Para vivir, anunciar y transmitir la fe hemos de afrontar *cinco desafíos*: los retos que nos plantea la cultura actual, la superación de las incoherencias de nuestra vida cristiana, el profundizar en el rico contenido de la evangelización, el acrecentar la comunión en la Iglesia y el plantearnos una nueva formación de los evangelizadores.

LOS RETOS DE LA CULTURA ACTUAL

El pueblo español, en tantos aspectos postrado y oprimido, es portador de una rica herencia religiosa. Sin embargo, como todos los pueblos que forman parte de la cultura occidental, se encuentra sometido ahora a un cambio cultural, sin precedentes, de signo *secularista*. Esta situación paradójica interpela fuertemente nuestra conciencia cristiana y nos urge a responder a los nuevos desafíos que la cultura actual plantea a la fe y a la Iglesia.

En la sociedad occidental actual el fenómeno cristiano es considerado, no pocas veces, como algo anacrónico que debe ser superado o como algo pintoresco y curioso que deja indiferentes, en el aspecto religioso, a muchos de nuestros contemporáneos. Las numerosas y crecientes manifestaciones de religiosidad tradicional y popular, en cuyas raíces y expresiones está la savia cristiana y la religiosidad del pueblo, coexisten con la influencia secularizadora de la cultura, los valores y los estilos de vida hoy dominantes que son,

bajo un cierto aspecto, neopaganos y bajo otro, los de una sociedad que «está de vuelta» del cristianismo.

La gran mayoría de nuestro pueblo está compuesta por bautizados que se encuentran en una situación de fe poco madura. Sin una fe personalizada y adulta les resulta muy difícil afrontar los nuevos retos de nuestro tiempo. Una sociedad, sin duda, con numerosos valores positivos y estimulantes: La fuerte sensibilidad en favor de la dignidad y de los derechos de la persona; la afirmación de la libertad como cualidad inalienable del hombre y de su actividad y la estima de las libertades individuales y colectivas; la aspiración a la paz y la convicción cada vez más arraigada de la inutilidad y el horror de la guerra; el pluralismo y la tolerancia entendidas como respeto a las convicciones ajenas y no como imposición coactiva de las creencias o formas de comportamiento; la repulsa de las desigualdades en los derechos de las clases y naciones; la atención a los derechos de la mujer y el respeto a su dignidad, o la preocupación por los desequilibrios ecológicos (3).

Pero, junto a esos valores, la sociedad actual se caracteriza también por un creciente e incisivo *secularismo, relativismo, consumismo y hedonismo*. El hombre de hoy está también, de modo notable, falto de esperanza, sumido en el vacío, tentado por el evasiónismo, carcomido por la soledad ante el dolor y la muerte; víctima, en suma, de la quiebra de los valores morales que hoy padecemos.

Es el fenómeno denominado «cultura de la insolidaridad», e incluso, «cultura de la muerte» (4). El individualismo a ultranza comienza a caracterizar a amplios sectores que han optado por el hedonismo personal o colectivo, que conduce a afirmar que no existen valores que merezcan una

(3) Cf. *La verdad os hará libres*, 5; en adelante, VL.

(4) Cf. *Evangelium Vitae*, 12.; en adelante, EV.



adhesión incondicional y permanente. La aceptación acrítica de esta mentalidad entraña graves repercusiones para el bien del hombre y de la sociedad: el Dios verdadero es suplantado por los ídolos de realidades finitas y el hombre se instala en la finitud absolutizada; la jerarquía de valores es suplantada por el aturdimiento moral o, incluso por la amoralidad sistemática.

Bastantes bautizados viven ante el dilema de refugiarse en un modelo de religiosidad tradicional, cerrando filas frente a un mundo que perciben únicamente como adverso, o bien, de aceptar los valores, criterios y estilos de vida dominantes en esta sociedad, a costa de renunciar, en mayor o menor grado, a la fe y a la identidad cristiana. Muchos, especialmente jóvenes, están resolviendo el dilema por el segundo camino, proliferando así el *indiferentismo*, el *materialismo*, el *secularismo* y la *adhesión a las sectas* (5).

Por ello, nuestro pueblo necesita, más que nunca, de la presencia evangelizadora de la Iglesia, que convierta esa rica herencia religiosa en fermento de liberación y salvación integral. Nos damos cuenta de la imperiosa necesidad que tenemos de que el pueblo cristiano aprenda a discernir los valores y contravalores de la nueva cultura dominante y a saber aceptar aquéllos y rechazar éstos, siendo fieles a nuestra identidad eclesial.

Nos percatamos también de que para ello es urgente llevar adelante una *nueva acción evangelizadora* (6), coordinada

(5) La exhortación *Christifideles laici* parece referirse a nosotros cuando habla del desafío al que se enfrentan aquellos pueblos donde todavía se conservan muy vivas las tradiciones de piedad y de religiosidad popular cristiana, y nos dice que «este patrimonio moral y espiritual corre hoy el riesgo de ser desperdigado bajo el impacto de múltiples procesos, entre los que destacan la secularización y la difusión de las sectas» (ChL, 34).

(6) Cf. OBISPOS DEL SUR DE ESPAÑA: *Andalucía en el camino de la nueva evangelización*, Granada, 1995.

y eficaz, que responda a los retos de nuestro tiempo y a la situación religiosa de nuestro pueblo, y que ponga de manifiesto la fecundidad liberadora y salvadora de la fe cristiana para las personas, las familias, los diversos grupos humanos y la sociedad en su conjunto, y especialmente para los pobres.

SUPERAR LAS INCOHERENCIAS DE NUESTRA VIDA CRISTIANA

Hemos de reconocer con humildad que uno de los principales fallos históricos de nuestro catolicismo español ha sido el desconocimiento de las exigencias personales y, sobre todo, de las *implicaciones sociales de la fe cristiana*. Respecto a esta última dimensión, a pesar de las frecuentes llamadas que la Iglesia ha hecho a los católicos para una acción social y política coherente con el Evangelio, la realidad es que la fe cristiana no ha informado la vida de nuestra sociedad; por el contrario, estas llamadas han quedado, con demasiada frecuencia, paralizadas por los *moldes individualistas e insolidarios* en los que muchos creen todavía poder vivir el Evangelio, o por los intereses egoístas de los grupos económicos, políticos o ideológicos más poderosos e influyentes (7).

Esta contradicción de muchos entre la fe que se dice profesar y la vida personal y social en la que se prescinde del compromiso cristiano (separación fe-vida, fe-moral, fe-cultura), nos hace ver la urgencia de llevar adelante una nueva

(7) Las llamadas de la Iglesia, en este campo, están contenidas en el rico patrimonio de los documentos sociales de la Iglesia, que durante más de un siglo, desde León XIII hasta Juan Pablo II, han insistido en los principios, criterios y directrices que orienten la acción de los cristianos en la sociedad, en coherencia con nuestra fe.

evangelización de nuestra sociedad, que hasta hace poco se llamaba «cristiana».

Necesitamos cristianos de verdad. Cristianos que hayan acogido plenamente el don inefable del Evangelio y que a fuerza de ser coherentes con él, vivan y proclamen con total claridad las implicaciones morales, personales y sociales, de la fe. Sólo así podrá restablecerse la credibilidad del cristianismo ante aquellos sectores del pueblo andaluz que equivocadamente piensan que la Iglesia no ha asumido sus ansias de justicia, igualdad, libertad y solidaridad, y que desconfían de ella identificándola con los poderes de este mundo (8).

PROFUNDIZAR EN LA EVANGELIZACIÓN Y EN LA URGENCIA DE LA MISMA

La evangelización aparece ante la conciencia de muchos cristianos españoles como el gran objetivo pastoral del momento, cuando ya vamos a entrar en el tercer milenio del cristianismo. Esta toma de conciencia no responde únicamente a las características específicas de nuestra Iglesia, sino a un fenómeno más general: la conciencia que la Iglesia universal tiene de su misión evangelizadora y a la percepción más aguda de la urgencia de la misma.

Este fenómeno se está dando en muchos países y regiones. En el occidente desarrollado, tradicionalmente cristiano, la Iglesia se encuentra con el gran reto del secularismo. ¿Cómo hablar de Dios y de Jesucristo en un mundo en el que los hombres se están acostumbrando a vivir «como si Dios no existiera»? (9). En pueblos del Tercer

(8) A este respecto es iluminador el documento de los OBISPOS DEL SUR: «Algunas exigencias sociales de la fe cristiana», en *Documentos colectivos de los Obispos del Sur de España*, Madrid, BAC, 1989, 207-27.

(9) Cf. *Testigos del Dios Vivo*, en adelante, TDV.

Mundo, también de tradición cristiana, como los latinoamericanos, la evangelización tiende a subrayar la dimensión liberadora (10). En unos y otros cada vez se habla más de la necesidad de una nueva evangelización. Por lo demás, cae de su peso la importancia de la evangelización en aquellos pueblos donde todavía no ha penetrado la Iglesia, donde es condenada al silencio o es perseguida (11).

Por todas partes ha surgido la renovada conciencia de que la evangelización es el gran objetivo de la Iglesia de finales del siglo XX. Esta conciencia ha sido recogida, expresada e impulsada por el magisterio de la Iglesia, de un modo particularmente vivo desde la celebración del Concilio Vaticano II, que ha sido el gran don de Dios para nuestro tiempo (12).

Merece destacarse, en particular, la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi*, de Pablo VI, publicada en 1975, a los diez años de la clausura del Concilio Vaticano II. En ella se recoge esta conciencia evangelizadora de la Iglesia del postconcilio, se indica qué es evangelizar, se formula el contenido de la evangelización, el cómo llevar adelante la misma y la unidad e interacción que existe entre evangelización, opción preferencial por los pobres y compromiso por la justicia.

En lo que se refiere a España, el *Congreso de Evangelización y hombre de hoy*, celebrado en 1985 (13) es quizá uno de los momentos culminantes en esta toma de conciencia evangelizadora. De hecho, aquel acontecimiento se convirtió en una fuerte llamada a todas las Iglesias particulares españolas

(10) Cf. Los documentos de la Conferencia del Episcopado Latinoamericano, celebrada en Medellín, Puebla y Santo Domingo.

(11) Cf. *Redemptoris Missio*, en adelante, RM.

(12) Cf. TMA, 18.

(13) Cf. CONFERENCIA EPISCOPAL ESPAÑOLA (ed.): *Congreso de Evangelización y hombre de hoy*, Madrid, EDICE, 1985.



para aunar esfuerzos en favor de la nueva evangelización de nuestro país (14).

Gracias a Dios está creciendo en todos la convicción de que la gran meta de nuestro tiempo es lograr que el Mensaje de Jesucristo llegue a los hombres y mujeres de nuestro tiempo y, de que ésta es nuestra tarea más decisiva, urgente e inaplazable. San Pablo exclamaba: «¡Ay de mí si no evangelizara!» (I Cor 9,16), y Pablo VI formuló bellamente esta urgencia apostólica para la Iglesia: «Ella existe para evangelizar... [...]» Evangelizar constituye, en efecto, la dicha y vocación propia de la Iglesia, su identidad más profunda (15). Evangelizar es la vocación de la Iglesia.

Con la expresión «nueva evangelización» se designa un proyecto importante para la vida de la Iglesia del siglo XXI. Más aún, un proyecto absolutamente necesario, ya que en él se juega no sólo la eficacia de la acción pastoral, sino la misma identidad de la Iglesia. Por eso una Iglesia, activa y corresponsable, no puede sustraerse a lo que esta llamada comporta. Afrontando este quehacer, con ilusión y apertura al Espíritu, es como mejor podemos cooperar también a «la preparación de la nueva primavera cristiana que deberá manifestar el Gran Jubileo, si los cristianos son dóciles a la acción del Espíritu Santo» (16).

(14) Esta urgencia evangelizadora de la Iglesia española se ha expresado de un modo particularmente claro en los planes pastorales de la Conferencia Episcopal, y en bastantes documentos colectivos del Episcopado, entre los que destacan: *Testigos del Dios Vivo (TDV)*, *Católicos en la Vida Pública (CVP)*, *Dejáos reconciliar con Dios. Instrucción pastoral sobre el sacramento de la Penitencia (DRD)*, *La verdad os hará libres (VL)*, *Cristianos Laicos, Iglesia en el Mundo (CLIM)*, *El sentido evangelizador del domingo y de las fiestas (SEDM)*, *La Iglesia y los Pobres (IP)*, *Moral y Sociedad Democrática (MS)*. Actualmente se prepara para septiembre la celebración del Congreso sobre «Pastoral Evangelizadora».

(15) EN, 14.

(16) TMA, 18.

La preparación y celebración del Jubileo del año 2000 va, por tanto, íntimamente unida a la gran empresa de la *nueva evangelización* que Juan Pablo II ha subrayado en tantas ocasiones:

«En los umbrales del tercer milenio, toda la Iglesia, Pastores y fieles, han de sentir con más fuerza su responsabilidad de obedecer al mandato de Cristo: “Id por todo el mundo y proclamad la Buena Nueva a toda la creación” (Mc 16,15), renovando su empuje misionero. Una grande, comprometedora y magnífica empresa ha sido confiada a la Iglesia: la de una nueva evangelización, de la que el mundo actual tiene una gran necesidad» (17).

La nueva evangelización es más una intuición, una inspiración y una llamada profética, que un proyecto definido y acabado. La razón que motiva y que hace necesaria y urgente esta nueva evangelización es clara:

«Países enteros y naciones, en los que en un tiempo la religión y la vida cristiana fueron florecientes y capaces de dar origen a comunidades de fe viva y operativa, están ahora sometidos a dura prueba e incluso algunos son radicalmente transformados por el continuo difundirse *del indiferentismo, del secularismo y el ateísmo*. Se trata, en concreto, de países y naciones del llamado primer mundo, en el que el bienestar económico y el consumismo —si bien entremezclado con espantosas situaciones de pobreza y miseria— inspiran y sostienen una existencia vivida “*como si no hubiera Dios*”» (18).

Prioridad de autoevangelización

Hemos de convencernos de que la nueva evangelización empieza por ser, antes que nada, autoevangelización: «La

(17) ChL, 64.

(18) ChL, 34.



evangelización de los no creyentes presupone la *autoevangelización de los bautizados, y también de los mismos diáconos, presbíteros y obispos* (19).

Esta autoevangelización se traduce en un auténtico movimiento de profunda renovación espiritual en las personas, las comunidades cristianas y los movimientos y asociaciones apostólicas, como nos dice bellamente Pablo VI:

«El mundo exige a los evangelizadores que le hablen de un Dios, a quien ellos mismos conocen y tratan familiarmente, como si estuvieran viendo al Invisible. El mundo exige y espera de nosotros sencillez de vida, espíritu de oración, caridad para con todos, especialmente para los pequeños y los pobres, obediencia y humildad, despego de sí mismo y renuncia. Sin esta marca de santidad, nuestra palabra difícilmente abrirá brecha en el corazón de los hombres de este tiempo. Corre el riesgo de hacerse vacía e infecunda» (20).

La misión es la que llena de sentido el ser y el quehacer de la Iglesia. La evangelización concentra y despliega toda la misión de la Iglesia, cuyo caminar en la historia avanza, movido el mandato de Jesucristo, «Id por todo el mundo y proclamad la buena nueva a toda la creación» (Mc 16,15), y sostenido por su presencia: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo» (Mt 28,20). El fin de este envío es la salvación y la vida eterna: «Que te conozcan a Ti, el único Dios verdadero, y al que Tú has enviado, Jesucristo» (Jn 17,3). Por eso, anhelamos vivamente que nuestra Iglesia sea una gran comunidad de comunidades evangelizadas y evangelizadoras.

(19) *El Vaticano II don de Dios. Los documentos del Sínodo Extraordinario de 1985*, Madrid, PPC, 1986, 76.

(20) EN, 76.

La evangelización anuncia un acontecimiento insólito

Nos dice la carta *Terto Millennio Adveniente* que en la Encarnación «es Dios mismo quien habla en su Verbo eterno hecho carne a los hombres», y que por ello «encontramos aquí el punto esencial por el que el cristianismo se diferencia de las otras religiones, en las que desde el principio se ha expresado la búsqueda de Dios por parte del hombre. *El cristianismo comienza con la encarnación del Verbo. Aquí no es sólo el hombre quien busca a Dios, sino que es Dios quien viene en persona a hablar de sí al hombre y a mostrarle el camino por el cual es posible alcanzarlo*» (21).

Que transforma a la Humanidad «desde dentro»

La evangelización anuncia y realiza una transformación de la Humanidad desde dentro, que Dios opera en nosotros y con nosotros. El Espíritu crea un hombre, una sociedad y una creación nuevas para que sean gloria de Dios y felicidad del hombre. Y decimos que esta transformación es «desde dentro», porque tiene su fuente y origen permanente en la encarnación del Hijo de Dios.

Los hombres y los pueblos, y especialmente los pobres, han tenido frecuentemente como ideal la construcción de una sociedad nueva, libre, igualitaria y fraterna, una sociedad en comunión. El ideal cristiano, que se proclama, se celebra y realiza en la Evangelización, es justamente lograr un mundo nuevo que viva en comunión fraterna bajo la mirada de Dios. Un mundo nuevo que, de algún modo, debe irse realizando ya en la historia, alcanzándose, toda su plenitud y de-

(21) TMA, 6.



finitividad más allá del tiempo, en la vida divina y eterna a la que todos estamos destinados.

Esta es la radical novedad del cristianismo: «Que Cristo hace nuevas todas las cosas» (Ap 21,5). De ahí que, por mucho que avance la ciencia y los regímenes políticos o que aparezcan nuevas filosofías, utopías y culturas, el cristianismo será siempre «lo nuevo», ya que por ser la Palabra del Señor, siempre tiene un carácter de permanente novedad.

Y transforma al hombre y a la cultura

La fe que suscita la Palabra de Dios escuchada y acogida, que es la meta de la evangelización, nos lleva a hacer nuestro un *nuevo* modo de ser, de vivir, de pensar, de sentir y de actuar, que al encontrarse con la cultura en la que estamos inmersos la transforma, la purifica, la eleva y la dinamiza. Por eso, no hay transformación del hombre, ni de la sociedad, ni de la historia sin transformación de la cultura. No hay evangelización sin que sea evangelización de la cultura (o de las culturas) en las que las personas, las familias y los grupos humanos viven inmersos. Evangelizar hoy es superar la ruptura entre Evangelio y cultura. Pablo VI nos recuerda que dicha ruptura es, sin lugar a dudas, «el drama de nuestro tiempo» (22).

La evangelización es también una transformación de la cultura y una fuente de nueva cultura. La cultura puede ser entendida de dos maneras: la *cultura-saberes*, es decir, el conjunto de conocimientos que hemos adquirido hasta hoy, y la *cultura-forma de vida*, esto es, el modo como la persona vive y transforma el medio en que se desarrolla, los valores que orientan su vida y su acción, los criterios y pautas de com-

(22) EN, 20.

portamiento, etc. Este segundo sentido de la palabra cultura es lo que hace que dos pueblos con un semejante nivel de conocimientos sean, sin embargo, muy diferentes entre sí en su talante, forma de vida, modo de reaccionar ante los acontecimientos, etc.

Lo hace testigo de la salvación

La evangelización supone la proclamación del Evangelio, pero éste debe ser proclamado, en primer lugar, mediante el testimonio. Cuando el testimonio cristiano (en mayor o menor grado) no existe, la proclamación verbal del Evangelio queda vaciada de su fuerza. En ese caso, lo que de hecho se dice es que la Buena Nueva —por desgracia— no se realiza ni en los que predicán (cf. Mt 23). La ausencia de testimonios vivos, personales y comunitarios, oscurece la acción salvadora de Dios en la historia y niega la evangelización. Por el contrario, el testimonio (que es vivir, o al menos querer vivir, lo que se proclama y anuncia) está ya diciendo, por sí mismo, que el Evangelio es en verdad una fuerza transformadora. El testimonio evangélico para que sea tal, exige «presencias participación y solidaridad (23), y a él están llamados todos los cristianos de cualquier condición o estado de vida.

Y mensajero del Evangelio

Pero, no basta el testimonio. Se necesita el anuncio explícito: el «dar razón de nuestra esperanza» (1 Pe 3,15), el proclamar la fe en el Señor Jesús. Por eso, «no hay evangelización verdadera mientras no se anuncia el nombre, la doc-

(23) EN, 21.



trina, la vida, las promesas, el Reino, el misterio de Jesús de Nazaret, el Hijo de Dios» (24). Este anuncio explícito, expresa la fidelidad al seguimiento de Jesús cuya misión resumía bellamente Pablo VI, de esta forma: «Proclamar de ciudad en ciudad, sobre todo a los más pobres, con frecuencia los más dispuestos, el gozoso anuncio del cumplimiento de las promesas y de la Alianza propuesta por Dios, tal es la misión para la que Jesucristo se declara enviado por el Padre; todos los aspectos de su ministerio, la propia encarnación, los milagros, las enseñanzas, la convocación de los discípulos, el envío de los Doce, la cruz y la resurrección, la continuidad de su presencia en medio de los suyos forman parte de su actividad evangelizadora» (25).

En todo su rico contenido

No se puede explicar aquí detenidamente el rico contenido de la evangelización, pues se alargaría excesivamente el texto. Pero es necesario recordar algunos aspectos esenciales de la misma, de manera que aparezca con claridad que se debe entender la evangelización no desde una u otra visión particular, sino abarcando todo el contenido que ella implica según la fe de la Iglesia. A este respecto conviene leer detenidamente el capítulo tercero de la *Evangelii Nuntiandi* (26). Sencillamente destacamos los siguientes aspectos:

Cuyo centro es Jesucristo, Hijo de Dios

La base, el centro y el culmen de su dinamismo es la proclamación de que en Jesucristo, Hijo de Dios hecho

(24) EN, 22.

(25) EN, 6.

(26) EN, 25-39.

hombre, muerto y resucitado, ofrece la salvación a todos los hombres, como don de la gracia y misericordia de Dios. Salvación integral y trascendente, que comienza en esta vida pero que tiene su cumplimiento en la eternidad (27).

Que nos invita a la adhesión personal y comunitaria

El anuncio del Evangelio no adquiere toda su dimensión más que cuando es escuchado, aceptado, asimilado y cuando hace nacer en quien lo ha recibido una adhesión del corazón. Adhesión a las verdades que el señor ha revelado, pero aún más, adhesión al programa de vida que Él propone, y que lleva a la adhesión a la comunidad que es en sí misma signo de la transformación, signo de la novedad de vida: la Iglesia, sacramento visible de la salvación (28).

Que implica la conversión personal y cambio social

Ya antes nos hemos referido a la prioridad de la auto-evangelización, esto es, a la conversión personal, que no sólo no se opone a la necesidad y a la urgencia de edificar estructuras más humanas y justas, sino que es la única posibilidad de edificarlas de verdad (29).

Que anuncia la salvación eterna

La evangelización que es el anuncio y testimonio del amor de Dios en Cristo por el Espíritu, implica simultánea-

(27) EN, 27.

(28) EN, 23.

(29) EN, 35.



mente el anuncio y testimonio de la salvación eterna (dimensión trascendente) y anuncio como presencia actual de ese Amor y de esa salvación (dimensión histórica). En definitiva, es el anuncio y testimonio de la Paternidad de Dios y de la fraternidad humana en Dios (30), es decir, del Reino de Dios.

El anuncio profético del más allá, de la vida divina y eterna, vocación profunda y definitiva del hombre, en cierta continuidad con la situación presente, pero que la supera y trasciende totalmente (31), y que pasa necesariamente por ella. La predicación de la esperanza en las promesas hechas por Dios mediante la Nueva Alianza en Cristo; la búsqueda apasionada del mismo Dios, en la oración, en el encuentro con la Iglesia y con los pobres; el compromiso con los valores del reino, la predicación del misterio del mal y la denuncia profética de su presencia en nuestra historia, en las múltiples formas de injusticias y pecados, personales y sociales, que lo hacen presente (32).

Que comienza aquí en la vida personal y social

La interpelación recíproca que se establece entre el Evangelio y la vida personal y social, forma parte del contenido de la evangelización, e implica un mensaje explícito sobre los derechos y deberes de la persona, la vida familiar y social, la vida nacional e internacional, la paz, la justicia, el desarrollo; un mensaje, especialmente importante en nuestros días, sobre la liberación (33). Con palabras de Pablo VI:

(30) EN, 26.

(31) Cf. COMISIÓN EPISCOPAL PARA LA DOCTRINA DE LA FE: *Esperamos la resurrección y la vida eterna*, Madrid, EDICE, 1995.

(32) EN, 28.

(33) EN, 29.

«La Iglesia tiene el deber de *anunciar la liberación de millones de seres humanos*, entre los cuales hay muchos hijos suyos; el deber de que nazca esta liberación, de dar testimonio de la misma, de hacer que sea total. *Todo esto no es extraño a la evangelización*» (34).

Que implica la liberación humana plena

La liberación humana en todos los planos (económico, social, político, cultural y religioso) es *parte integrante de la evangelización*. Pero hemos de evitar los reduccionismos y ambigüedades que no hacen justicia a la finalidad específicamente religiosa de la evangelización, el Reino de Dios en su pleno sentido teológico (35), y a la concepción evangélica de la persona humana (36).

Por eso la Iglesia *asocia pero no identifica liberación humana y salvación cristiana*, porque sabe que no toda noción de liberación es necesariamente coherente y compatible con una visión evangélica del hombre, de la historia, de las cosas y de los acontecimientos (37).

DESDE LA VIVENCIA DE LA IGLESIA COMO MISTERIO, COMUNIÓN Y MISIÓN

La autoconciencia que la Iglesia, Pueblo de Dios, tiene hoy de sí misma se resume sintéticamente en la conocida trilogía: *Misterio, Comunión y Misión*. Esta triple dimensión de la Iglesia es el fruto maduro de la recepción del Concilio Va-

(34) EN, 30.

(35) EN, 31-32.

(36) EN, 33.

(37) EN, 35.



ticano II, y está magníficamente expresada en los Sínodos celebrados a partir del extraordinario de 1985. Esta visión eclesiológica, que según la *Tertio Millenio Adveniente* es superadora de reduccionismos «democraticistas» y «sociologistas» que no reflejan la visión católica de la Iglesia y el auténtico espíritu del Vaticano II (38), es el punto de partida ineludible y luminoso para vivir la comunión eclesial.

La Iglesia es *misterio* porque el amor y la vida del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo son el don absolutamente gratuito que se ofrece a cuantos han nacido del agua y del Espíritu (cf. Jn 3,5), y por ello son llamados a revivir la *comunión* misma de Dios y a manifestarla y comunicarla en la historia mediante la *misión*.

En el misterio de la Iglesia, como misterio de comunión trinitaria en tensión misionera, es en *donde se manifiesta toda identidad cristiana*, y por tanto la identidad de los laicos, de los presbíteros y de los religiosos, que según el Vaticano II (39) constituyen la Iglesia, como comunión orgánica (40). Por la participación en la función regia, sacerdotal y profética, que otorga el bautismo, se da entre todos los fieles una verdadera igualdad en la dignidad del ser cristiano. Y también en su *actuar*, ya que todos, llamados a la santidad, cooperan en la edificación del Cuerpo de Cristo y participan en la misión que Dios ha confiado a su Iglesia.

En la unidad de la vida cristiana las distintas vocaciones son como rayos de la única luz de Cristo, que «resplandece sobre el rostro de la Iglesia» (41). Según la exhortación apostólica *Vita consecrata* cada una de las vocaciones cristianas reflejan a Cristo de un modo particular:

(38) Cf. TMA, 36.

(39) Cf. LG, 12, 13 y 31.

(40) Cf. ChL, 20-21; *Vita Consecrata*, 31, en adelante, VC.

(41) Cf. LG, 1.

«Los *laicos*, en virtud del carácter secular de su vocación, reflejan el misterio del Verbo Encarnado en cuanto Alfa y Omega del mundo, fundamento y medida del valor de todas las cosas creadas.»

«Los *ministros sagrados*, por su parte, son imágenes vivas de Cristo cabeza y pastor, que guía a su pueblo en el tiempo del “ya pero todavía no”, a la espera de su venida en gloria.»

«A la *vida consagrada* se confía la misión de señalar al Hijo de Dios hecho hombre como la meta escatológica a la que todo tiende, el resplandor ante el cual cualquier otra luz languidece, la infinita belleza que, sola, puede satisfacer totalmente el corazón humano» (42).

Y nos sigue diciendo esta exhortación que las «vocaciones a la vida laical, al ministerio ordenado y a la vida consagrada se pueden considerar paradigmáticas, dado que todas las vocaciones particulares, bajo uno u otro aspecto, se refieren o se reconducen a ellas, consideradas separadamente o en conjunto, según la riqueza del don de Dios» (43). Estas tres vocaciones están llamadas a complementarse en la común tarea evangelizadora.

Los laicos

A partir de esta trilogía misterio-comunión-misión, *Christifideles laici* nos habla sucesivamente de *la dignidad de los fieles laicos en la Iglesia-Misterio* (44), de la participación de los fieles laicos en la Iglesia-Comunión (45) y de *la corresponsabilidad de los fieles laicos en la Iglesia-Misión* (46). Sólo dentro

(42) VC, 16; cf. VC, 31-32.

(43) VC, 31.

(44) Cap. I.

(45) Cap. II.

(46) Cap. III.



de la Iglesia como Misterio de Comunión se revela la «identidad» de los laicos y su original dignidad. Y sólo dentro de esta dignidad se pueden definir su vocación y misión en la Iglesia y en el mundo.

Todos sabemos que al responder a la pregunta ¿quiénes son los laicos?, el Concilio Vaticano II se abrió a una visión de los laicos decididamente positiva. Afirmó su plena pertenencia a la Iglesia y a su Misterio y el carácter peculiar de su vocación. «Con el nombre de laicos —así los describe la Constitución *Lumen gentium*— se designan aquí todos los fieles cristianos a excepción de los miembros del orden sagrado y los del estado religioso sancionado por la Iglesia; es decir, los fieles que, en cuanto incorporados a Cristo por el Bautismo, integrados al Pueblo de Dios y hechos partícipes a su modo del oficio sacerdotal, profético y real de Cristo, ejercen en la Iglesia y en el mundo la misión de todo el pueblo cristiano en la parte que a ellos les corresponde» (47).

No es exagerado decir que toda la existencia del fiel laico tiene como objetivo el llevarlo a conocer la radical *novedad cristiana que deriva del Bautismo*, sacramento de la fe, con el fin de que pueda vivir sus compromisos bautismales según la *vocación* que ha recibido de Dios.

Para describir al laico la exhortación *Christifideles laici* considera que la novedad cristiana se caracteriza principalmente por los siguientes aspectos fundamentales: el Bautismo regenera al cristiano a la vida de los hijos de Dios; lo une a Jesucristo y a su Cuerpo que es la Iglesia; lo unge en el Espíritu Santo constituyéndolo en templo espiritual y lo hace partícipe, según el modo que les es propio, en el triple oficio —sacerdotal, profético y real— de Jesucristo. En razón de la común dignidad bautismal, el fiel laico es responsable, junto con los ministros ordenados y con los religiosos y las religiosas, de la misión de la Iglesia.

(47) ChL, 9; Cf. LG, 31.

Pero la común dignidad bautismal asume en el fiel laico una modalidad que lo distingue, sin separarlo, del presbítero, del religioso y de la religiosa. El Concilio Vaticano II ha señalado esta modalidad en la *índole secular*: el carácter secular es propio y peculiar de los laicos. En efecto, los laicos, «son llamados por Dios para contribuir, desde dentro a modo de fermento, a la santificación del mundo mediante el ejercicio de sus propias tareas, guiados por el espíritu evangélico, y así manifiestan a Cristo ante los demás, principalmente con el testimonio de su vida y con el fulgor de su fe, esperanza y caridad» (48).

De este modo, el ser y el actuar en el mundo son para los laicos no sólo una realidad antropológica y sociológica, sino también, y específicamente, una realidad teológica y eclesial. En efecto, Dios les manifiesta su designio en su situación intramundana, y les comunica la particular vocación de buscar el Reino de Dios tratando las realidades temporales y ordenándolas según Dios.

La presencia evangelizadora en el mundo, sin dejar de ser de algún modo tarea de todos, es el *quehacer más específico de los seglares*, que hoy se encuentran con el gran reto de la presencia cristiana en los ambientes. Paradójicamente, en el período postconciliar, mientras ha crecido notablemente la participación de los laicos en la vida de la Iglesia (49), se ha dado un repliegue de su vigor apostólico y de

(48) ChL, 15.

(49) No cabe duda que existen un conjunto de hechos que ponen de manifiesto la creciente participación del seglar en la vida y en la misión de la Iglesia: *la catequesis* que es, con gran diferencia sobre otras, la actividad eclesial en la que un mayor número de seglares, especialmente mujeres, participan de un modo consciente y organizado; *las clases de religión*, tanto en lo que se refiere al profesorado cristiano seglar como al interés de los padres por las mismas; *la participación en la liturgia* y especialmente la animación de la celebración a través de diversos servicios: cantos, lecturas, moniciones, etc.; *la incorporación a Pequeñas Comunida-*

su presencia en la vida social y pública. Este es el reto al que principalmente debemos responder: la participación activa de los seglares en la vida y, sobre todo, en la misión evangelizadora de la Iglesia (50).

Precisamente en unos momentos en los que se ha desarrollado con fuerza una cultura extracristiana y unas formas de vida personales, familiares, sociales y políticas no configuradas por el Evangelio. Cuando hoy esta cultura debilita la fe de los creyentes, fomenta la indiferencia religiosa, el materialismo, el relativismo y el hedonismo, cuando más se necesita la acción evangelizadora de toda la Iglesia, hemos asistido, casi sin darnos cuenta, a un repliegue del vigor apostólico del laicado (51). Urge, pues, la formación del laicado para una presencia evangélica en la vida social, especialmente en

des Cristianas de diversa orientación y talante pastoral; la actividad caritativa y asistencial en la que participa también un apreciable número de laicos cristianos; los Consejos de Pastoral, a pesar de su carácter todavía embrionario; los grupos y movimientos de espiritualidad, oración y formación; el interés creciente de los seglares por cursar estudios teológicos, el resurgir de los movimientos y asociaciones laicales, etc.

(50) CLIM, 43: «La participación de todos los laicos en la misión evangelizadora de la Iglesia es hoy especialmente urgente. Es, incluso, más necesaria que nunca, la autonomía de nuestra sociedad crecientemente secularizada; la separación, pretendidamente justificada, entre la fe y la vida diaria, pública y privada; la tentación de reducir la fe a la esfera de lo privado; la crisis de valores; pero también la búsqueda de verdad y sentido, las más nobles aspiraciones de justicia, solidaridad, paz, reconocimiento efectivo de los derechos reconocidos y conculcados, la defensa de la naturaleza, son otros tantos desafíos que urgen a los católicos a impulsar una nueva evangelización, a contribuir a promover una nueva cultura y civilización de la vida y verdad, de la justicia y la paz, de la solidaridad y el amor.»

(51) ChL, 2, denuncia como peligro y como tentación del camino postconciliar de los fieles laicos «la tentación de reservar un interés tan marcado por los servicios y las tareas eclesiales, de tal modo que frecuentemente se ha llegado a una práctica dejación de sus responsabilidades específicas en el mundo profesional, social, económico, cultural y político».

el campo de la familia, de la cultura del trabajo, la política, los medios de comunicación, etc.

El repliegue al que nos hemos referido va ligado al olvido y dejación del estudio, la profundización y la práctica de las *Enseñanzas Sociales de la Iglesia* por parte de sacerdotes y laicos (52). Necesitamos relanzar el estudio y la aplicación práctica de la Doctrina Social, que es parte esencial de la misión evangelizadora de la Iglesia y ella misma es instrumento de evangelización (53). En la actual situación de nuestra Iglesia, necesitamos con urgencia de un laicado bien formado capaz de responder al reto de la nueva evangelización.

El Concilio Vaticano II, la Exhortación *Christifideles Laici* y el documento de la Conferencia Episcopal Española *Los Cristianos Laicos, Iglesia en el Mundo* nos urgen con fuerza a plantearnos una nueva promoción del laicado en España (54), y, particularmente, de la Acción Católica (55), según ha reiterado Juan Pablo II en diversas ocasiones (56).

(52) Cf. *CLIM*, 52: «La fe que profesamos no es algo privado, sino que es constitutiva y esencialmente pública, y por consiguiente tiene implicaciones políticas, tal como lo han desarrollado los documentos de la Conferencia Episcopal Española *Testigos del Dios vivo* (1985) y *Católicos en la vida pública* (1986); *CLIM*, 66: *la participación de los cristianos en la vida pública hace imprescindible fomentar la formación político-social de todos los católicos en conformidad con la doctrina social de la Iglesia.*»

(53) La Doctrina Social de la Iglesia «forma parte de la misión evangelizadora de la Iglesia» (*SRS*, 41) y «tiene de por sí el valor de un instrumento de evangelización» (*CA*, 54).

(54) «La formación de los laicos es una prioridad de máxima urgencia para toda la Iglesia. Y no sólo un interés único de ellos solos» (*CLIM*, 70).

(55) *AA*, 20; *ChL*, 31, y *CLIM*, 95.

(56) JUAN PABLO II: «Discurso a los consiliarios centrales, regionales y diocesanos de la Acción Católica italiana el 20-10-95», *Ecclesia*, 2764, 1995, 35: «Reitero, al respecto, la invitación a acoger y a apoyar en las comunidades parroquiales la experiencia asociativa de la Acción Católica, particularmente recomendada por el Concilio Vaticano II» (Cf. Apos-



Los presbíteros

Pastores dabo vobis nos presenta la identidad presbiteral a partir de la Iglesia, como misterio, comunión y misión: «La identidad sacerdotal —han afirmado los Padres sinodales—, como toda identidad cristiana, tiene su fuente en la Santísima Trinidad, que se revela y se autocomunica a los hombres en Cristo, constituyendo en Él y por medio del Espíritu la Iglesia como el germen y el principio de ese Reino» (57).

Los presbíteros, por la Unción del Espíritu Santo y la imposición de las manos, quedan marcados con un carácter especial que los constituye en sacramento de Cristo Pastor y Cabeza de la Iglesia. Así pueden actuar en nombre y en la persona de Cristo (58), desde su ministerio específico, esencialmente distinto del sacerdocio común de los fieles (59): el ministerio presbiteral.

En efecto, el presbítero, en virtud de la consagración que recibe con el sacramento del Orden, es enviado por el Padre, por medio de Jesucristo, con el cual, como Cabeza y Pastor de su pueblo, se configura de *un modo especial* para vivir y actuar con la fuerza del Espíritu Santo al servicio de la Iglesia y por la salvación del mundo. Este modo especial de configurarse con Cristo consiste en que el presbítero, que ya participa del sacerdocio común o existencial por el

tolicam Actuositatem, 20; *Christus Dominus*, 17). Catalogada entre los «diversos ministerios» que «suscitados en el ámbito mismo de los fieles por una llamada divina», son «necesarios» para «la implantación de la Iglesia y el desarrollo de la comunidad cristiana» (*Ad gentes*, 15). La Acción Católica garantiza al párroco una «directa colaboración» (*Apostolicam Actuositatem*, 20) y pretende ayudar «al incremento de toda la comunidad cristiana y a la animación evangélica de todos los ambientes de vida, con fidelidad y dinamismo» (*ChL*, 31).

(57) *Pastores dabo vobis*, 12; en adelante, PDV.

(58) Cf. *Prebiterorum Ordinis*, 2; en adelante, PO.

(59) Cf. LG, 10.

Bautismo, ahora participa del sacerdocio de Cristo como mediador, para ser signo e instrumento de Él, haciéndolo visible como Cabeza y Pastor, como Siervo y Esposo de su Iglesia (60). Por ello el sacerdocio ministerial está al servicio del sacerdocio común de todos los cristianos.

Unidos al obispo como «cooperadores necesarios», hermanos y amigos, y unidos entre sí en íntima fraternidad sacramental, forman con él un Presbiterio dedicado a diversas tareas pastorales en la Diócesis a cuyo servicio se consagran (61). Los sacerdotes, pues, prestan un servicio insustituible al Pueblo de Dios en una Iglesia toda ella evangelizadora y misionera (62). Aunque ejercen el ministerio de padre y maestro en el Pueblo de Dios, son también hermanos de todos los fieles, y con ellos, discípulos del Señor (63). No sólo han de reconocer y estimar la dignidad propia de los laicos (64) sino también la misión y ministerios que éstos desempeñan en la Iglesia (65).

Se puede entender así el aspecto esencialmente relacional de la identidad del presbítero. Mediante el sacerdocio ministerial, que nace de la profundidad del inefable misterio de Dios, o sea, del amor del Padre, de la gracia de Jesucristo y del don de la unidad del Espíritu Santo, el presbítero está inserto sacramentalmente en la comunión con el Obispo y con los otros presbíteros, para servir al Pueblo de Dios que es la Iglesia y atraer a todos a Cristo, según la oración del Señor: «Padre Santo, cuida en tu nombre a los que me has dado, para que sean uno como nosotros... Como Tú, Padre, en mí y yo en ti, que ellos también sean uno en nosotros,

(60) Cf. *LG*, 10.

(61) Cf. *PO*, 8.

(62) Cf. *Ad Gentes*, 5; en adelante, *AG*.

(63) Cf. *PO*, 9.

(64) Cf. *LG*, 28.

(65) Cf. *PO*, 9.



para que el mundo crea que tú me has enviado» (Jn 17,11-21).

Los sacerdotes, como todos los fieles cristianos, reciben por el Bautismo la vocación a la santidad. Junto con la llamada de Dios para la misión y el ministerio presbiteral reciben también, por el sacramento del Orden, la vocación a la santidad de vida en un modo concreto de seguimiento al Señor (66). Este modo concreto y específico de vivir la fe en Cristo en el ejercicio del ministerio presbiteral es lo que se llama «espiritualidad sacerdotal». Los presbíteros encuentran la fuente y la exigencia de su santificación personal en el ejercicio de su ministerio específico y en la relación con Cristo Sacerdote, en la particular vinculación eclesial con el Obispo, el Presbiterio y la comunidad cristiana y en su misión en el mundo (67).

Los religiosos

Igualmente es a partir de esta trilogía como la exhortación *Vita Consecrata* nos presenta la identidad de la vida religiosa. Esta reciente exhortación sitúa a la vida consagrada dentro de la trilogía misterio, comunión y misión, en cada uno de los tres capítulos de que consta (68). En la vida religiosa o vida consagrada, no se trata sólo de seguir a Cristo con todo el corazón, amándolo «más que al padre o a la madre, más que al hijo o a la hija» (cf. Mt 10,37), sino de vivirlo y expresarlo con la «adhesión conformadora con Cristo de

(66) Cf. PO, 12.

(67) Cf. LG, 28.

(68) Cap. I: *Confessio Trinitatis. En las fuentes cristológico-trinitarias de la vida consagrada*; cap. II: *Signum fraternitatis. La vida consagrada signo de la comunión en la Iglesia*, y cap. III: *Servitium Caritatis: La vida consagrada epifanía del amor de Dios en mundo*.

toda la existencia, en una tensión global que anticipa, en la medida posible en el tiempo y según los diversos carismas, la perfección escatológica» (69).

Mediante la profesión de los consejos evangélicos, el religioso no sólo hace de Cristo el centro de la propia vida, sino que se preocupa de reproducir en sí mismo, en cuanto posible, «aquella forma de vida que escogió el Hijo de Dios al venir al mundo» (70). En efecto, «en la tradición de la Iglesia la profesión religiosa es considerada como una *singular y fecunda profundización de la consagración bautismal* en cuanto que, por su medio, la íntima unión con Cristo, ya inaugurada con el Bautismo, se desarrolla en el don de una configuración más plenamente expresada y realizada, mediante la profesión de los consejos evangélicos» (71). Pero siendo una profundización en la consagración bautismal, la vida consagrada tiene una peculiaridad propia respecto al Bautismo, del que no es una consecuencia necesaria, ya que el Bautismo «no implica por sí mismo, la llamada al celibato o a la virginidad, la renuncia a la posesión de bienes y la obediencia a un superior, en la forma propia de los consejos evangélicos» (72).

COMO DON ACOGIDO EN GRATITUD

La comunión es el mismo misterio de la Iglesia, como lo recuerda el Concilio Vaticano II, con la célebre expresión de San Cipriano: «La Iglesia universal se presenta como un pueblo congregado en la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu»

(69) VC, 16.

(70) Cf. VC, I.

(71) VC, 30.

(72) Cf. VC, 30.



tu Santo (73). Ya en sus primeras líneas, la constitución *Lumen Gentium* compendia esta doctrina diciendo: «La Iglesia es en Cristo como un sacramento, es decir, signo e instrumento de la íntima unión del hombre con Dios y de la unidad de todo el género humano» (74). La realidad de la *Iglesia-Comunión* no es sólo parte integrante del Misterio de la Iglesia, sino que representa el *contenido central del «misterio»*, o sea, del designio divino de salvación de la Humanidad.

Esta es la razón por la que la comunión eclesial no puede ser captada adecuadamente cuando se la entiende como una simple realidad sociológica y psicológica: «La Iglesia-Comunión es el pueblo “nuevo”, el pueblo “mesiánico”, el pueblo que “tiene a Cristo por Cabeza” [...] como condición la dignidad y libertad de los hijos de Dios [...] por ley el nuevo precepto de amar como el mismo Cristo nos ha amado [...] y por destino el Reino de Dios» (75).

«La comunión eclesial es, por tanto, *un don; un gran don del Espíritu Santo*, que los fieles laicos [y todos los demás cristianos] están llamados a acoger con gratitud y, al mismo tiempo, a vivir con profundo sentido de responsabilidad. El modo concreto de actuarlo es a través de la participación de la vida y misión de la Iglesia, a cuyo servicio los fieles laicos contribuyen con sus diversas y complementarias funciones y carismas» (76).

Los vínculos que unen a los miembros de la Iglesia como nuevo Pueblo entre sí —y antes aún, con Cristo— no son aquellos de la «carne» y de la «sangre», sino aquellos del espíritu; más precisamente, aquellos del Espíritu Santo, que reciben todos los bautizados. El Espíritu que desde la eterni-

(73) Cf. LG, 4.

(74) LG, 1.

(75) Cf. LG, 9.

(76) ChL, 20.

dad abraza la única e indivisa Trinidad, aquel Espíritu que «en la plenitud de los tiempos (Gál 4,4) unió indisolublemente la carne humana al Hijo de Dios, aquel mismo e idéntico Espíritu es, a lo largo de todas las generaciones cristianas, el inagotable manantial del que brota sin cesar la comunión de la Iglesia.

Comunión en la fe de la Iglesia

Sacerdotes, religiosos y laicos, conscientes de nuestra respectiva y complementaria identidad en la comunión de la Iglesia, acogemos, hacemos nuestra y proclamamos la misma fe, esto es, «la verdad sobre Cristo, sobre la Iglesia y sobre el hombre, en la obediencia al Magisterio de la Iglesia, que la interpreta auténticamente» (77).

Debemos hacer nuestro, de nuevo, el programa de la carta *Tertio Millennio Adveniente* cuando afirma que «para redescubrir el sentido y el valor originario de la catequesis como enseñanza de los apóstoles (Hch 2,42), sobre la persona de Jesucristo y su misterio de salvación... [será de gran utilidad]... la profundización en el Catecismo de la Iglesia Católica, que presenta fiel y orgánicamente la enseñanza de la Sagrada Escritura, de la tradición viva en la Iglesia y del magisterio auténtico, así con la herencia espiritual de los padres, de los santos y las santas en la Iglesia, para permitir conocer mejor el misterio cristiano y reavivar la fe del pueblo de Dios» (78).

Los numerosos documentos emanados del magisterio postconciliar, especialmente las encíclicas y exhortaciones apostólicas publicadas por los Papas Pablo VI y Juan Pablo II

(77) ChL, 30.

(78) TMA, 42.



después de los Sínodos Episcopales (79), y los documentos de la Conferencia Episcopal Española, son una guía luminosa para la nueva recepción y aplicación del Concilio a la vida, que este proyecto pastoral propugna. De todo ello hemos de hacer programa de formación para todos.

Comunión como cooperación con los pastores

El sentido eclesial se concreta también significativamente mediante la comunión con los pastores (80). Esta comunión con los pastores se expresa en la leal disponibilidad para acoger sus enseñanzas doctrinales y sus orientaciones pastorales. Y de un modo más concreto para cooperar en la acción pastoral diocesana.

En la Iglesia siempre se coopera, bien sea como hermanos, bien sea, como ahora estamos subrayando, con los Pastores, que son también hermanos, y siempre se coopera pobremente con el Señor, que es la Vid verdadera, que es el Arquitecto y la Piedra angular, y nosotros albañiles, que podemos cansarnos inútilmente.

Cooperar indica un trayecto, una trayectoria. No es algo puntual. Crea un estilo, un hábito. Cooperar es una forma estable de trabajar, supone un trayecto común asumido. Es roce, es cercanía, es ir en la misma dirección. Cooperar indica humildad, porque otros también son necesarios. En suma: cooperar es la expresión plástica y verificación de la eclesiología de comunión (81).

(79) Estas exhortaciones abordan temas fundamentales para el laicado, como son: la justicia en el mundo, la evangelización, la familia cristiana, la catequesis, la reconciliación y la penitencia, la vocación y misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo, etc.

(80) *ChL*, 30.

(81) Cf. *Sínodo Extraordinario de los Obispos*, 1985.

Todos los cristianos, sacerdotes, diáconos, religiosos y laicos, somos llamados al trabajo necesario para hacer presente hoy la misión única de la Iglesia, desde la peculiar vocación de cada uno (82). Este deber y derecho lo realiza cada cual según los sacramentos y carismas recibidos, incluso los más sencillos. Es la unidad y la diversidad de la Iglesia (83). Este obrar común exige, como expresión de la comunión necesaria, la cooperación y la colaboración de todos con el ministerio del Obispo (84).

La Iglesia comunión para la misión

Nos dice la exhortación *Chritifideles laici*: «La comunión y la misión están profundamente unidas entre sí, se compenetran y se implican mutuamente, hasta tal punto que *la comunión representa a la vez la fuente y el fruto de la misión: la comunión es misionera y la misión es para la comunión*» (85).

Siempre es el único e idéntico Espíritu el que convoca y une la Iglesia y el que la envía a predicar el Evangelio «hasta los confines de la tierra» (Hch 1,8). La Iglesia sabe que la comunión, que le ha sido entregada como don, tiene un destino universal. De esta manera la Iglesia se siente deudora, respecto de la Humanidad entera y de cada hombre, del don recibido del Espíritu que derrama en los corazones de los creyentes la caridad de Jesucristo, fuerza prodigiosa de cohesión interna y, a la vez, de expansión misionera.

(82) LG, 31-32; AA, 2.

(83) LG, 32; AA, 2-3.

(84) AA, 24; CD, 17.

(85) ChL, 32.



LA FORMACIÓN INTEGRAL DE LOS EVANGELIZADORES

Para la evangelización y para la comunión es necesario un impulso decidido en la *formación integral y permanente* de todos los agentes de la pastoral: laicos, sacerdotes, diáconos y religiosos.

Los cambios profundos que se han producido en nuestra época, tanto en el mundo como en la Iglesia, y la mayor conciencia de lo que es ser laico, sacerdote, diácono o religioso, nos han hecho descubrir la necesidad de un nuevo tipo de formación: una *formación integral y permanente*. Con esta doble calificación lo que queremos indicar es:

— Que la formación cristiana tiene su razón de ser original en *dinamismo de los sacramentos que cada uno ha recibido*, y que no es otra cosa que poner en práctica de modo constante la recomendación paulina: «Te recomiendo que reavives el carisma de Dios que está en ti» (2 Tim 1,6), en las cambiantes circunstancias del mundo y de la Iglesia;

— que tiene *por fin el permanente ejercicio de la fe, la esperanza y el amor* vividos de un modo renovado en las distintas etapas de la vida, bajo la acción del Espíritu Santo, en permanente tensión hacia la *santidad* (86);

— que debe ser un proceso de carácter *unitario*: como continuidad y despliegue de la formación inicial recibida al descubrir la fe y acoger el don del *bautismo y la confirmación*,

(86) Ya hemos indicado anteriormente que según la carta *Tertio Millennio Adveniente* el objetivo del Jubileo no es otro que «el fortalecimiento de la fe y del testimonio de los cristianos», de manera que —continúa la carta—, «es necesario suscitar en cada fiel un verdadero anhelo de santidad, un fuerte deseo de conversión y de renovación personal en un clima de oración siempre más intensa y de solidaria acogida del prójimo, especialmente del más necesitado» (TMA, 42).

y en el caso de los sacerdotes, el *orden*, y continuamente alimentado por el sacramento de la *eucaristía*;

— que ha de atender, de un modo armónico, progresivo y permanente a las diversas dimensiones que abarca: *espiritual, humana, intelectual o doctrinal y apostólica o pastoral*.

La formación es un proceso existencial, no simplemente unos saberes. Un proceso tan largo como la vida misma. Un proceso en el que la creciente vida espiritual está llamada a ser el *corazón* de la formación, la maduración humana de la persona, el *fundamento* de la formación, la capacitación y actualización intelectual o doctrinal, el *instrumento* de la formación y la permanente respuesta apostólica o pastoral a la situación del mundo y de la Iglesia el *fin* de dicha formación.

La carta *Tertio Millennio Adveniente*, quiere ser un impulso decidido para este tipo de formación, tanto para los sacerdotes, diáconos y religiosos, como para los seglares. A continuación desarrollamos algunos aspectos, referidos principalmente a la vida seglar.

Que suscite la actitud de encuentro con Dios y la conversión

La formación cristiana se ha de proponer como objetivo básico suscitar el *encuentro con Dios en Jesucristo en todos los ámbitos de la vida*. La formación que se necesita hoy debe estar concebida como un medio para suscitar, vivenciar y profundizar el encuentro cristiano en toda su plenitud. Esto es, para ayudar a tomar conciencia y a vivir el encuentro con el Dios que Jesús nos manifiesta, el encuentro con la Iglesia como sacramento y prolongación de Jesús, el encuentro con los pobres y la opción preferencial por ellos como actitud evangélica prioritaria, el encuentro con uno mismo y la conversión permanente al Evangelio. Todo ello como implicaciones fundamentales del encuentro con Jesucristo.



Necesitamos de una formación que parta de la conversión personal de los incrédulos y aun de los mismos que se tienen por cristianos a una experiencia religiosa de Jesucristo, de su Mensaje de salvación, del descubrimiento de la perla valiosa del Reino de Dios con la consiguiente renuncia y desprendimiento de las demás cosas.

Que desarrolle la espiritualidad evangélica

El encuentro con Dios en Jesucristo, del que nace la conversión y la espiritualidad cristiana, abarca todos los ámbitos y momentos de la vida. Ser cristianos no es serlo en determinada proporción, sino serlo o querer serlo, con seriedad, las veinticuatro horas del día y todos los días de nuestra vida; serlo ante todas las situaciones y problemas —personales, familiares, afectivos, profesionales, educacionales, políticos, religiosos...— que se presentan en nuestro existir y que hemos de afrontar continuamente. La formación debe ayudar a cada cristiano a vivir el encuentro con Dios en todos esos ámbitos y momentos de la vida. De esta manera la persona se va haciendo cristiano y testigo para otros del Dios vivo que él ha encontrado primero.

En este encuentro con Jesucristo *nace la fe y la espiritualidad cristiana*. La fe es, simultáneamente, don que Dios nos hace de sí mismo y respuesta nuestra, que Él mismo genera en nosotros. La fe, como don y como respuesta, se expresa en la entrega libre a Él de toda nuestra vida. Por ello, la espiritualidad que la fe cristiana genera implica toda la vida humana, ya que la polariza vitalmente en torno a Jesucristo y la transforma en una vida nueva por nuestra comunión con Él en el Espíritu. Así es como el Espíritu de Jesús genera en el cristiano un nuevo modo de ser, de sentir, de pensar, de vivir y de afrontar la realidad. Un nuevo camino, una nueva orientación y un nuevo sentido para la vida personal y social.



Este carácter *radical y totalizante* de la fe y de la espiritualidad hace de ellas el núcleo de la identidad cristiana. Su vivencia abarca, por tanto, todos los ámbitos y aspectos de la vida: personal, familiar, profesional, eclesial, social y política. La vida entera del cristiano se convierte en una vida a la escucha de la Palabra, en ofrenda a Dios; en una vida de adoración y acción de gracias, de mediación entre el mundo y Dios; una vida de seguidores de Jesucristo, como miembros conscientes de la Iglesia y testigos del Reino en este mundo. En síntesis, una vida comprometida y orante: contemplativos en la acción y activos en la contemplación.

La formación cristiana debe desarrollar esta fe madura, consciente y comprometida, que ha de ser la característica esencial del cristiano que hoy necesita la Iglesia: *un cristiano convertido, iluminado y testimoniante*, capaz de vivir la fe en nuevas formas y modelos de vida en contraste con los que dominan en el mundo del descreimiento, dispuestos a anunciarla de manera convincente a los que viven engañados por el orgullo de la razón, la autosuficiencia de la vida material y el opio del bienestar y de la riqueza.

En función de este objetivo central tiene que estar pensada la catequesis y la educación en la fe de los cristianos. Para ello se necesitan sacerdotes que sean verdaderos maestros de vida espiritual y acompañantes cercanos y competentes del proceso espiritual de los laicos.

Que tienda a la unidad fe-vida, fe-moral

La formación cristiana no cumple su específica finalidad si no ayuda, de hecho, a vivir y a fortalecer la *coherencia cristiana, personal y comunitaria*, en todos los aspectos y en todos los momentos. El logro de esta coherencia cristiana, que es progresiva pues siempre estamos necesitados de conversión, se refiere a todos los ámbitos de la vida.

Supone, además, la superación, por una parte, de la inmadurez en la conciencia cristiana de muchos, que se manifiesta de la siguiente manera: valoración de una religiosidad que no percibe, sin embargo, todas las dimensiones inherentes al ser cristiano, huye de la cultura de nuestro tiempo hacia un inútil refugio en el pasado e infravalora, e incluso prescinde, del compromiso cristiano en la sociedad. No puede olvidarse que tal es la situación de muchos católicos españoles.

Por otra parte, la coherencia cristiana también supone la superación de una conciencia cristiana «evangelizada» por el secularismo, hoy dominante. Esta conciencia secularista reduce la fe al compromiso y a lo humano y, al menos prácticamente, tiende a prescindir de los objetivos, motivaciones, referencias y talante específicamente cristianos. Con frecuencia prescinde de las orientaciones éticas y disciplinares de la Iglesia y tiende a aceptar, sin crítica, concepciones, actitudes, ideas y valores que se presentan como progresistas, pero no son coherentes con la fe cristiana.

No existe conciencia cristiana adulta si no es la fe la que preside, articula, informa y unifica el encuentro que se da en todo cristiano entre su ser hombre inmerso en la sociedad y su ser miembro de la Iglesia. Para el cristiano la fe es siempre el primer valor y el criterio decisivo para todo (87).

(87) *ChL*, 59: «El Concilio Vaticano II ha invitado a todos los fieles laicos a esta unidad de vida, denunciando con fuerza la gravedad de la fractura entre fe y vida, entre Evangelio y cultura»; *AA*, 5: «La obra redentora de Cristo, aunque de por sí tiende a salvar a los hombres, se propone también la restauración de todo el orden temporal. Por ello, la misión de la Iglesia no es sólo ofrecer a los hombres el mensaje y la gracia de Cristo, sino también el impregnar y perfeccionar todo el orden temporal con espíritu evangélico. Los seglares, por tanto, al realizar esta misión de la Iglesia, ejercen su propio apostolado tanto en la Iglesia como en el mundo...; el seglar, que es al mismo tiempo fiel y ciudadano, debe guiarse, en uno y otro orden, siempre y solamente por su conciencia cristiana.»

A la realización de la persona como tal

La formación que tiende a desarrollar la identidad cristiana no sólo ha de partir y enraizarse en la realidad vital de cada persona, sino que incluye la plena realización de la persona como tal. Toda formación cristiana auténtica empieza por ser verdadera formación humana.

No puede haber entusiasmo por la formación si no partimos del siguiente hecho, cuya base cristológica es clara: para el cristiano, aunque respeta y valora otras formas de ser persona, el mejor modo de realizarse como persona humana es, precisamente, el ser cristiano de verdad. Para el cristiano el Evangelio es el criterio último de lo verdaderamente humano y Jesucristo la respuesta plena a la pregunta ¿qué es el hombre?

Por eso la formación humana ha de ser una de las dimensiones esenciales de la formación que necesitamos. Formación humana que ha de integrarse en la perspectiva y en el talante cristianos, ya que los valores que a todos nos realizan como personas —y que creyentes y no creyentes expresamos con las mismas palabras: libertad, solidaridad, responsabilidad, creatividad, felicidad, justicia, paz, honradez, fidelidad, paciencia, constancia, esperanza, fortaleza, humildad, amor, comunión, verdad, sinceridad, apertura, compromiso— han de ser vividos por los cristianos desde su particular óptica de fe. Estos valores por ser humanos son cristianos y por ser cristianos tienen un sentido nuevo para el creyente, sentido que no percibe la persona que carece de la fe.

La formación de los cristianos ha de tender siempre a desarrollar estos valores humanos y a favorecer la realización plena de las personas según sus propias cualidades, aptitudes y potencialidades. Así se facilita, además, el testimonio específico que el laico está llamado a ofrecer en el mundo y se combate la idea nefasta de que el cristianismo deforma, aliena o disminuye al hombre.



Al fomento de la vida cristiana en la familia

La formación de los seglares debe tender a que los matrimonios y las familias vivan la dimensión familiar, tan esencial a la vida humana, como cristianos de verdad. Hoy, cuando la familia patriarcal tradicional, que muchos identificaron sin más con la familia cristiana, ha entrado en crisis profunda, es necesario recrear la nueva familia cristiana de nuestros tiempos. Para el seguidor de Jesús la familia está llamada a ser una comunidad cristiana doméstica, verdadera célula de la sociedad y de la Iglesia y foco de auténtico testimonio cristiano.

Teniendo en cuenta las diferentes situaciones de los laicos, será necesario abordar el tema desde distintas perspectivas, pero éstas han de ser unánimes en cuanto a las actitudes, valores y criterios cristianos que han de descubrir y afianzar los cristianos, en coherencia con la doctrina de la Iglesia (88).

Aunque la vocación matrimonial y familiar será la más frecuente, la formación laical debe tender también a valorar la vocación célibe, aun entre los laicos. La historia de la espiritualidad cristiana nos hace ver que el descubrimiento profundo de la vida matrimonial cristiana va unido a la valoración del celibato y viceversa.

Al fomento de la vida cristiana en la profesión

Otra dimensión importante a iluminar por la formación es la vida profesional. El cristiano, salvo cuando está en paro, ejerce una determinada actividad profesional. La espiritualidad cristiana, propia del laico, lleva a convertir esta dimensión en fuente y medio de vivencia de fe y de testimonio evangélico.

(88) Cf. la exhortación *Familiaris Consortio*.

Es muy importante, por tanto, que la formación de los laicos, especialmente los adultos, tengan muy presentes las características de las diversas profesiones y ocupaciones de los cristianos e, incluso, que existan cauces, medios y materiales para el cultivo específico de la fe en cada una de las profesiones y ocupaciones (89). Otro tanto habría que decir del ocio y del tiempo libre.

Al compromiso eclesial, social y político

Por último, conviene subrayar dos dimensiones de especial trascendencia por su carácter globalizante: la dimensión eclesial y la dimensión social y política. El cristiano vive una doble ciudadanía: la eclesial y la secular. Es miembro. a la vez, de la sociedad y de la Iglesia. Ambas dimensiones, cuyo título de origen es distinto, están llamadas a integrarse indivisamente en el horizonte de la fe y de la espiritualidad cristianas.

A dos ciudadanía no corresponden dos conciencias, una humana y política y otra cristiana y eclesial, sino *una única conciencia cristiana*, cuyo motor es la vivencia de la fe, que, por una parte, lleva a edificar la comunidad eclesial y, por la otra, a ordenar el mundo según el designio de Dios:

«En el descubrir y vivir la propia vocación y misión los fieles laicos han de ser formados para vivir aquella unidad con la que está marcada su mismo ser de miembros de la Iglesia y de ciudadanos de la sociedad humana. En su existencia no puede haber dos vidas paralelas: por una parte la denominada vida “espiritual” con sus valores y exigencias; y por otra, la denominada vida “secular”, es decir, la vida de familia, del trabajo, de las relaciones sociales, del compromiso político y de la cultura» (90).

(89) Cf. *Laborens Exercens*, en adelante, LE.

(90) *ChL*, 59.



De ahí que la dimensión eclesial y la dimensión social de compromiso en los ambientes atraviesan todos los otros aspectos a los que se ha hecho referencia hasta ahora. El cultivo de ambas dimensiones está lleno de implicaciones concretas para un adecuado planteamiento formativo.

La misión evangelizadora de la Iglesia, sitúa su compromiso en la sociedad en un plano diverso al de las demás realidades seculares, sociales y políticas. Tal plano de acción, cuya identidad y motivación son específicamente religiosas, está lleno de implicaciones sociales y políticas. Los cristianos han de ser unánimes en afrontar las implicaciones sociales y políticas de la fe, si bien las mediaciones a través de las cuales tales implicaciones se llevan a la práctica puedan, e incluso deban, ser diversas.

La dimensión secular de compromiso en el mundo es esencial a la Iglesia. Ésta ha de proponerse que todos los laicos desarrollen plenamente la dimensión socio-política de la conciencia cristiana. Ordenar las realidades temporales según el designio de Dios supone el impulsar un compromiso y una participación crítica de la vida de la sociedad, que estén en coherencia con la fe. Aquí hay otro de los aspectos decisivos para la vida de la Iglesia en el futuro, que hoy se hecha sobremanera en falta. En relación con este compromiso en la vida pública es conveniente recordar algunos criterios fundamentales (91).

La Iglesia no debe ofrecer soluciones que puedan entrar en el terreno técnico de lo opinable. Lo que deben hacer es afianzar unos principios, unos criterios de juicio y unas directrices de acción que, en armonía con la fe, permitan al cristiano juzgar por sí mismo y realizar el compromiso político-social que estime conveniente (92).

(91) Cf. CLIM, 43-69.

(92) Cf. CONGREGACIÓN PARA LA EDUCACIÓN CATÓLICA: *Orientaciones para el estudio y enseñanza de la doctrina social de la Iglesia en la formación de los sacerdotes*, Madrid, EDICE, 1989.

En este campo de la presencia cristiana en el mundo, tales principios, criterios y orientaciones no pueden ser otros que los que se derivan de la fe de la Iglesia y particularmente de la *Doctrina Social Católica*, cuyo conocimiento y difusión es hoy vital para la Iglesia. He aquí algunos esenciales:

— La coherencia de la actividad y del compromiso político del cristiano con la fe y la espiritualidad que la fe genera. Esta coherencia sólo puede adquirirse a través de una formación explícita en este campo.

— El reconocimiento teórico y práctico de la dignidad y prioridad de la persona desde su concepción hasta su muerte, y de los derechos humanos, empezando por el derecho a la vida.

— El bien común, exigencia de la solidaridad, que consiste en el conjunto de condiciones que hacen posible la liberación y plena realización de cada persona y de todas las personas, de cada pueblo y de todos los pueblos.

— La preferencia hacia los pobres y oprimidos, expresada en una solidaridad activa y en una comunión efectiva con ellos.

— La prioridad de la sociedad sobre el Estado, exigencia del principio de subsidiariedad.

— El progreso de la democracia real para que la sociedad sea sujeto de sí misma, como expresión de responsabilidad y de verdadera vida comunitaria.

— El fomento de la cultura popular y de los valores éticos sin las que la sociedad no puede ser protagonista de su propia vida ni el hombre puede alcanzar su realización.

— La tendencia a la participación en el campo económico-laboral, como expresión de la democracia real en este campo y como expresión de la prioridad del trabajo sobre el capital

— El realismo cristiano en la definición de los objetivos y en el modo de trabajar por ellos.



Uno de los problemas más graves que tiene la Iglesia española es precisamente el indiscriminado pluralismo de opciones políticas que hoy existen entre los católicos. Estos con mucha frecuencia, se identifican acríticamente con los planteamientos del partido, sindicato o movimiento social en el que están encuadrados. Tal pluralismo indiscriminado y acrítico es un contratestimonio que hace más difícil la evangelización.

Pero la solución no puede estar en una nueva confesionalidad ni unanimidad política de los católicos, sino en fomentar un pluralismo que sea coherente con la fe y, por ello, sea expresión de la unidad y comunión de acción de los cristianos en aquellos principios, criterios y orientaciones básicas que son esenciales a la comunión eclesial. En este sentido es necesario abrir nuevos caminos de verdadero servicio a toda la Iglesia.

Los principios, criterios y orientaciones expuestos, aplicados convenientemente a la dinámica de la sociedad mediante el discernimiento eclesial, dan origen a una visión de futuro de la sociedad. Dicha visión de futuro, que puede ser concretada en diferentes mediaciones sociales y políticas, está diseñada en lo fundamental en la doctrina de la Iglesia y actualizada en las encíclicas sociales de Juan Pablo II: *Laborem exercens*, *Sollicitudo rei socialis* y *Centesimus annus*. Sólo es necesario concretarlo en el hoy histórico y subrayar aquellas líneas de fuerza que conecten más con los actuales problemas de la sociedad española, además de expresarlo en un lenguaje asequible para el hombre de la calle (93). Tal perspectiva, abierta a la libertad de los cristianos en todas las cuestiones opinables, ha de:

(93) La enseñanza y difusión de la doctrina social de la Iglesia más que teoría es «fundamento y estímulo para la acción» (*Centesimus Annus*, 57).

* Ser un medio para orientar la acción social y política de los laicos.

* Servir de referencia a la sociedad, a fin de que conozca con claridad qué es lo que los cristianos defienden y apoyan y qué es lo que rechazan en nombre de la fe.

* Servir de instrumento para desarrollar la conciencia crítica de la sociedad y favorecer su protagonismo frente al Estado.

* Manifestar de qué modo la Iglesia asume la causa del hombre y, particularmente, la de los pobres y oprimidos e impulsar, desde su condición específicamente religiosa, su liberación y promoción integrales.

* Ser impulso para elevar la cultura política del pueblo en coherencia con la fe.

* Ser instrumento de educación del pueblo y de promoción de los valores éticos.

* Ser punto de referencia para relativizar y superar constantemente los planteamientos y las ideologías políticas.

* Abrir caminos de evangelización y formación de nuevos militantes cristianos, a través de todo lo anterior.

Actualmente, cuando los cristianos y la misma Iglesia encuentran dificultades para estar presentes en la vida pública desde su identidad y misión específicamente religiosas, tal proyecto formativo sería el medio adecuado para poner de manifiesto, sin añorar confesionalismos trasnochados, la dimensión social y pública de la fe, a través de la que ésta debe aparecer como lo que en verdad es: salvación plena del hombre y de la sociedad.





LOS DESAFÍOS DE LA POBREZA A LA ACCIÓN EVANGELIZADORA DE LA IGLESIA

(Núm. 80, octubre-diciembre de 1996)

	<u>Páginas</u>
PRESENTACIÓN	7
<i>Palabras de Apertura del Congreso.</i> José María Guix Ferreres	9
<i>Mensaje de S.S. el Papa Juan Pablo II al Congreso.</i> Card. Angelo Sodano	27
<i>Palabras del Secretario del Consejo Pontificio «Cor Unum».</i> Mons. Iván Marín.	33
<i>Homilía del Sr. Nuncio Apostólico de S.S. el Papa Juan Pablo II.</i> Mons. Lajos Kada.	39
PONENCIAS	45
<i>Solidaridad e insolidaridad en la sociedad de hoy.</i> Luis González-Carvajal Santabábara	47
<i>La causa de los pobres, reto para una Iglesia evangelizadora.</i> Antonio Bravo	83
<i>La lucha contra la pobreza, una acción desde la sociedad y desde la Iglesia.</i> Ildelfonso Camacho Laraña, S. J.	123
<i>Prioridades y coordinación de la pastoral de la caridad en una Iglesia evangelizadora.</i> Pedro Jaramillo Rivas	195
COMUNICACIONES	275
<i>Aporte peculiar de la vida religiosa en la lucha contra la pobreza.</i> Jesús Espeja, O.P.	277
<i>Presencia de la Iglesia española en el Tercer Mundo e iniciativas de cooperación internacional en España.</i> José Manuel Madruga y Ana de Felipe	305
<i>La acción de las Instituciones eclesiales en colaboración con las ONGs y las Administraciones públicas.</i> Pablo Martín.	353
<i>La militancia política, cauce para una sociedad solidaria.</i> Antoni M. Oriol	381
<i>Hacia una cultura de la solidaridad.</i> Juan de Dios Martín Velasco ...	415
<i>Espiritualidad y experiencia de Dios desde los pobres.</i> María Luz Galván, R.S.C.J.	461
<i>La presencia de la Iglesia en la lucha contra la pobreza en España.</i> Francisco Azcona y Juan José López	491
<i>El voluntariado social: compromiso con la solidaridad.</i> Pedro Coduras, S.J.	527
<i>Los fundadores, testigos de la caridad.</i> José María Ibáñez, C.M.	555



	<u>Páginas</u>
<i>La lucha contra la exclusión social: Tendencias y perspectivas.</i> Francisco Salinas Ramos	591
SECTORES DE TRABAJO	635
<i>Tercer Mundo.</i> Mikel Urresti y Joaquín Astiz	637
<i>Precariedad en el trabajo y paro.</i> Felipe García Mateos	643
 MIGRACIONES	
<i>La emigración española en Europa.</i> José Antonio Arzo	657
<i>El desafío de las migraciones a la acción evangelizadora de la Iglesia.</i> Antonio Martínez Rodrigo	671
<i>Refugiados.</i> Julia Fernández Quintanilla	693
<i>Conclusiones del Sector Migraciones</i>	705
<i>Minorías étnicas: Gitanos.</i> María Ángeles González	709
<i>Infancia.</i> María Jesús Martínez	721
<i>Juventud marginada.</i> Lola Arrieta, C.C.V.	733
<i>Salud y marginación.</i> Purificación Enjuto	747
<i>Pastoral Penitenciaria.</i> José Sesma, O. de M.	761
<i>Mujer y marginación.</i> M. ^a Antonia Gallén	769
<i>Transeúntes y «sin techo».</i> Natividad Casanova	775
<i>La ancianidad en España. Respuestas y retos.</i> Consuelo Ajenjo de Miguel	785
<i>Mundo Rural.</i> Agustín Cornejo Sánchez.....	809
EXPERIENCIAS	823
<i>Presencia de la Iglesia en la zona de los Grandes Lagos.</i> Jesús Jáuregi	825
<i>Promoción socio-comunitaria en Salamanca.</i> Carmen Calzada	831
<i>Una experiencia intercongregacional con los enfermos de Sida.</i> Luis Miguel Villegas, O.F.M. Cap.	849
<i>Una presencia de Iglesia en el mundo de la prostitución.</i> Felicidad Martínez	863
DECLARACIÓN FINAL	881



ÚLTIMOS TÍTULOS PUBLICADOS

	PRECIO
N.º 57 «Sollicitudo rei Socialis». Nuevas traducción y comentarios..... (Enero-marzo 1991)	900 ptas.
N.º 58 Ideologías, relaciones internacionales y Doctrina Social de la Iglesia (Abril-junio 1991)	900 ptas.
N.ºs 59/60 Nueva evangelización y solidaridad internacional (Julio-diciembre 1991)	1.600 ptas.
N.º 61 Doctrina Social de la Iglesia y Caridad..... (Enero-marzo 1992)	1.000 ptas.
N.ºs 62/64 Cien años de Doctrina Social. De la «Rerum Novarum» a la «Centesimus Annus» (Abril-diciembre 1992)	3.000 ptas.
N.º 65 El voluntariado en Cáritas y su formación..... (Enero-marzo 1993)	1.000 ptas.
N.ºs 66/67 España en la CEE a la luz de la doctrina social de la Iglesia..... (Abril-septiembre 1993)	1.800 ptas.
N.º 68 Los derechos humanos en la cárcel. Un compromiso para la Iglesia (Octubre-diciembre 1993)	1.000 ptas.
N.º 69 La mortalidad pública en la democracia (Enero-marzo 1994)	1.000 ptas.
N.º 70 Evangelización, liberación cristiana y opción por los pobres..... (Abril-junio 1994)	1.000 ptas.
N.º 71 La doctrina social de la Iglesia, hoy..... (Julio-septiembre 1994)	1.000 ptas.
N.º 72 La Iglesia y los pobres..... (Octubre-diciembre 1994)	1.400 ptas.
N.ºs 73/74 Crisis económica y Estado del Bienestar (Enero-junio 1995)	1.800 ptas.
N.º 75 Hacia una cultura de la solidaridad (Formación y acción desde la D.S.I.)..... (Julio-septiembre 1995)	1.100 ptas.



	<u>PRECIO</u>
N.º 76 Animadores en la comunidad (Escuela de Formación Social año 1995) (Octubre-diciembre 1995)	1.100 ptas.
N.º 77 Iglesia y sociedad por el hombre y la mujer en prisión..... (Enero-marzo 1996)	Agotado
N.º 78 La pobreza, un reto para la Iglesia y la sociedad . (Abril-junio 1996)	1.100 ptas.
N.º 79 Participar para transformar. Acoger para compartir..... (Julio-septiembre 1996)	1.100 ptas.
N.º 80 Los desafíos de la pobreza a la acción evangelizadora de la Iglesia (Octubre-diciembre 1996)	2.000 ptas.
N.º 81 Preparando el Tercer Milenio. Jesucristo, centro de la Pastoral de la Caridad..... (Enero-marzo 1997)	1.500 ptas.

PRÓXIMOS TÍTULOS

N.º 82 El hambre en el mundo, un reto para todos: el desarrollo solidario (publicación y comentarios del documento del Pontificio Consejo «Cor Unum»)..... (Abril-junio 1997)	1.500 ptas.
N.º 83 Trabajo y calidad de vida (Actas del Curso de Doctrina Social de la Iglesia)..... (Julio-septiembre 1997)	1.500 ptas.
N.º 84 Cáritas en la vida de la Iglesia: memoria-presencia-profecía (Actas de las XII Jornadas de Teología) (Octubre-diciembre 1997)	1.500 ptas.



CORINTIOS

revista de teología y pastoral de la caridad

XIII

Apellidos

.....

Nombre

Dirección

Población

C.P.

Deseo suscribirme por un año a la revista trimestral **Corintios XIII**. Importe anual **4.100 ptas.**

FORMA DE PAGO:

- Talón bancario adjunto a nombre de **CÁRITAS ESPAÑOLA.**
- Giro postal núm. a nombre de **CÁRITAS ESPAÑOLA.**
- Orden de pago por domiciliación bancaria.



ORDEN DE PAGO POR DOMICILIACIÓN BANCARIA

Revista/Publicación

Nombre del Banco

Dirección Código Postal

Población Provincia

* N.º de entidad (4 dígitos):

--	--	--	--

* N.º de sucursal (4 dígitos):

--	--	--	--

* N.º de cuenta (10 dígitos):

--	--	--	--	--	--	--	--	--	--

Nombre del titular de la cuenta

Ruego a ustedes se sirvan tomar nota de que hasta nuevo aviso deberán adeudar en mi cuenta con esa cantidad el recibo que anualmente y a nombre de

les sea presentado por Cáritas Española.

Atentamente
(firma del titular)

NOTA: Los conceptos marcados con asterisco son imprescindibles para la domiciliación.



Cáritas



Índice